



Escuela de
Antropología

Posgrado en
Antropología

Contribuciones del
Dr. Michael J. Snarskis
a la arqueología costarricense

Ma. del Carmen Araya Jiménez • Silvia Salgado González
Compiladoras

972.86
C764c

Contribuciones del Dr. Michael J. Snarskis a la arqueología costarricense / Ma. del Carmen Araya Jiménez, Silvia Salgado González, compiladoras - 1. ed. - [San José, C. R.] : Escuela de Antropología, Posgrado en Antropología, 2015.
xiv, 165 p. : il. (algunas col.), mapas

Impreso en la Sección de Impresión del SIEDIN

ISBN 978-9977-15-272-1

1. ARQUEOLOGÍA - COSTA RICA - CONGRESOS, CONFERENCIAS, ETC. I. Araya Jiménez, Ma. del Carmen, comp. II. Salgado González, Silvia, comp.

CIP/2727
CC/SIBDI.UCR

Universidad de Costa Rica
© Escuela de Antropología
Posgrado en Antropología
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Primera edición: 2015

Corrección filológica: *Gabriela Fonseca* • Revisión de pruebas: *Ma. del Carmen Araya Jiménez*
Diseño, diagramación, control de calidad y portada: *Grettel R. Calderón A.*

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Contenido

Introducción.....	vii
Notas sobre el contexto de la arqueología centroamericana, 1970-2000..... <i>María Eugenia Bozzoli Vargas</i>	1
Los procesos de cambio sociocultural en la Vertiente Caribe: el aporte de los análisis líticos desarrollados y estimulados por Michael J. Snarskis..... <i>Maureen Sánchez Pereira</i>	23
Retomando a Snarskis: Análisis físico-químico sobre materiales cerámicos, pertenecientes al Periodo Formativo en Costa Rica (2000-300 a.C.)..... <i>Francisco Corrales Ulloa, Mavis Montero Villalobos, Gerardine Conejo Barboza</i>	31
Michael Snarskis y su contribución en el estudio de la metalurgia de Costa Rica <i>Patricia Fernández Esquivel</i>	51
El Proyecto Boruca 1980: Miguel Snarskis y el inicio de la Arqueología del Rescate en Costa Rica <i>Robert P. Drolet</i>	61
La labor docente de Michael J. Snarskis y su contribución a la formación de profesionales en la arqueología costarricense..... <i>Floria Arrea Siemann</i>	67

La etnohistoria en la labor investigativa de Michael J. Snarskis.....	75
<i>Eugenia Ibarra Rojas</i>	
El modelo de Evolución Social de Michael J. Snarskis	85
<i>Silvia Salgado González</i>	
Comentarios, anécdotas e interpretación de costumbres mortuorias y rituales funerarios de 2000 años, Sitio Loma Corral (G-776 LC)	
Bahía Culebra, Guanacaste.....	105
<i>Juan Vicente Guerrero</i>	
La cuña (“WEDGE”) histórico-cultural entre el sur de Mesoamerica y la Gran Nicoya: una propuesta	123
<i>Frederick W. Lange</i>	
Bibliografía.....	145
Índice de figuras.....	159
Índice de cuadros	163
Acerca de las compiladoras	165

Introducción

El Posgrado en Antropología y la Escuela de Antropología de la Universidad de Costa Rica (UCR) se complacen en presentar el libro *Contribuciones del Dr. Michael J. Snarskis a la Arqueología Costarricense*. La obra fue el resultado final del Simposio que llevó su mismo nombre, realizado por tales unidades académicas el jueves 9 y viernes 10 de agosto del 2012.

El día 24 de enero del 2011, mientras la Dra. Silvia Salgado González se encontraba en el sitio arqueológico de Nuevo Corinto (L-72-NC), junto a otros profesores y estudiantes de la Universidad de Costa Rica, recibió una llamada telefónica del Dr. Mauricio Murillo Herrera, comunicándole la muerte del Dr. Michael J. Snarskis. La primera reacción fue transmitir la noticia a los estudiantes e invitar y promover la reflexión y el estudio de la obra de Michael y su importancia. Después de ello, el pensamiento giró hacia cuál podría ser la forma adecuada de reconocer sus contribuciones a la arqueología costarricense, y se consideró que lo pertinente era realizar una actividad académica con ese fin.

La idea se planteó tanto a la directora del Posgrado en Antropología, Dra. Ma del Carmen Araya Jiménez como a la directora de la Escuela de Antropología, la Dra. Laura Cervantes Gamboa. La Dra. Araya apoyó la idea inmediatamente, pero propuso llevar a cabo primero una mesa redonda. Esta actividad fue celebrada el miércoles 30 de marzo en la Universidad de Costa Rica con la participación de los arqueólogos Ricardo Vázquez Leiva, Aida Blanco Vargas, Magdalena León Coto, Francisco Corrales Ulloa y Silvia Salgado González, como moderadora. Posteriormente, con más tiempo y con mayores recursos, se planificó una actividad de mayor alcance.

En este contexto, se inició la organización del simposio con la premisa de que los participantes deberían ser arqueólogos o académicos que hubieran trabajado de cerca con Snarskis en el Museo Nacional o en la Universidad de Costa Rica, ya fuera como colegas, asistentes de investigación o estudiantes, en aquellos años en que él hizo sus principales contribuciones a la arqueología nacional, es decir, desde el inicio de sus investigaciones doctorales hasta más o menos 1985. A partir de esta fecha se dedicó a otras actividades profesionales, aunque siempre mantuvo su interés en la arqueología a la cual regresó en calidad de profesional consultor a partir del año 2000 y hasta poco antes de su muerte, como lo muestran los artículos de Floria Arrea Siermann y de Juan Vicente Guerrero Miranda de este volumen. Desafortunadamente, personas que hubieran podido aportar elaboraciones importantes sobre el desarrollo de la investigación de Michael como Luis Diego Gómez Pignataro, quien fuera director del Museo Nacional cuando se contrató a Michael para desarrollar el programa institucional de investigaciones en arqueología, así como Héctor Gamboa Paniagua, su superior jerárquico en el Departamento de Antropología e Historia, murieron antes que él, por lo que un testimonio más detallado y rico de su contribución al desarrollo de la arqueología en el marco de esa institución se perdió con ellos.

La propuesta original del simposio incluyó como invitados a Ricardo Vázquez Leiva, Juan Vicente Guerrero Miranda y Francisco Corrales Ulloa del Museo Nacional; Floria Arrea Siermann, María Eugenia Bozzoli Vargas, Patricia Fernández Esquivel, Maureen Sánchez Pereira, Silvia Salgado González, y la profesora pensionada Eugenia Ibarra Rojas, todas de la Universidad de Costa Rica; la profesora pensionada de la Universidad Nacional Aida Blanco Vargas y la arqueóloga Magdalena León Coto. Los académicos extranjeros convocados fueron Roberto Drolet, profesor retirado de la Universidad de Texas A&M Corpus Christi; John W. Hoopes de la Universidad de Kansas en Lawrence y Frederick W. Lange, quien trabajó en la década de 1970 en el Museo Nacional, siendo luego profesor de universidades de los Estados Unidos y de El Salvador. Estos tres arqueólogos en el pasado formaron parte de la comunidad académica de la Universidad de Costa Rica, como profesores de la misma. A todos estos invitados, se sumaron como colaboradoras en la ponencia presentada por Francisco Corrales Ulloa, la Dra. Mavis Montero Villalobos, profesora de la Escuela de Química de la UCR y la Bach. Geraldine Conejo Barboza, estudiante de la Maestría Académica de Química de la UCR.

Por obligaciones personales de último momento, no pudo participar Aida Blanco, quien trabajó en numerosos proyectos con Michael como asistente y luego como arqueóloga del Museo Nacional, y con quien mantuvo una amistad duradera. La exposición de Aida iba dirigida a analizar las contribuciones de Michael para entender la relación entre el cambio social y las

transformaciones de los sistemas de cultivo, incluyendo su colaboración con investigadores de la paleobotánica como Walton G. Galinat y C. Earle Smith Jr., campo en el que ella misma concretó diversas investigaciones. Tampoco pudo asistir al simposio John W. Hoopes, a quien se le había solicitado analizar el trabajo de Michael sobre el sitio Severo Ledezma, el cual contribuyó en buena parte a sus planteamientos sobre la Fase El Bosque. Por medio de este sitio Hoopes se acercó a la arqueología de Costa Rica en 1978 cuando era estudiante de grado de la Universidad de Yale y, por recomendación de su profesor Michael D. Coe, contactó a Miguel para solicitarle hacer ahí la práctica de investigación requerida en su universidad. Producto de ello, trabajó en el sitio durante tres meses, y desde entonces mantiene un interés central por la arqueología de nuestro país.

Ricardo Vázquez Leiva y Magdalena León Coto participaron en el simposio pero no pudieron, por múltiples razones, entregar la versión escrita de la misma. Ricardo, cuya contribución versaba críticamente sobre el modelo de Michael del desarrollo de las sociedades cacicales, también participó en diversos proyectos con él como asistente y arqueólogo del Museo Nacional, y fue su estudiante en la Universidad de Costa Rica. Al mismo tiempo, Magdalena fue su discípula en la Universidad de Costa Rica, y como arqueóloga compartió el interés de Snarskis por los complejos cerámicos de la denominada Región Central. En los últimos años de la vida de Michael, ambos venían colaborando en este tema. Por esta razón el aporte de Magdalena se centró en el análisis de las contribuciones a la construcción de las secuencias cerámicas de dicha región.

Resulta indudable que Miguel, como se le decía en Costa Rica, dejó un legado académico muy significativo para la arqueología costarricense y centroamericana que incluyó investigaciones de gran envergadura, planteamiento de interpretaciones e hipótesis sobre las sociedades prehispánicas en la zona y participación en la formación de las primeras generaciones de arqueólogos costarricenses, tanto en el Museo Nacional de Costa Rica (MNCR) como en la UCR. Con esta última institución, mantuvo un vínculo formal e informal hasta un par de años antes de su partida.

Ahora bien, la organización del simposio se hizo en el marco de la inauguración de la VII Promoción del Posgrado en Antropología, del Sistema de Estudios de Posgrado (SEP), de la UCR y de su III Promoción del Énfasis en Arqueología. Esto tuvo un especial significado ya que Snarskis integró el pequeño grupo de profesores que tenían el grado académico y la experiencia que los facultaba para ejercer la docencia en maestría y que impartieron clases en la I Promoción del Énfasis en Arqueología en el II ciclo del año 2006, en el citado posgrado. De esta manera, contribuyó una vez más con el desarrollo de la profesionalización de la arqueología costarricense.

En un ambiente emotivo de encuentro y de rico debate alrededor de los alcances, las interrogantes, los problemas que plantea, las formas como ha sido continuada o rebatida la obra de Miguel Snarskis, por parte de los estudiantes de licenciatura y de posgrado y por las nuevas generaciones de arqueólogos, se iniciaron las actividades del simposio. La Dra. María Eugenia Bozzoli Vargas, fundadora de la Antropología Costarricense, –junto con el M. Sc. Carlos Aguilar Piedra–, dio una conferencia que contextualizó la obra de Snarskis en el momento de su producción. Luego de estas palabras, continuaron durante dos días las exposiciones de los invitados y las discusiones del público, acompañadas de la necesaria labor de los coordinadores de mesa integrados por los profesores de la Escuela de Antropología de la UCR, M. Sc. Mónica Aguilar Bonilla, Lic. Gerardo Alarcón Zamora, Dr. Mauricio Murillo Herrera y M. Sc. Jeffry Peytrequín Gómez.

Todos al unísono, con distintos énfasis, ritmos y tiempos, representaron un ritual de congregación de la comunidad de antropólogos y antropólogos que laboran en distintas instituciones públicas y privadas o de manera independiente. Sin duda, el deseo de conocer y homenajear la obra de Miguel Snarskis, y de escuchar y debatir a quienes fueron sus discípulos, colegas y amigos, y que a lo largo de muchos años han cosechado una amplia experiencia en la arqueología costarricense, convocó la presencia de una gran cantidad de personas.

Una vez concluido el simposio, empezó el proyecto de ver los estudios y las reflexiones de los expositores, materializados en un libro que difunda los alcances de las investigaciones de Snarskis y las ideas de sus colegas. La respuesta fue de compromiso y de lucha contra el tiempo, dada las múltiples y urgentes tareas que impone la arqueología a sus profesionales en el mundo actual.

A esta meta, que abre perspectivas a nuevas discusiones y problemas para la investigación de la arqueología en el país, llegaron los ensayos que hoy integran el presente libro. La conferencia de María Eugenia Bozzoli, se concretó en el artículo “Notas sobre el contexto de la arqueología centroamericana, 1970-2000”, el cual aborda de manera amplia las características del desarrollo de la Antropología en Centroamérica de 1970 a 1985 y de 1985 al 2000. En el primer período de 15 años se inscribe la llegada de Snarskis a Costa Rica y más de dos tercios de su carrera dedicada al estudio de las culturas precolombinas de Costa Rica. En el segundo, también de 15 años, se destaca la publicación de 14 libros y artículos de su producción.

Maureen Sánchez, en “Los procesos de cambio sociocultural en la Vertiente Caribe: el aporte de los análisis líticos desarrollados y estimulados por Michael J. Snarskis”, precisa en las habilidades del arqueólogo para llevar a cabo análisis líticos. Ella argumenta que el estudio de

la lítica fue tan importante como el de la cerámica en su definición de la fase de El Bosque. Dicho estudio representó, además, una fuente de motivación para que los estudiantes que se formaron en las primeras generaciones de arqueólogos de la UCR, en la década de los años 1980, como la misma Sánchez, incluyeran en sus tesis esa producción cultural como evidencia central.

Francisco Corrales, Mavis Montero y Geraldine Conejo en “Retomando a Snarskis: análisis físico-químicos sobre materiales cerámicos, pertenecientes al período formativo en Costa Rica (2000-300 a. c.)”, revisan los aportes más importantes que hizo él a este período y contrastan algunas de sus proposiciones con datos provenientes de comparaciones estilísticas y formales y de estudios físico-químicos realizados a muestras de cerámicas de distintos complejos formativos. A partir de la información que produjo el análisis de grupos, se fortalece la proposición de Snarskis de dos tradiciones cerámicas en el Formativo que se ubican en las secciones norte y sur del actual territorio costarricense. También se fortalece el planteamiento de otros arqueólogos sobre la existencia de mayores diferencias entre complejos cerámicos tempranos con relación a su distancia geográfica.

Patricia Fernández se refiere a “Michael Snarskis y su contribución en el estudio de la metalurgia de Costa Rica”. La primera vez que el arqueólogo hizo una alusión al oro fue en la publicación sobre la exposición *Between/Continents/Between Seas: Precolumbian art of Costa Rica*, realizada entre los años 1981-1984. En dicha publicación él planteó que las sociedades que habitaban el Atlántico, el Valle Central y posiblemente el Diquís, en los años 500-700 d. C., enfrentaron cambios socioculturales como producto de la influencia de personas y tradiciones foráneas, tal vez procedentes de Colombia y Panamá. En este contexto las élites reemplazaron el jade por el oro como objeto de prestigio. Si bien es cierto, investigadores como Lothrop, Stone y Balsler y Aguilar ya habían planteado la procedencia de los objetos de oro de Colombia, Snarskis retomó esta influencia en el marco de un cambio sociocultural más amplio y propuso rangos cronológicos para las primeras piezas de oro.

Robert Drolet en “El Proyecto Boruca 1980: Miguel Snarskis y el inicio de la Arqueología de Rescate en Costa Rica”, narra la experiencia de investigación arqueológica de ambos en la construcción de la Represa Hidroeléctrica de Boruca en el Sur del país, por parte del Instituto Costarricense de Electricidad (ICE). En 1979 Snarskis presentó al ICE el diseño a una escala de investigación grande, de un plan de prospección controlada para localizar los sitios arqueológicos sobre la cuenca fluvial y analizar el impacto de la construcción de la represa. Este proyecto, que fue aprobado y financiado en 1980 por el ICE, produjo importantes resultados como por ejemplo: los primeros datos sobre patrones de asentamiento en el sur; la

participación de instituciones públicas y privadas en el financiamiento de estudios arqueológicos, la incorporación de estudiantes de la Universidad de Costa Rica y la Universidad Nacional y los primeros pasos en la arqueología de rescate en el país.

Floria Arrea destaca la “Labor docente de Michael J. Snarskis y sus contribuciones a la formación de profesionales en la arqueología costarricense”. La información que brinda ofrece algunos datos biográficos de Michael y de las distintas actividades académicas y profesionales que él realizó en el país. Asimismo, muestra elementos de la historia de la arqueología costarricense, con el fin de explicar el contexto donde se contrató a los primeros profesionales en arqueología en el país, tanto nacionales como extranjeros, entre estos el Dr. Snarskis. Posteriormente, profundiza en el papel de Snarskis en el desarrollo de la enseñanza de esta disciplina en la Universidad de Costa Rica, impartiendo cursos y dirigiendo tesis.

Eugenia Ibarra analiza el papel de “La etnohistoria en la labor investigativa de Michael J. Snarskis”, a través del estudio de cuatro artículos representativos de las investigaciones del arqueólogo, ubicados en los años 1981, 1985, 2002 y 2003. Snarskis, con el interés de lograr una síntesis de la arqueología costarricense en el marco de una visión regional y de que sus interpretaciones e hipótesis tuvieran mayor respaldo, estudió fuentes documentales e históricas e incorporó a sus investigaciones las recomendaciones y opiniones de etnohistoriadores e historiadores. Como resultado de este acercamiento comprendió el sentido de los montículos de la Fase de la Cabaña y el uso de las plazas en períodos tardíos, reconstruyó las distintas facetas de las redes de intercambio de bienes –en coautoría con Ibarra–, conoció los caminos y rutas prehispánicas y reforzó su hipótesis de que la entrada principal al Valle Central de Costa Rica desde Nicoya, era a lo largo del Río Tárcoles.

Silvia Salgado aborda los elementos que integraron “El modelo de Evolución Social de Michael J. Snarskis”, planteado en su tesis doctoral de 1978, modelo que por primera vez en Costa Rica fue construido fundamentalmente con datos arqueológicos para analizar el cambio sociocultural en la Vertiente Atlántica. Este modelo que partió de la teoría de sistemas y se nutrió del uso de áreas culturales y de una visión de evolución multilineal, se fue modificando en la medida en que nuevos hallazgos daban pie para ello. Como resultado, Michael estableció un marco cronológico con diversos períodos y fases que representaron tanto unidades de tiempo como culturales. Sostiene Salgado que Snarskis, al contrario de lo que afirman otros autores, siempre reconoció el papel principal que tuvieron los procesos locales sobre la transformación sociocultural, aunque también reconoció el impacto secundario de las dinámicas de mayor escala.

Juan Vicente Guerrero expone una serie de “Comentarios y anécdotas de la excavación e interpretación del sitio Loma Corral (G-776 LC, cementerio del período Tempisque (500 ac-300 d. C), Bahía Culebra, Guanacaste”, último trabajo que realizó Michael Snarskis en el marco de una investigación primero de evaluación y luego de rescate en el año 2006. En esta investigación participó Guerrero como funcionario del Museo Nacional de Costa Rica, ente encargado según la legislación del país de llevar a cabo este trabajo. La importancia de la excavación que hizo Snarskis se centra en el hecho de que encuentra un complejo sistema de enterramientos que incluye prácticamente todos los tipos de enterramientos conocidos en el noroeste de Costa Rica, en un mismo sitio y lo que es más importante aún, en un mismo lapso temporal. Adicionalmente, su trabajo allí ofrece uno de los pocos contextos controlados en que se ha documentado de forma extensa los artefactos de jade geológico y social, así como la presencia de cerámica Usulután.

Frederick Lange en “La cuña (“wedge”) histórico-cultural entre el sur de Mesoamérica y la Gran Nicoya: una propuesta”, elabora un modelo de análisis que denomina como “cuña del sur de Mesoamérica”, con el fin de imaginar y analizar escenarios de influencias y comportamientos sociales, económicos y religiosos que se pudieron dar entre las dos grandes zonas señaladas, o bien dentro y fuera de los límites de la cuña. El modelo lo plantea a partir del contraste de artefactos e idiomas que están dentro y fuera de ese espacio y lo complementa con información etnohistórica y etnográfica sobre cómo vivían, pensaban e interactuaban otros grupos culturales en otras latitudes. Se destaca la relevancia de esta forma de acercamiento a la arqueología, para el desarrollo de las ideas de Snarskis, ya que él mostró la presencia de influencia Mesoamérica en Costa Rica con base en sus investigaciones en el Atlántico.

Luego de esta breve síntesis por los diez ensayos que contribuyen tanto al análisis, al conocimiento y al desarrollo de las ideas e hipótesis de Michael J. Snarskis sobre la arqueología en Costa Rica, no cabe duda de la trascendencia de su pensamiento para la comprensión integral de los seres humanos que habitan esta zona. Más aún, tales ensayos son una evidencia de la capacidad transcultural de Miguel, quien tuvo la oportunidad y el DON de entrar y salir de otras culturas, espacios y tiempos: en Costa Rica encontró otros hogares y otras familias en el sentido amplio que plantea la antropología, en las sociedades prehispánicas orientó y desarrolló sus múltiples pasiones y Estados Unidos, lugar que lo vio nacer, siempre fue su punto de referencia. Se observa, a lo largo de su obra su deseo y su esfuerzo por construir formas de reciprocidad y de contacto entre Costa Rica, Estados Unidos y las sociedades prehispánicas; entre el pasado, el presente y el futuro.

Para finalizar, se destaca el apoyo económico y la confianza que depositó la Vicerrectoría de Investigación de la UCR, en la organización de este simposio. En especial, un reconocimiento al Dr. Ramiro Barrantes quien en calidad de Vicerrector de esa Vicerrectoría hasta julio del año 2011, dio el aval para realizar el evento, traer a los dos arqueólogos norteamericanos invitados –Robert Drolet y Frederick W. Lange– y hacer la publicación. La colaboración de Alonso Castro Vindas en la gestión y coordinación administrativa en esa Vicerrectoría, fue invaluable. Laura Cervantes Gamboa, en ese momento Directora de la Escuela de Antropología, de la UCR, también brindó tiempo y recursos valiosos. Pamela Campos Chavarría, estudiante del Posgrado en Antropología y María Gabriel Zúñiga Sánchez, estudiante de la Escuela de Antropología, se encargaron de tareas logísticas, de la elaboración de una presentación audiovisual sobre la “Vida y obra de Michael J. Snarskis”, para la inauguración del evento, y de la toma de fotografías para documentar el proceso. La asistencia eficiente de Carmen Arguello Brizuela, secretaria del Posgrado en Antropología, fue clave. La donación que hizo Rosa Alvarado de material gráfico y escrito y de conocimiento relacionado con Michael y su obra, fue fundamental en el desarrollo de toda la actividad.

A todos los amigos, amigas y colegas de Snarskis, autores de este libro, el más sincero reconocimiento.

*Ma. del Carmen Araya Jiménez
Silvia Salgado González
Octubre del 2013*

Notas sobre el contexto de la arqueología centroamericana, 1970-2000

María Eugenia Bozzoli Vargas

Introducción

Las siguientes notas abarcan ejemplos de acontecimientos relacionados con el desarrollo de la antropología en Centroamérica en especial de su arqueología de 1970 a 1985, y de 1985 a 2000. Las notas pretenden ilustrar el contexto en que se ha venido desarrollando la disciplina arqueológica; por eso no se entra en aspectos más inherentes a este campo de estudio, como son enfoques teóricos, resultados de investigaciones, modelos de programas de estudio y otros que suelen abordarse en historias del devenir de quehaceres académicos. La Arqueología centroamericana tiene enfoques sobre su historia, ya realizados para cada país; también se cuenta con los referentes a toda la región, como los de Baudez (1970) y Stone (1972) o a parte de ella, como en el que participó el Dr. Snarskis sobre toda la Baja Centroamérica (1884) concernientes al primero de los dos períodos aquí tratados. Estos dos períodos¹, del último tercio del siglo XX, no abarcan el total de la carrera arqueológica de

¹ Estas notas están ordenadas en dos períodos de quince años cada uno. Las fechas no representan una periodización de estudios arqueológicos en Centroamérica. Corresponden al tercero y cuarto períodos de la Antropología en el istmo; esta fue organizada en cinco períodos, resultantes de la experiencia de Margarita Bolaños Arquín y María Eugenia Bozzoli Vargas, y utilizados en la docencia de cursos sobre la región en el posgrado de Antropología en la Universidad de Costa Rica, al inicio del siglo XXI, y su elaboración posterior en ponencias divulgadas por estas autoras; los dos períodos y sus características generales aquí incluidas son parte de un libro inédito (Bolaños y Bozzoli, 2012; El desarrollo de la Antropología en Centroamérica); las especificidades relacionadas con la arqueología son propias de las presentes notas.

Michael Snarskis (falleció en enero de 2011), pero ligeramente sobrepasan dos tercios de su fructífera dedicación a Costa Rica y su pasado precolombino².

Contexto centroamericano para la Arqueología, 1970-1985

Características generales del período

Desde los primeros años de la década del setenta, Centroamérica se ha conectado mediante la carretera interamericana. El periodo de 1970 a 1985 presenta graves conflictos en esta región, lo que causa dificultades al quehacer antropológico, pero aún así se va consolidando la enseñanza formal de la Antropología en las universidades estatales; por lo tanto, resulta frecuente que los programas se orientan a valorar la posición de estos países ante los países hegemónicos y en el contexto de América Latina; se abordan procesos de transculturación en los que se encuentran los indígenas así como la modernización de sus comunidades y las de las comunidades campesinas tradicionales, también se busca la comprensión de procesos nacionales e internacionales relacionados con las condiciones de pobreza, y los aportes de las clases populares a la nacionalidad. Los estados toman parte activa en los proyectos de modernización del agro, así como las agencias, entre ellas el Instituto Indigenista Interamericano, los programas internacionales del Punto IV y otros de desarrollo, concebidos en forma congruente con las visiones para el mundo, las cuales son posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El intento de relacionar los estudios antropológicos con aspectos de la nacionalidad de cada país, aunque no totalmente ausente en la primera parte del siglo XX, se torna más

2 En el caso particular del Dr. Snarskis, énfasis diferentes en su currículum profesional (versión hasta 2007), permiten adecuarlo a los tres últimos períodos de la periodización de la Antropología en el istmo: 1970-1985. Formación como arqueólogo (maestría, doctorado, posdoctorado) y desempeño en el Museo Nacional: las 8 becas y donaciones importantes para investigación de campo caen en este período, no se reportan en los otros dos; publicaciones especializadas en arqueología, basadas en las investigaciones de campo, más abundantes que en los otros períodos; nueve años de trabajo en el Museo, funda Departamento de Arqueología, *Revista Vínculos*, Asociación Arqueológica de Costa Rica, es decir, intensa actividad alrededor de la profesión arqueológica. 1985-2000. Sobresale su trabajo para el IICA y CATIE: su desempeño como publicista y editor de órganos de otros temas como agricultura en esas entidades. Disminuye publicaciones en arqueología especializada, docencia y museografía, trabaja de consultor. 2000-2011. Siempre da clases en la UCR desde 1977, se mantiene en el comité de *Vínculos*, igualmente sigue apareciendo en documentales y televisión con temas arqueológicos, pero la tendencia sobresaliente es la divulgación de la Arqueología en la *Revista Costa Rica Outdoors* (18 artículos de 2002 a 2007) la que no aparece en los dos períodos anteriores, y las comunicaciones en sitios de INTERNET.

evidente hacia estos años, y se presenta en forma más clara a partir de los estudios de etnicidad e identidad de la década de 1980, hasta el siglo XXI. El tema de la identidad ha merecido especial atención en arqueología, debido a la valoración del indígena en cada país, que ha hecho de las identidades locales y nacionales, en su relación con el pasado precolombino, discursos diferentes. A manera de ejemplos, Corrales (1999) explica cómo en Costa Rica fue negado; mientras Murillo Herrera (2008, p. 41) afirma que el cambio de la denominación “precolombino/a” por “historia antigua” facilitó en Costa Rica sentir el pasado indígena como parte del pasado nacional; más al norte, con el pasado que se refleja en espectaculares y monumentales sitios, el pasado precolombino es incorporado a las identidades pero de manera idealizada, y en el caso de Honduras con exclusión de grupos carentes de pasado con obras monumentales (Euraque, 1998).

Aunque hubo encuentros centroamericanos para promover la enseñanza de las ciencias antropológicas desde los años sesenta, un encuentro centroamericano de arqueólogos en 1975, en Honduras, así como un congreso centroamericano de Antropología y Patrimonio Cultural, también en 1975, en Costa Rica, en el cual participó activamente el Dr. Snarskis, hacia el final de la década de los ochenta es cuando aumentan los esfuerzos de los profesionales de la Antropología para intensificar sus relaciones a lo interno de la región.

En Costa Rica se habían iniciado los programas conducentes a títulos en Antropología (Arqueología incluida) en el segundo lustro del decenio de los años sesenta, se consolidan en la década de los años setenta; en 1975, por ejemplo, “se modifican los objetivos del plan de estudios y se establece el programa de Licenciatura ... La Arqueología cobra estatus de sección, ofreciéndose a partir de entonces como especialidad” (Bolaños, 1993, p. 61); el arqueólogo Óscar Fonseca había obtenido el bachillerato en Antropología en 1974, habiendo recibido cursos y práctica de campo en arqueología con Carlos Aguilar, igual que hubo otros bachilleres antes de 1975 con una buena base, para ese nivel, en arqueología³; en 1977

3 En la UCR se ofreció un curso de Arqueología y Etnología, a cargo del Prof. Jorge Lines, de 1941 a 1961, para la carrera en Geografía e Historia. En 1962 y 1963 el Prof. Carlos Aguilar dictó el curso de Arqueología de Costa Rica y de América (anual) en el Programa de Licenciatura del Depto. de Geografía e Historia. En 1964, al iniciarse la Sección de Ciencias del Hombre, y con ella el Bachillerato en Antropología, los cursos de Arqueología de Costa Rica y Arqueología de América (un semestre cada uno), a cargo de Aguilar, se integran al Bachillerato y también son parte del Plan de Geografía e Historia. En 1967 la Sección de Ciencias del Hombre pasa a ser Departamento, inicia cursos como tal en 1968, con tres disciplinas: Antropología, Sociología y Psicología. Antropología ya ha tenido algunos estudiantes interesados específicamente en la rama de Arqueología, y hacen prácticas bajo la dirección del Prof. Aguilar, quien funda el Laboratorio de Arqueología ese año. Estos bachilleres se gradúan en los primeros años de la década de 1970. En conferencias auspiciadas por CSUCA, celebradas en Costa Rica (1962), El Salvador (1964) y Honduras (1966 y 1968), para tratar la enseñanza de las Ciencias Sociales en Centroamérica, se incluyó a la Arqueología entre las

Fonseca obtiene la maestría en Pittsburgh y regresa al país para incorporarse como profesor en el Departamento de Antropología. En El Salvador, entre 1960 y 1968, hubo una carrera en Arqueología, aunque solo una persona fue graduada; por las vicisitudes políticas no continuó, aunque sí hubo programas de investigación, patrimonio y rescate en los años setenta (Bello Suazo, 2000; Ramírez y Rodríguez, 1993); en Guatemala, afirma Olga Pérez de Lara (1993), aparecen sistematizados en la Universidad de San Carlos los estudios de Antropología Social y Arqueología, como ramas independientes de Historia, en 1973 (p. 20). Al respecto menciona: “ hay que agregar las condiciones políticas que caracterizaron el período 1978-1980, en el que fueron asesinados, a excepción de dos, todos los miembros de la primera promoción de antropólogos que se formaba” (p. 21) (menciona cuatro de los asesinados). El primer antropólogo graduado por la Escuela de Historia egresa en 1978 e inmediatamente abandona el país (p. 22). Al mismo tiempo, Pérez de Lara considera que entre 1983 y 1988, cuando escribió su trabajo, se hizo posible la formación de un cuadro docente estable, pues en la Escuela de Historia la organización incluye tres áreas: Antropología, Arqueología e Historia, considerándose la segunda una disciplina independiente de las otras dos. En la investigación, las tres áreas sí se integran en un mismo instituto en 1986 (p. 28). Por su parte, Martínez Paiz (2001) refiere que en la Universidad del Valle de Guatemala se inició un programa de Licenciatura en Arqueología en 1984, cuando se canceló una carrera generalista en Ciencias Sociales que incluía Arqueología, la cual se estableció en 1977. Las carreras de Arqueología y Antropología, no obstante, continuaron su colaboración estrecha.

En Costa Rica, en las ciencias antropológicas, las dos influencias extranjeras significativas, reflejadas en las relaciones profesionales entre colegas y en las investigaciones que se llevan a cabo, son la de Estados Unidos y la de México. En el Museo Nacional, en este período, Snarskis crea la Sección de Investigaciones Arqueológicas, la cual estuvo bajo la dirección primero de Frederick Lange y luego del mismo Snarskis (Arias y Bolaños, 183, p. 9). En el Departamento de Antropología, en este período, a partir de 1977 se contó con la participación de Michael Snarskis. En 1980 se integró al Departamento y al Proyecto Guayabo el Dr. Luis Hurtado de Mendoza, arqueólogo peruano, doctorado en Estados Unidos; en Antropología Social se cuenta con Eugenia López (mexicana) y Nancy Cartín, exalumna de la Maestría en Antropología de la Universidad Iberoamericana; por iniciativa de la Dra. Larissa Lomnitz (México) y del Dr. José Antonio

materias que se deben incorporar en los planes de estudio. En 1975 la Antropología define dos secciones: Arqueología y Antropología Social. En 1977 Ciencias del Hombre se convierte en dos escuelas en la recién creada Facultad de Ciencias Sociales: 1) Sociología y Antropología, y 2) Psicología. Ese año se aprueba una licenciatura con énfasis en Arqueología.

Camacho (UCR) dio inicio un programa de intercambio académico promovido por la Fundación Ford entre 1979 y 1981. En esos tres años se invitó a profesores mexicanos en Antropología Social y en Arqueología, entre ellos Jaime Litvak King, Ernesto Vargas y Rosa María Vargas. En el período se graduaron los primeros arqueólogos con licenciatura, el primero es Ricardo Vázquez (1982), así como Ana Cecilia Arias y Sergio Chávez en 1985.

La antropología centroamericana en el marco sociopolítico de los años 1970-1985

En Centroamérica, se realizaban esfuerzos para mantener la integración económica, estimulando la industrialización mediante el proceso de substitución de importaciones, y tratando de ajustar el mercado común a las realidades de los países. En los decenios 1950-1959 y 1960-1969 se habían conjugado la industrialización y el proceso de integración centroamericana de manera favorable para la economía. Sin embargo, el decenio de 1970-1979 se caracterizó por la crisis de esa integración, pues los precios de los productos de exportación declinaron, los de las importaciones aumentaron, los países no realizaron concesiones entre ellos; además ocurrieron graves catástrofes naturales como la devastación de Honduras por el huracán Fifi (1974), el terremoto de Nicaragua en 1972 y el de Guatemala en 1976; entre otras razones. Todo esto generó conflictos sociales que afectaron negativamente toda la sociedad desde el final de ese decenio y durante los años ochenta. Producto de esto la migración del campo a la ciudad se tornó constante, y como consecuencia aumentó el número de personas en los cinturones de miseria urbanos.

Resulta necesario señalar que en el período hubo además conflictos armados en Guatemala, El Salvador y Nicaragua; en este último se llevó a cabo la Revolución Sandinista (1978-1979). Al mismo tiempo, los graves efectos políticos y económicos del conflicto bélico entre Honduras y el Salvador caracterizaron el contexto, dicho enfrentamiento sucedió en 1969, y fue conocido de diversas maneras, entre ellas “guerra del hambre”, “guerra del futbol”, “guerra necesaria”, entre otras. De acuerdo con Eddy Jiménez (*Anuario de Estudios Centroamericanos*, (3): 48-349), las causas del conflicto fueron el hambre, la frustración, el analfabetismo y el conflicto de la tierra; así como el nacionalismo exacerbado de ambos países⁴.

4 Costa Rica no tuvo conflictos armados, sin embargo, no se desliga totalmente de lo que ocurre al norte. Hubo un incidente político que involucró al Dr. Snarskis y a la autora de estas notas. Ella coordinó una comisión creada por iniciativa de algunos alajuelenses, para determinar si los restos óseos enviados de Nicaragua como pertenecientes a Juan Santamaría (fallecido en 1856) eran los de este héroe nacional costarricense.

En el caso de Panamá, a principios de los años setenta el gobierno del general Omar Torrijos estaba gestionando la devolución del Canal de Panamá, que en ese momento había dado lugar a manifestaciones violentas. Por su parte, en Costa Rica, en los decenios 1970-1979 y 1980-1989 sobresale el énfasis en planes gubernamentales relacionados con el desarrollo de regiones internas y a nivel nacional, pero el país se ve afectado por la crisis económica.

Como lo expone Bolaños (2001) en los siguientes párrafos:

“Estos primeros años de la década de los ochenta, coinciden con la desintegración de la mayoría de las organizaciones de izquierda y el florecimiento de las ONG y todo tipo de grupos de reflexión que igualmente abandonan total o parcialmente la academia. De la misma manera, las organizaciones de ‘clase’, como los sindicatos y asociaciones obreras y campesinas se ven cuestionadas y nuevas formas de organización de la sociedad civil surgen en Centroamérica con el patrocinio de agencias ‘solidarias’ europeas. . . . los antropólogos costarricenses nos abrimos campo en dos frentes: la sociedad civil (la calle, como dicen algunos colegas) y la academia. Con la reducción del gasto público para aliviar la deuda interna y externa, muchas de las instituciones estatales donde trabajaron los antropólogos, fueron cerradas. Con la ayuda internacional, las ONG se hicieron cargo de algunas de las funciones del Estado, mientras se preparaba el terreno para ‘modernizar’ o reducirlo. Condiciones necesarias para acelerar el proceso de globalización de la década de los noventa”.

En el trabajo de la Comisión, el Dr. Snarskis determinó que una cerradura marca Corbin que venía con esos restos era posterior a 1856, se fabricó a partir de 1882 (Dickey, 1981, describe cómo lo logró). El Dr. Carlos Meléndez investigó que los restos venían de una sepultura perteneciente a un cura, y también había botones de sotana. Además aclaró que se sabía que los soldados de la Batalla de Rivas fueron enterrados en masa en un callejón aledaño a la iglesia, no adentro de ella, de donde provenían los restos enviados. El arqueólogo-osteólogo Ricardo Vázquez trabajó con los escasos restos humanos, que por supuesto no eran posibles identificar como del soldado Santamaría; además encontró huesos de animales, lo cual se debió haber explicado como una situación normal en tierras de relleno de sepulturas; sin embargo estos huesos ampliaron el escándalo que resultó del informe de la Comisión donde se negaba que aquellos fueran los restos de Juan Santamaría. Ante esto, se formaron bandos sandinistas y antisandinistas para debatir y aclarar lo sucedido. Para María Eugenia Bozzoli siempre fue un misterio el manejo político del asunto, en el tanto que el gobierno costarricense, con buenas y cercanas relaciones con la UCR y con el Museo Nacional (el presidente Carazo había sido profesor de Historia en la UCR, conocía personalmente a miembros de la Comisión nombrada después para verificar lo enviado) no hubiera escogido una comisión de C.R. para trabajar con el equipo de Arqueología de Nicaragua en el proyecto de repatriación de los restos. La única excusa que apareció en los medios fue que se pretendió trabajar muy aceleradamente. El debate entre los bandos ticos antisandinistas y prosandinistas se puede leer en los periódicos de agosto y setiembre de 1981.

Encuentros centroamericanos con participación de arqueólogos

1975 (15-19 de enero, Tegucigalpa, Honduras), Primer Encuentro de Arqueólogos Centroamericanos

La primera reunión de arqueólogos centroamericanos fue patrocinada por el Banco Centroamericano de Integración Económica. El Acta del evento enumera como arqueólogos a las siguientes personas: Laura Cristina Gálvez [Honduras], Ángel García Cook, Eduardo Matos, Jaime Litvak King [México]; Carlos Navarrete, procedente de Guatemala, trabaja en México; Luis Luján y Pío Salomón Rosales [Guatemala]; Jorge Espinoza y Jorge J. Jenkins [Nicaragua], Roberto Reyes Mazzoni, Marco Carías Zapata, Ricardo Agurcia, Mario Felipe Martínez y Zulema de Corrales [Honduras]; Wolfgang Haberland [Alemania]; Claude Baudez [Francia]; Gary Pahl, Clifford Evans y Betty Meggers [EE. UU.], Stanley Boggs [El Salvador], de Costa Rica asistieron Carlos Aguilar Piedra, David Luna de Sola, Óscar Fonseca y Ricardo Quesada López-Calleja. Además el acta provee una lista de observadores.

Concluyeron con políticas importantes para el futuro desarrollo de la arqueología en Centroamérica (Banco Centroamericano de Integración Económica, 1975). El Dr. David Luna de Sola (1976) expuso "Recomendaciones para la formación de un catálogo arqueológico centroamericano"; por su parte, Luna de Sola explica lo que se ha logrado en el Instituto de Estudios Centroamericanos (UCR), lo cual favorece la creación del catálogo. También recomienda unos once puntos adicionales sobre acciones para alcanzar el conocimiento arqueológico de Centroamérica. El maestro Carlos Aguilar resume su ponencia en la misma publicación (1976), esta se titula "Estado Actual de la Antropología en Costa Rica". El resumen incluye lo referente al Laboratorio de Arqueología, al Museo Nacional, las instituciones como el Banco Central y el Instituto Nacional de Seguros que favorecen la arqueología y los permisos a instituciones extranjeras; además, sobre la investigación arqueológica en la UCR enumera sus proyectos y actividades. En la del museo agrega: "Trabaja para el Museo y está haciendo su tesis para el doctorado en la Universidad de Columbia Michael Snarskis. Su trabajo de investigación se realiza en la zona atlántica". También se refiere al trabajo que lleva a cabo Frederick Lange en Sardinal, Guanacaste. Otros temas son acerca de un documental fílmico sobre los objetos de oro y la divulgación del arte indígena en el nivel popular.

1975 (del 30 de junio al 6 de julio, en CEDAL y en la Universidad de Costa Rica) “Primer Congreso de Antropología y de la Defensa del Patrimonio Cultural de la América Central”

Una reseña de este fructífero congreso aparece en el *Anuario de Estudios Centroamericanos* (1976, 2, pp. 450-452). Las instituciones promotoras del Congreso fueron el Museo Nacional de Costa Rica, el Instituto de Estudios Centroamericanos de la UCR, la Escuela de Ciencias del Hombre; además hubo varias instituciones patrocinadoras. En la subcomisión de investigación estuvieron: Dr. Claude Baudez, Dr. Frederick Lange, A.C.M., maestro Carlos Aguilar Piedra, I.E.C.A.; Dr. Michael Snarskis, Dr. Víctor Manuel Arroyo, decano de la Facultad de Letras, UCR; Dr. Hugo Fernández, Facultad de Ciencias Sociales, UNA; Prof. Luis Ferrero y Lic. William Reuben. La subcomisión de Defensa del Patrimonio incluyó al Dr. Daniel Rubín de la Borbolla, quien envió una ponencia para ser leída en el Congreso. En la parte correspondiente a Arqueología, que tomó lugar en el Laboratorio de la UCR, ubicado en el extremo del este de la Biblioteca Carlos Monge Alfaro, los arqueólogos participantes fueron: Gloria Hernández (El Salvador), C. Baudez (Francia), Wolfgang Haberland (Alemania), Richard Magnus (EE.UU), María Teresa Montealegre de Osorio (Nicaragua), Jeanne Sweeney (EE. UU.), Carlos Aguilar Piedra (C. R.), William S. Kennedy (EE. UU.), Michael J. Snarskis (Costa Rica), Richard Cooke y Olga Linares (Panamá). Como observadores: Elizabeth Easby (EE. UU.), Roberto de la Guardia (Panamá), Jorge Espinoza (Nicaragua), María Bozzoli, Luis Ferrero y Héctor Gamboa (C. R.).

El temario de este Congreso fue: Legislación y protección del patrimonio cultural de América Central, Antropología Centroamericana, Lingüística, Etnohistoria y Folklore. Estuvieron presentes delegados de todos los países de Centroamérica y los datos de sus ponencias aparecen en la Memoria del Congreso (Centro de Estudios Centroamericanos, 1976).

El siguiente encuentro con participación de arqueólogos, gestado en Centroamérica, para centroamericanos (excluidos los encuentros en cada país para conocer de su propia arqueología nacional) no ocurre sino 12 años después, en 1988; se puede argumentar que esto fue consecuencia de los conflictos políticos.

Ejemplos de obras representativas, obras influyentes y temáticas abordadas

Entre las obras centroamericanas en Antropología Social se cuentan, por ejemplo, las del sociólogo Carlos Guzmán Bockler (1970, 1975) y las del historiador Severo Martínez, *la Patria*

de Criollo (1971), ambos guatemaltecos; los artículos y libros de Segundo Montes (1979) producidos por la UCA en El Salvador. El historiador guatemalteco Luis Luján Muñoz menciona publicaciones que utilizaba constantemente (1972, p. 375) y relacionadas con la historia de la Arqueología, entre ellas las obras de Ignacio Bernal, *Cien años de Arqueología Mexicana, 1780-1880*"; de Daniel Rubín de la Borbolla y Hugo Cerezo Dardón, *Guatemala, Monumentos Históricos y Arqueológicos*, y Alberto Ruz Lhuillier, *Arqueología Maya: Trayectoria y Meta*.

Otro ejemplo de la difusión de obras arqueológicas en Costa Rica es Michael Snarskis. Publica, empezando en 1975, 29 libros y artículos sobre su investigación arqueológica profesional especializada. Abarca trabajos de investigaciones en la vertiente Caribe de Costa Rica; entre ellos aporta una historia de cien años de Arqueología en dicha vertiente, algunos son sobre Guanacaste y el Valle Central, otros del jade y al mastodonte en Tibás, del arte precolombino, de la arqueología de rescate, así como una reseña de la arqueología de Rivas de Nicaragua y otros temas. Algunas de estas publicaciones tuvieron coautores, ellos fueron Marcella Crump, Carmen E. Murillo, Héctor Gamboa, Óscar Fonseca, Aída Blanco, Frank Findlow, Phillis Martin, Robert Markens y Eugenia Ibarra.

Resulta pertinente mencionar en este apartado los órganos de publicación con que se cuenta en Centroamérica para difundir los trabajos de los practicantes de las distintas ramas de la antropología. En Costa Rica, en 1975, Michael Snarskis funda la Revista *Vínculos* del Museo Nacional, y además él fue su director de 1975 a 1983. Esta revista profesional se ha enfatizado desde su inicio en la investigación original en las subdisciplinas antropológicas, obviamente en la Arqueología de Centroamérica y la denominada entonces Área Intermedia. Además se ha divulgado en todas las universidades y museos del mundo con interés en el istmo. *Vínculos* recibió el Premio Áncora en 1979 por su orientación científica.

También, entre 1983 y 1986 Snarskis fue fundador y editor del *Boletín* de la Asociación Arqueológica de Costa Rica, mientras Nancy Cartín crea los *Cuadernos de Antropología* en 1983. En Guatemala se cuenta con las publicaciones periódicas del Centro de Estudios Folklóricos, en Honduras, la Revista *Yaxkin* del Instituto de Antropología e Historia; en Nicaragua, la Revista *WANI* del Centro de Investigaciones de la Costa Atlántica y en Panamá, la Revista *Hombre y Cultura*. Atención especial a Centroamérica provino de la *Revista América Indígena*, la cual dedicó un número a cada país de Centroamérica en el primer lustro del decenio 1970. En esos

5 El período de M. Snarskis como director de *Vínculos* coincide con un nuevo enfoque de los estudios arqueológicos. De acuerdo con Óscar Fonseca (1984), 1975-1983 es el período de cambio hacia el uso de modelos explicativos diacrónicos en la arqueología costarricense.

números muchos antropólogos centroamericanos entre ellos, los arqueólogos, publicaron sus trabajos.

Bibliografía pertinente al contexto arqueológico centroamericano, 1970-1985

- Aguilar Piedra, C. (1976). "Estado Actual de la Antropología en Costa Rica". *Anuario de Estudios Centroamericanos*, (2), pp. 408-412. Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Anuario de Estudios Centroamericanos* (1974, N.º 1; 1976, N.º 2; 1977, N.º 3; 1979, N.º 4) Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica, Editorial Universidad de Costa Rica.
- Arias, A. y Bolaños, M. (1983). "La Costa Rica precolombina: un acercamiento histórico". En *Desarrollo Institucional de Costa Rica*. Luis Paulino González (ed.). San José: Editorial SECASA, pp. 3-17.
- Arias, A. y Sánchez, M. (1985). "Propuesta metodológica para el TCU según el caso de la Colonia Agrícola de Guayabo de Turrialba". *Cuadernos de Antropología*, n.º 4.
- Banco Interamericano de Integración Económica. (1975). *Acta de la Primera Reunión de Arqueólogos Centroamericanos, Tegucigalpa, 15-18 de enero de 1975*. Museo Nacional, Tegucigalpa, Honduras.
- Bello Suazo, G. (2000). "Los estudios históricos en la Universidad de El Salvador". V Congreso Centroamericano de Historia. Universidad de El Salvador. Disponible en: <http://hcentroamerica.fcs.ucr.ac.cr/Contenidos/hca/cong/mesas/cong5/docs/BEdu1.pdf>.
- Bolaños Arquín, M. (1993). "El estado actual de la Antropología en Costa Rica". *Cuadernos de Antropología*, (9): 59-71.
- Bolaños, M. (2001). "La Antropología costarricense en el marco del contexto centroamericano de finales del siglo XX". *Revista Reflexiones*, 80 (2):141-147.
- Centro de Estudios Centroamericanos. (1976). *Primer Congreso de Antropología y de la Defensa del Patrimonio Cultural de América Central*. San José, C.R. Artes Gráficas de Centroamérica S.A.
- Comas, J. (1967). "Reunión para la integración de la enseñanza con las investigaciones antropológicas". *Anuario Indigenista*. Vol. XXVII.
- Comas, J. (1969). "La antropología en la formación de profesionistas no antropólogos". *América Indígena*, Vol. XXIX, (3): 711-726.
- Cuadernos de Antropología. (enero-junio, 1993). *La antropología en Centroamérica. Cuadernos de Antropología* (9). Laboratorio de Etnología. Universidad de Costa Rica.

- Corrales, F. (1999). "El pasado negado: El desarrollo de la arqueología costarricense y la identidad nacional". *Vínculos*, 24, (1-2): 1-27.
- Dickey, C. (1981). "Bag of Bogus Bones From Nicaragua Strains Relations with Costa Rica". *The Washington Post*. Wednesday, September 9, 1981. A 24.
- Euraque, D. (1998). "Antropólogos, arqueólogos, imperialismo y la mayanización de Honduras: 1890-1940". *Yaxkin*. XVII, 85-101. Instituto Hondureño de Antropología e Historia.
- Ferrero, L. (1975). *Costa Rica Precolombina (Arqueología, Etnología, Tecnología, Arte)*. 446 pp., además de láminas en colores. Biblioteca Patria, (6), Editorial Costa Rica. San José.
- Fonseca Zamora, Ó. (1984). "Reflexiones sobre la investigación arqueológica en Costa Rica: una perspectiva histórica". Papers presented at a symposium at Carnegie Museum of Natural History, Pittsburgh-April 27, 1983. *Inter-Regional Ties in Costa Rican Prehistory*. Editoras: Esther Skirboll y Winifred Creamer. BAR International Series 226.
- Instituto Indigenista Interamericano. (1973). *América Indígena*. Vol. XXXIII (2).
- Instituto Indigenista Interamericano. (1975). *América Indígena*. Vol. XXX (4).
- Herrera, M. (1993). "Panorama general del desarrollo de la Antropología en las instituciones públicas y privadas de Costa Rica". *Cuadernos de Antropología*. (9): 73-86. Publicación del Laboratorio de Etnología. Universidad de Costa Rica.
- Luján Muñoz, L. (1972). "Historia de la Arqueología en Guatemala". *América Indígena*, vol. XXXII, (2): 353-376.
- Luna de Sola, D. (1976). "Recomendaciones para la formación de un catálogo arqueológico centroamericano". *Anuario de Estudios Centroamericanos*. (2):406-408. Editorial de la Universidad de Costa Rica Revista de Ciencias Sociales. UCR. Ed. Especiales de Antropología. *Tendencias actuales de Antropología*. N.1 (1984), N.2 (1985) y N.3 (1986).
- Martínez Paiz, H. (2001). "La enseñanza de la arqueología en Guatemala: Alcances y perspectivas actuales". En *XIV Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2000* (editado por J.P. Laporte, A.C. Suasnívar y B. Arroyo), pp.644-653. Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala. Disponible en: <http://www.asociaciontikal.com/pdf/48.00.pdf>
- Pérez de Lara, O. (1993). "El desarrollo de la Antropología en Guatemala". *Cuadernos de Antropología*, (9): 15-35.
- Ramírez Cruz, A. L. y Rodríguez Herrera, A. (1993). "Algunas reflexiones sobre el desarrollo de la Antropología en El Salvador". *Cuadernos de Antropología*, (9): 37-47.
- Snarskis, M. y Gamboa, H. (1982). "Arqueología de salvamento y la cooperación internacional: su desarrollo en el Museo Nacional de Costa Rica". *Primera conferencia del Nuevo Mundo sobre Arqueología de Rescate*. The Preservation Press, Washington D.C., pp. 187-195.

- Snarskis, M. (1984). "Central America: The Lower Caribbean". *The Archaeology of Lower Central America* (F. W. Lange, D.Z. Stone, eds.): 195-232.
- Stone, D. (1972). *Precolumbian Man Finds Central America. The archaeological bridge*. Peabody Museum Press. Cambridge, Massachusetts.
- Torres, Reina Arauz de. (1980). "Estado actual de la antropología en Panamá". *América Indígena*. XL, (2, abril-junio): 405-412.

Contexto centroamericano para la Arqueología, 1985-2000

Características generales del período

Los debates sobre la globalización y sus efectos fueron dominantes, especialmente a partir de 1989 (caída del muro de Berlín). En el estudio de las estrategias de supervivencia se requirió atender lo cultural, pues quedaba claro que sobrevivir no era un asunto meramente económico sino también cultural y político. Además, los estudios de identidad fueron importantes para entender las estrategias de reproducción y supervivencia. En el segundo lustro de la década de los años ochenta, en la preocupación por abordar la realidad desde una perspectiva regional, se inician las actividades de coordinación para elaborar un programa centroamericano de Antropología.

La crisis de los años ochenta fue un escenario estimulante para la reflexión y práctica de la antropología en toda Centroamérica. Se imparte una gran diversidad de cursos en las universidades estatales, se consolidan órganos de publicación, lo cual se deja en evidencia en la continuidad periódica de órganos de publicación, por ejemplo, en Costa Rica, los *Cuadernos de Antropología* en la UCR y de la Revista *Vínculos* del Museo Nacional; otros ejemplos son las publicaciones del Ministerio de Cultura. De las ONG se destacan sus proyectos de investigación-acción y sus publicaciones; se da mayor apertura a las diversas tradiciones antropológicas. Nicaragua y Panamá abren sus respectivas carreras entre 1994 y 1997. El Salvador consolida instituciones dentro del marco de los Acuerdos de Paz (Bolaños, 2001 y 2002). En el caso de Nicaragua, Josefina Hidalgo (2002) relata que a partir de agosto de 1993 se organizó la Sección de Antropología, atendida por la Decanatura de la Facultad de Ciencias de la Educación y Humanidades; esto con la cooperación de departamentos de Antropología y

antropólogos de universidades, tales como: Universidad Nacional Autónoma de México-Iztapalapa, Instituto de Ciencias Sociales Ludwig Boltzmann de Austria, Seminario de Etnología de la Universidad de Zurich, Suiza; Universidad Autónoma de Barcelona, España, entre otros. Simultáneamente a la formación de docentes investigadores, en 1995, se procedió a conformar un Centro de Documentación especializado según los diferentes campos y ramas de la Antropología con la donación de libros y documentos de los cooperantes mencionados anteriormente; hubo demanda de estudios antropológicos en la formación general de diferentes carreras; por lo que se oficializaron las asignaturas de Introducción a la Antropología y de Antropología Cultural de Nicaragua.

Conte, Ermengol y Díaz (2008) informan que “A mediados de los años 90, la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) participó en los cursos de formación y licenciatura de los primeros arqueólogos nicaragüenses de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua”. En El Salvador, la Universidad Tecnológica crea una carrera en 1995; luego, una Escuela de Arqueología y gradúa en el año 2000 la primera promoción de arqueólogos salvadoreños. En Guatemala, Martínez Paiz (2000) anuncia que, hasta el año 2000, los arqueólogos graduados son 76, por la Universidad de San Carlos; por la Universidad del Valle 9 y 4 técnicos por el Centro Universitario del Petén. En Costa Rica, Corrales (2003) informa que entre 1981 y 2002 se presentaron 33 tesis de graduación (Licenciatura) en Arqueología. Adicionalmente, en el 2005, el programa de posgrado en Antropología ofreció la Maestría con especialidad en Arqueología.

Fuera de la Academia, de acuerdo con Bolaños (2001), “con la reducción del gasto público para aliviar la deuda interna y externa, muchas de las instituciones estatales donde trabajaron los antropólogos, fueron cerradas... Aterrizamos a los estudios de identidad como un eje de cohesión de las estrategias de reproducción y sobrevivencia. También lo político se atendió de manera distinta, como gestión... Para estos años, los estudios arqueológicos, históricos y socioculturales compartieron preocupaciones de investigación que dieron buenos frutos”.

La Antropología centroamericana en el marco sociopolítico del periodo 1985-2000

En este periodo se consolidó el reino del neoliberalismo. Desde 1979 se había manifestado la aguda crisis económica y los hechos que llevaron a la violencia y la guerra civil. A partir de 1983 se realizan muchos esfuerzos para darle fin a los conflictos armados. El énfasis

internacional en procesos democráticos influye para que gradualmente se defina el acceso al poder por medio de procesos electorales. Durante todo el decenio de 1980 la tremenda crisis económica fue compartida con el resto de América Latina.

Uno de los acontecimientos sobresalientes de la época fue la “Guerra de Baja Intensidad” (GBI), una política norteamericana con efectos en la crisis política de Centroamérica en el decenio de 1980. En relación con este tema, la colección de artículos de Carmack *et al.* (1991) se refiere a los efectos de la militarización en los países del istmo. El 7 de agosto de 1987 se firman los acuerdos de paz en Esquipulas: “Procedimiento para Establecer la Paz Firme y Duradera en Centroamérica”. No obstante, pese a algunos logros en cada país, continuó la concentración de la propiedad y de la riqueza, lo que ha sido favorecido por las políticas neoliberales. Esto ha resultado en la imposibilidad de disminuir la pobreza, la depreciación de ingresos de las clases medias, el incremento del trabajo informal, la intensificación del narcotráfico y el lavado de dólares.

Grandes movimientos migratorios se presentan en Centroamérica en la década de los ochenta (alrededor de un millón de centroamericanos emigró a otros países de la región, a México y a Belice), especialmente hubo desplazamientos en Guatemala, El Salvador y Nicaragua.

“A finales de la década de los años 1980 los países centroamericanos se comprometieron en la implementación de un nuevo proceso de integración económica” (Villasuso, 1994, p. 8). El proceso hacía hincapié en objetivos de desarrollo económico, interdependencia económica, modernización de sectores productivos, competitividad de productos de exportación y poder de negociación frente a terceros países.

En los años noventa, “Los países centroamericanos han fijado su rumbo hacia el libre comercio. Las políticas macroeconómicas son coherentes con ese objetivo. Sin embargo, aún no se ha definido claramente el escenario en que estos países van a desenvolverse en el entorno internacional. Tampoco se ha clarificado si las naciones del istmo se moverán con la misma velocidad en los procesos de reforma estructural.” (Villasuso, 1994, p. 5).

De 1985 a 1995 se reorientan los esfuerzos integracionistas, los que debían superar los obstáculos causantes del colapso de la integración del Mercomún al inicio de 1980. Se suscribió el tratado de libre comercio con México. Más tarde, Centroamérica trató de consolidarse, en los noventa, como región de paz, libertad, democracia y desarrollo, visualizada así por el Protocolo de Tegucigalpa y reafirmada por ALIDES (Alianza para el Desarrollo Sostenible). Esos procesos se describen en el Informe del Estado de la Región de 1999.

Carmen Murillo ejemplificó la transición de lo rural a lo urbano en el plano económico en toda Centroamérica donde cada vez más los países se alejaban de su vocación del café, del banano y de la caña, y se acercaban más a los productos de las industrias maquiladoras con sus tecnologías específicas:

“En el plano económico, Centroamérica experimenta importantes virajes en sus economías, que apuestan ahora cada vez más por salidas que las alejan tendencialmente de su anterior vocación histórica ligada a la flor del café, la humedad del bananal, la dulzura de la caña y el brillo del metal, para dar paso al cultivo de nuevos productos, al establecimiento de industrias maquiladoras rudimentarias o con tecnologías “de punta”, a las torres financieras con sus intrincados nexos internacionales, así como también a oleadas crecientes de turistas que, a través del disfrute de su ocio, ponen a trabajar el engranaje de la industria “sin chimeneas” (Murillo Chaverri, 2000, p. 8).

Encuentros centroamericanos con participación de arqueólogos

En 1988 se realizó en Costa Rica un balance de la Antropología en Centroamérica. Los países representados fueron Honduras, Guatemala, el Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Panamá y Belice fueron invitados pero no asistieron, lo cual Bolaños (2002, p. 32) atribuye a las limitaciones del desarrollo de la disciplina en esos países para ese entonces. Las ponencias presentadas aparecen en el Cuaderno de Antropología N.º 9 (Laboratorio de Etnología, 1993). Como uno de los resultados, en 1989, se inició el Plan Centroamericano de Antropología, con patrocinio del CSUCA y del Área de Antropología de la Universidad de San Carlos, Guatemala (CSUCA, 1989-1990). Bajo este plan se llevaron a cabo talleres entre 1989 y 1992 en El Salvador (tema sobre la identidad nacional), en Honduras (identidad y cultura nacional), en Nicaragua (proceso de autonomía), en Costa Rica (tendencias teórico-metodológicas) y en Guatemala (etnia, nación y conflicto étnico nacional).

Antropólogos de Centroamérica fueron especialmente invitados al II Coloquio Paul Kirchhoff (Inst. de Inv. Antrop., UNAM, México, 1989).

El Congreso Centroamericano de Historia se ha llevado a cabo cada 2 años, desde de 1992 hasta el presente (2012) cuando esto se escribe. En el I Congreso (Honduras, Tegucigalpa) se trató la arqueología colonial. En los dos siguientes al parecer también hubo ponencias de arqueología colonial (II, 1994, Universidad de San Carlos, Guatemala; III, 1996, Universidad

de Costa Rica, San José), el IV en 1998, realizado en Managua, tuvo una mesa "El desarrollo de la Arqueología y el estado del patrimonio cultural en Centroamérica", coordinada por Rosario Balladares y Olga Joya; V, 2000, El Salvador, también tuvo ponencias en las que se trató la arqueología (una es la de Bello Suazo, 2000)⁶.

El III Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica tuvo lugar bajo los auspicios del Instituto Chiapaneco de Cultura y la Cancillería Mexicana, en Tapachula, México, 1993.

Por su parte, el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas (México, 1993) fue una ocasión de intercambio entre las delegaciones centroamericanas participantes. Un año después, en 1994, se realizó el Primer Congreso Centroamericano de Antropología y se creó la Red Centroamericana de Antropología, en la cual participan las universidades de Centroamérica, la Universidad Veracruzana y el Instituto Chiapaneco de Cultura. En el II Congreso, en Guatemala, 1997, los temas a tratar fueron: pensamiento antropológico, género, relaciones afrocentroamericanas, religión, etnohistoria, identidad, antropología urbana, Arqueología, procesos de paz en Centroamérica, Antropología Social, Ecología. El III Congreso, en el año 2000 en Panamá, trabajó temáticas muy variadas, pero enfatizó en asuntos ambientales. Bolaños (2002) analiza estos congresos organizados por la Red Centroamericana.

En 1995 se realizó el Primer Congreso Científico sobre Pueblos Indígenas de Costa Rica y sus Fronteras (San Pedro, UCR), con asistencia de centroamericanos, y de otros países de fuera de la región. Fue seguido de un segundo Congreso sobre Pueblos Indígenas en el año 2000. En El Salvador, en 1996, se realizó otro Congreso sobre los pueblos indígenas de Centroamérica.

En Honduras, La Ceiba, se realizó la Primera Jornada Indígena Centroamericana sobre Tierra, medio ambiente y cultura, en junio de 1996. Los ejes temáticos fueron: desarrollo sostenible y alternativas económicas, identidad cultural, legalización de tierras indígenas, áreas protegidas y medio ambiente.

En Copán Ruinas, Honduras, se realizó el Seminario-Taller Centroamericano de Directores de Sitios de Patrimonio Mundial y Parques ecoarqueológicos, 2-7 de febrero de 1997. Entre los arqueólogos estuvieron: de Guatemala: José Samuel Suasnavar, Oscar Quintana; de

6 En el VI Congreso, 2002, en Panamá, hubo mesa de arqueología y en los siguientes hasta el XI Congreso, 2012, en Chiapas, cuando esto se escribe, se ha tratado especialmente lo concerniente a la arqueología colonial y al patrimonio cultural. Se agradece información sobre estos congresos a la Dra. Eugenia Ibarra, Dra. Elizet Payne y Dra. Elizabeth Fonseca. En el programa del Congreso XI (2012) aparecen ponencias arqueológicas no solo en la arqueología histórica, la colonial y sobre patrimonio, sino también se trata el tema en mesas sobre "religión maya", "espacios sagrados" y otras.

El Salvador: Fabio Estéban Amador; de Honduras: Oscar Cruz Melgar, Armando Ortiz, Juan Durón, Gerardo Johnson, Rolando Sambujlá Garcá, George Hasseman, Ricardo Perdomo; de Nicaragua: Julio César Calderón Lara; de Costa Rica: Elena Troyo Vargas; de Panamá: Carla María López Abello.

En El Salvador, del 26 de julio al 1 de agosto de 1999 se realizó la Segunda Jornada indígena sobre Tierra, Medio Ambiente y Cultura. Al respecto se publican los resultados, un panorama de proyectos y programas que se estaban ejecutando en el sector indígena en Centroamérica, América del Sur y Canadá, en la *Memoria Pueblos Indígenas de Centroamérica: Territorios indígenas y Areas Protegidas*. Concultura.

Ejemplos de obras representativas, obras influyentes y temáticas abordadas

Joseph O. Palacio publica, en 1990, *Socioeconomic integration of Central American Immigrants in Belize*. Los inmigrantes registrados son refugiados principalmente de Guatemala (3 556) y El Salvador (1 268), 37 son de Nicaragua, uno de Ghana y otro de Chile, para el total de 4 863. Otro grupo es de inmigrantes originalmente ilegales acogidos a una amnistía gubernamental, con orígenes más variados, en total 8 680, cuyo principal contingente es guatemalteco, seguido de los salvadoreños, hondureños, mexicanos, estadounidenses, antillanos, nicaragüenses y otros. La antropóloga costarricense Carmen Murillo publica, en 1995, el libro *Identidades de hierro y humo. La construcción del ferrocarril al Atlántico 1870-1890*, en el cual aborda las identidades en el devenir de la construcción del ferrocarril en Costa Rica. Por su parte, el antropólogo salvadoreño Ramón Rivas, en el año 2000, divulga *Ilobasco: una aproximación histórica y antropológica*. Rivas aporta su experiencia como antropólogo en tres países centroamericanos (Honduras, El Salvador y Nicaragua), además de su entrenamiento y desempeño profesional en Europa, especialmente Holanda. De interés para la Arqueología, este estudio fue solicitado por la comunidad para tener bases desde las cuales afirmar su propia identidad, y el estudio, aunque ahonda en toda la etnografía del momento, y su problemática socioeconómica contemporánea, profundiza en la historia de la comunidad a partir de los conocimientos existentes sobre su origen precolombino.

Michael J. Snarskis publica 14 libros y artículos de su obra profesional especializada correspondientes a este período, pues salieron entre 1986 y el 2000. Una de ellas es la biografía y semblanza de Carlos Enrique Herra, de grata memoria, cuya vida transcurrió entre 1945

y 1981. Otra es sobre el sitio Nacascolo, en el cual Silvia Salgado es coautora. Otros temas abordados son la iconografía de los metales, la evolución cultural de 500 a. C. a 1500 d. C., la excavación de rescate en La Pesa Vieja, imaginería y simbolismo del jade precolombino, y varios otros trabajos sobre el arte indígena antiguo.

Bibliografía pertinente al contexto arqueológico centroamericano, 1985-2000

- Arellano Espinoza, J. *et al.* (1993). "30 años de Arqueología en Nicaragua". Museo Nacional Nicaragüense de Cultura, Managua.
- Barahona, A. (1993). "Diez años de trabajo arqueológico en Nicaragua y sus perspectivas de desarrollo". *Cuadernos de Antropología*, (9), 49-59.
- Barahona, M. (1991). *Evolución histórica de la identidad nacional*. Honduras: Editorial Guaymurás.
- Baudez, C. F. (1970). *Central America*. Londres: Barrie and Jenkins.
- Bolaños, M. (1993). "El estado actual de la antropología en Costa Rica". *Cuadernos de Antropología*, (9), 59-72.
- Bello Suazo, G. (2000). "Los estudios históricos en la Universidad de El Salvador". V Congreso Centroamericano de Historia. Universidad de El Salvador. Recuperado de <http://hcentroamerica.fcs.ucr.ac.cr/Contenidos/hca/cong/mesas/cong5/docs/BEdu1.pdf>.
- Bolaños, M. (2001). La antropología costarricense en el marco del contexto centroamericano de los años ochenta. Material preparado para el III Panel. Maestría en Antropología. 8 de mayo de 2001. (Apuntes de clase).
- Bolaños, M. (2002). "Retos de la Antropología centroamericana en el presente milenio". En: *Memoria Encuentro de la Red Centroamericana de Antropología. Antropología salvadoreña ante el nuevo milenio: Un acercamiento al pensamiento antropológico centroamericano*. Editores: Ramón Rivas y Gloria Mejía. Universidad Tecnológica de El Salvador.
- Bozzoli, M. E. (1980). "Primer Congreso Nacional de Antropología". *Cuadernos de Antropología*, 5.
- Bozzoli, M. E. (1994). "La Antropología aplicada en CR y en Centroamérica". *Revista Reflexiones*. Facultad de Ciencias Sociales, 22.
- Carmack, R. M. *et al.* (1991) *Guatemala: cosecha de violencias*. San José: FLACSO.
- Claustro de Antropología Guatemala. (1996). "Los nuevos campos académicos, sociales y de investigación de la Antropología en Centroamérica. Retos y planteamiento". *Antropología e identidades en Centroamérica*, 43-51.

- CSUCA. (1989). *PLAN ANTROPOLOGIA 1989-1990*. Programa Centroamericano de apoyo docente de la Secretaría General del Consejo Superior de Universidades de Centroamérica. Universidad de San Carlos de Guatemala: Editorial Universitaria.
- Coladán, E. (2002). "Reflexiones sobre el quehacer arqueológico, el ser y el deber ser del arqueólogo". *Memorias del II Congreso de Antropología Costarricense*. Editorial de la Universidad de Costa Rica (en prensa).
- Coladán, E. (2002). Autarquía y arqueología: ¿un obstáculo al desarrollo de la profesión?: Análisis del desarrollo de la investigación arqueológica costarricense, 1980-1995. VI Congreso Centroamericano de Historia, Panamá.
- Conte, I. C.; Ermengol Gassiot, Balbé y García Díaz, V. (2008). "Población pre-colombina en el sur de la costa atlántica de Nicaragua en el cambio de era". Recuperado de <http://digital.csic.es/bitstream/10261/49486/1/Clemente-2008-.pdf>
- Corrales, F. (1990). "La Arqueología de Rescate y el Museo Nacional de Costa Rica". En Loyola, G. y Sanoja, M., *Arqueología de Rescate* (OEA), 374-389.
- Corrales, F. (2000). "... Unos miles de indios semibárbaros...: el pasado indígena, la creación del Museo Nacional y la identidad costarricense". *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*. Iván Molina Jiménez y Francisco Enriquez Solano (compiladores). Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, Alajuela.
- Corrales Ulloa, F. (2003). "La investigación arqueológica en Costa Rica al finalizar el siglo XX y empezar el XXI. En Molina Jiménez Iván; Francisco Enríquez S. y José Manuel Cerdas Albertazzi (editores). *Entre dos siglos: La investigación histórica costarricense, 1892-2002*. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- D' Ans, André-Marcel. (1997). *Honduras. Emergencia difícil de una nación, de un estado*. Trad. De Albert Depienne. Tegucigalpa, Honduras: Renal Video Producción.
- Fonseca, O. (1984). "Reflexiones sobre la arqueología como Ciencia Social", *Cuadernos de Antropología*, 4.
- Gutiérrez, E. (1990). "Importancia del estudio de las instituciones dedicadas a la investigación antropológica y arqueológica: el Instituto de Antropología e Historia de Guatemala, una aproximación histórica". *Memoria del Tercer Taller Centroamericano de Antropología "La Antropología en un contexto de conflicto social"*. Universidad de San Carlos, Guatemala.
- Hasemann, G. (1991). "Etnología y Lingüística en Honduras: una mirada retrospectiva". *Estudios Antropológicos e Históricos* (9). Instituto Hondureño de Antropología e Historia.
- Hernán León de, C. H. (1996). "Somos arqueólogos... somos investigadores: La arqueología tradicional, lo maya, el indio y la nación. Una visión más amplia de la terminología antropológica". *Revista Estudios*, (3): 7-16. IIHAA. Guatemala: Universidad de San Carlos.

- Herrera, M. A. (1993). "Panorama general del desarrollo de la antropología en las instituciones públicas y privadas en Costa Rica", *Cuadernos de Antropología*, (9, junio): 73-86. Laboratorio de Etnología. Universidad de Costa Rica.
- Hoopes, J. (1996). "One Hundred Years of Anthropology in Costa Rica: A Bibliography of Published and Unpublished Sources". <http://kuhub.cc.ukans.edu/~hoopes/biblio.html>
- Hurtado de Mendoza, L. (2000). *Identidad cultural Mayangna en Nicaragua*. Managua, Nicaragua: Sociedad y Ambiente, Consultores.
- Instituto de Investigaciones Antropológicas. (1989). *La Etnografía de Mesoamérica Meridional y Área Circumcaribe*. México: UNAM.
- Laboratorio de Etnología. (1993). *Cuadernos de Antropología*, 9.
- Linares, O. F. (1979). "What is Lower Central American Archaeology?". *Annual Review of Anthropology*, (8), 21-43.
- Litvak King, J. (1985). "Mesoamerica: Events and Processes, the Last Fifty Years". *American Antiquity*, 50 (2), 374-82.
- López, Salvador E. (1995). "La arqueología tradicional, lo maya, el problema del indio y la nación". *Revista Estudios*, (2), 63-79.
- Martínez Paiz, H. (2001). "La enseñanza de la arqueología en Guatemala: Alcances y perspectivas actuales. En *XIV Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2000* (editado por J. P. Laporte, A. C. Suasnívar y B. Arroyo), (pp.644-653). Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala. Recuperado de <http://www.asociaciontikal.com/pdf/48.00.pdf>.
- Murillo Herrera, M. (2008). "Estado actual y perspectivas de la Investigación arqueológica en territorio costarricense". *Memorias del Primer Seminario Internacional de Arqueología UNIANDES*. Bogotá: Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes.
- Murillo Chaverri, C. (ed.) (1996). *Antropología e identidades en Centroamérica*. Laboratorio de Etnología. Universidad de Costa Rica.
- Murillo Chaverri, C. (2000). "Hacia una Antropología pertinente para la Centroamérica actual". *Cuadernos de Antropología*.
- Ortiz, L. (1990). "La Antropología Guatemalteca en el contexto centroamericano (propuesta)". En *Memoria del Tercer Taller Centroamericano de Antropología. La Antropología en un contexto de conflicto social*. Universidad de San Carlos, Guatemala.
- Palacio, J. O. (1988). "Social and Cultural Differences in Belize. The Genesis of Ethnicity and Nation-State in the Caribbean Coast of Central America". *Estudios sociales centroamericanos*, (48), 125-143.

Palacio, J. O. (1990). *Socioeconomic integration of Central American Immigrants in Belize*. SPEAR REPORTS 2. México: Cubola Productions.

Palacio, J. O. (1996). "Aboriginal People –their struggle with cultural identity in the CARICOM Region". *Boletín Informativo Cuatrimestral, CIRCA*. Serie técnica, (16-17-18). Universidad de Costa Rica.

Ramírez Cruz, A. L. y Rodríguez, A. (1993). "Algunas reflexiones sobre el desarrollo de la Antropología en el Salvador". *Cuadernos de Antropología*, (9), 37-49.

Ramírez, G. (1986). "Una interpretación histórica de la evolución de las Ciencias Sociales en Costa Rica". *Revista de Ciencias Sociales*, (33), 93-105.

Revista de Ciencias Sociales. (1984 (1), 1985 (2), 1987 (3)). Ediciones Especiales de Antropología: Tendencias actuales de Antropología. Universidad de Costa Rica.

Rivas, R. (2000). *Ilobasco, una aproximación histórica y antropológica*. El Salvador: Universidad Tecnológica de El Salvador.

Viales, R. (1995). "El Museo Nacional de Costa Rica y los Albores del Discurso Nacional Costarricense (1887-1900)". *Vínculos*, 21 (1-2), 99-123.

Villasuso, J. M. (1994). "Políticas macroeconómicas en Centroamérica en los años noventa". *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 20 (1): 55-23.

Se puede generalizar que en lo que respecta a las carreras centroamericanas específicas para Arqueología, institucionalmente se ubican en escuelas, o unidades equivalentes, de Historia o de Antropología, y en escuelas independientes, propias de la materia.

Los dos períodos aquí descritos, en cuanto a la formación en Arqueología, permiten generalizar que todos los países, excluidos Belice y Honduras (este último aprobó en 2011 un plan de estudios que permitirá obtener licenciatura) han establecido planes de estudio universitarios que permiten graduarse en la materia en la propia región.

El número de oportunidades de encuentros académicos regionales para arqueólogos aumentó en forma notable en 1985-2000 con respecto al período 1970-1985, lo que bien se puede atribuir a la relativa estabilidad política y relativa recuperación económica que se fueron instaurando en el istmo al final de los años ochenta y durante los noventa.

Los países centroamericanos, aún cuando no hayan tenido carreras completas, o se hayan creado estas tardíamente, sí tuvieron proyectos de investigación en marcha, aun en medio de conflictos bélicos, tanto promovidos con recursos nacionales como por fondos y especialistas extranjeros. Se ubicaron en programas, centros o institutos universitarios, ciertamente

en los museos, además en organismos públicos o privados (la bibliografía que se provee en estas notas se refiere a estos emprendimientos). En general no tuvieron los proyectos carácter regional (al respecto véase Corrales, 2003, p. 38); lo prioritario fue conocer el pasado dentro del territorio de cada país. Sin embargo, de manera gradual pero constante los conocimientos se han acumulado y es inevitable que apunten también a las conexiones entre los pueblos del istmo.

Los procesos de cambio sociocultural en la Vertiente Caribe: el aporte de los análisis líticos desarrollados y estimulados por Michael J. Snarskis

Maureen Sánchez Pereira

Introducción

Quisiera iniciar esta presentación con un reconocimiento al Programa de Maestría en Antropología y al Laboratorio de Arqueología, en la figura de las académicas Dra. María del Carmen Araya y Dra. Silvia Salgado, quienes organizaron y convocaron a un grupo de sus discípulos y de colegas del Dr. Michael Snarskis, en una actividad que nos permite recordar sus aportes en la investigación e interpretación del pasado de nuestro país, pero sobre todo esbozar su contribución al estimular estudios tan significativos como los que son discutidos en este libro.

Tampoco deseo dejar pasar la oportunidad para destacar algunos rasgos de Miguel, como le llamábamos, en su rol de docente. De semblante serio, parco al hablar, muy crítico respecto al manejo del dato arqueológico, memorables sus cursos de métodos y técnicas analíticas, siempre en la búsqueda y articulación de diversas líneas de información para completar la reconstrucción de las sociedades, fue precisamente en una de estas líneas de evidencia, el estudio de los artefactos líticos en el cual incursioné motivada y acompañada precisamente por el Dr. Snarskis, a finales de la década de los 80 en el Sector Oriental del Valle Central.

Pensando en la figura del Dr. Michael J. Snarskis como docente

Por diferentes circunstancias Snarskis dirigió su atención en los primeros años de la década de los 70 a la Vertiente Caribe Central buscando dilucidar las actividades humanas ocurridas en los territorios aledaños al río Reventazón y a las extensas llanuras aluviales que caracterizan esa región. En ese espacio dedicó su trabajo de campo con temporadas en los años de 1973 a 1976, realizando excavaciones en diversos sitios arqueológicos de Guápiles, Guácimo (la conocida Línea Vieja) y el Valle de Turrialba (Snarskis, 1975,1976, 1977, 1978).

Consciente de la necesidad de construir una historia cultural Snarskis, como investigador del Museo Nacional, lideró estudios tendientes a definir una secuencia cultural para la vertiente Caribe Central. Avances de este proceso de investigación se muestran en sus publicaciones en la revista Vínculos, editada por esta institución, particularmente en su publicación de 1976 presentó su denominado “Complejo Cerámico El Bosque”, caracterizando el estilo y los modos que singularizan el material de lo que hoy en día conocemos como la fase cultural El Bosque. Estas descripciones las complementó con un análisis e interpretación preliminar de los patrones de asentamiento correspondiente a estos momentos de ocupación.

En este contexto es relevante mencionar el registro y análisis de material lítico en el sitio arqueológico Finca Guardiria, evidencia que consiste en una serie de herramientas elaboradas en rocas silíceas, a partir de pedernal y jaspe, que fueron asociados a antiguas ocupaciones del paleoindio. Entre la colección de artefactos recuperados, destacaron tres especímenes de puntas de proyectil acanaladas estilo Clovis que apoyaron su propuesta de una ocupación humana muy antiguas (10.000 - 8.000 a. C). La importancia de este hallazgo va a hacer que Snarskis profundice los estudios en este sitio e incluso estimule, como lo vamos a discutir posteriormente, a estudiantes de Licenciatura en Arqueología para que lleven a cabo análisis de los materiales del sitio arqueológico Guardiria.

Snarskis manifestó amplios conocimientos y habilidades para el análisis cerámico, llegando a ser un especialista en la cerámica de Costa Rica. También se observó en él una igual disposición para el análisis de artefactos líticos. Ubicando, describiendo e interpretando el conjunto artefactual del denominado componente El Bosque, en sus distintas industrias, picada, pulida y lasqueada. Igualmente, avanzó en una caracterización de los artefactos de moler con motivos de felino para períodos más tardíos; resaltando con ello algo que va a caracterizar la obra del Dr. Snarskis, su esfuerzo por establecer como norma en su proceder como científico

social, el vínculo y la contrastación de las diferentes evidencias culturales, procuró un balance adecuado para sostener sus hipótesis sobre el cambio social y cultural de la región.

En la época en la que le corresponde iniciar sus investigaciones en el Caribe Central, concretamente los primeros cinco años de la década de 1970, el interés por el análisis lítico, salvo lo que corresponde a la industria picada, a los objetos singulares como esculturas, metates e instrumentos para macerar alimentos, la industria pulida y lasqueada no había sido especialmente considerada en los estudios arqueológicos de la época, incluido el Valle Central sector Oriental.

Sin lugar a duda las colecciones líticas que tuvo que enfrentar, particularmente las puntas de proyectil estilo Clovis, le motivaron como investigador acucioso que fue a retomar los estudios en el sitio Finca Guardiría para recolectar más evidencia y familiarizarse, aún más, sobre la distribución del material cultural en las diferentes terrazas en las cuales se hallaban los restos de estas tan antiguas ocupaciones humanas. Localizando como 17 puntas paleoindias y preformas de las puntas identificadas como estilo Clovis, al igual que un singular artefacto en excelente estado de conservación de una punta de proyectil conocida como “cola de pez” (Snarskis, 1977).

Esta nueva etapa de trabajo de campo le permitió caracterizar aún más la ocupación de este periodo adscrito a sociedades de cazadores y recolectores, identificar la fuente de extracción de material, además de caracterizar el proceso de manufactura lítica propio de esta ocupación y vincular este contexto particular con otros similares ubicados en el lago Madden, en Panamá, incluso en sitios de Ecuador.

Sus análisis líticos se caracterizaron por incluir detalladas descripciones morfológicas, referencias a la materia prima empleada, observaciones sobre posibles huellas de uso que permitieran identificar la función y como ya lo indicamos un enfoque comparativo con sitios tanto de Costa Rica como de otras latitudes.

Estas diferentes incursiones en la arqueología de la Vertiente Atlántica de Costa Rica lo conducen a concretar, en 1978, su tesis doctoral presentada en la Universidad de Columbia, Estados Unidos. Exponiendo con toda amplitud su estudio sobre una región a la cual le dedicó muchos años de trabajo constante.

A la luz de su propuesta de secuencia de cambio social y cultural, muchos son los aspectos que se pueden comentar en su tesis doctoral, sin embargo voy a resaltar lo relacionado con el manejo del análisis lítico.

Snarskis siguiendo el enfoque histórico cultural parte de una ocupación cerámica temprana identificada como Período Formativo Medio (de 1000 a 500 a. C) con el Complejo la Montaña y el Complejo Chaparrón, reconoció para este momento un conjunto artefactual lítico que caracterizó a las ocupaciones humanas que se asentaron en esa región durante esa época en particular, combinando observaciones cualitativas y cuantitativas discutió aspectos relacionados con prácticas de subsistencia, explotación de recursos y temas económicos, vinculando sus interpretaciones con la organización socio política.

Es destacable como Snarskis dirigió de manera sobresaliente, sus análisis líticos a reconocer las modificaciones de forma y función en una perspectiva diacrónica. Este aporte, que a mi juicio fue su principal contribución en este campo, permitió a los futuros investigadores e investigadoras interesados en continuar con los estudios líticos en la vertiente Caribe, partir de una base en la cual la lítica (las industrias picada, pulida y lasqueada), al igual que la cerámica, podía ayudar a definir las trayectorias de cambio social y cultural, así como a caracterizar la ubicación cronológica de los sitios arqueológicos.

En este sentido, su tesis doctoral de 1978, ofrece una amplia descripción e interpretación de la tecnología lítica del denominado Periodo Bicromo en Zonas con el Complejo El Bosque (1 - 500 d. C), igualmente del Período transicional (500 a 1000 d. C) con el Complejo La Selva y para concluir con el Período Tardío (1000 a 1500 d. C), manteniendo como hilo conductor los cambios de forma y función asociados a las diferentes sociedades que correspondían a las etapas arriba indicadas, discutiendo ampliamente las particularidades del Complejo La Cabaña, sin duda alguna rico en representaciones líticas.

De aquí en adelante, su rol como docente lo conduce a estimular a las primeras generaciones de arqueólogos y arqueólogas costarricenses para que retomen los estudios en la Vertiente Caribe Central. En ese sentido, como discípula suya me vi directamente motivada por el análisis lítico en la cuenca superior y media del Rio Reventazón y teniendo como línea de evidencia fundamental la lítica, presenté una tesis de Licenciatura en 1987. Dicha investigación me permitió discutir la relación sociedad naturaleza, enfocando el tema de patrones de subsistencia y aportando mediante una perspectiva diacrónica al análisis de las colecciones líticas.

En esa época, diez años después de las primeras publicaciones de Snarskis en la revista Vínculos y de su tesis doctoral, la mayor parte de los trabajos finales de graduación se orientaron hacia análisis mayormente cerámicos, o bien en donde la cerámica era la evidencia básica para la interpretación. En mi caso la evidencia básica era la lítica, el apoyo y acompañamiento

de Michael Snarskis fue importante considerando la poca experiencia que en aquella época tenían los profesionales en arqueología.

Al final puedo puntualizar que fruto de esa investigación se siguió caracterizando los artefactos y las tecnologías en términos diacrónicos para visualizar ese cambio social y cultural, también se refinó el procedimiento metodológico en cuanto al análisis de industria picada y huellas de uso se refiere. En cuanto al análisis funcional, que es un tema que la arqueología de la vertiente Caribe debe promover más, se avanzó en un modelo de conjuntos líticos funcionales con características hipotéticas.

En forma paralela, los compañeros Dalia Castillo, Eduardo Castillo, Myrna Rojas y Carlos Valldeperas desarrollaban el Trabajo final de graduación, modalidad Seminario titulado "Análisis de la Lítica lasqueada del sitio 9-FG-T en Turrialba", defendido en 1987. Retomando aquellos vacíos que el estudio de Snarskis no pudo resolver en su momento, utilizando un enfoque del materialismo histórico, buscaron aclarar la ocupación del modo de vida cazador y recolector igualmente, el modo de vida aldeano sedentario presente en el mismo sitio. Su enfoque metodológico siguió los procedimientos que habían sido inicialmente desarrollados por Snarskis, seguidos por mi persona y ejecutados por Castillo y otros, con análisis morfológico descriptivos, morfológico funcionales y estudios de materia prima.

Las conclusiones del Seminario Final de Graduación permitieron evidenciar aún más la complejidad de este sitio arqueológico. Podemos señalar cambios funcionales asociados a herramientas líticas, distinción de complejos líticos, características del proceso de manufactura, tanto de fabricación como de reparación de herramientas y la propuesta de zonas de actividad o de ocupación para el sitio arqueológico, entre otros aspectos.

La influencia de Snarskis como docente se extendió a muchos otros graduados en Arqueología, fundamentalmente en las décadas de los años 80 y 90 en diferentes zonas del territorio nacional.

Finalmente, deseo señalar el aporte de un trabajo en la línea de estudios de impacto ambiental, que desarrolló el Museo Nacional de Costa Rica, institución a la que por muchos años perteneció Michael Snarskis. Dicho trabajo fue de arqueología del área de influencia del proyecto hidroeléctrico Angostura ubicado en el valle de Turrialba, cuya memoria final se presentó en el 2002. Este estudio viene a completar un panorama en cuanto al conocimiento e interpretación de la trayectoria de cambio social y cultural de la Vertiente Caribe. De los diferentes ámbitos que abarca este estudio en particular, quisiera resaltar el trabajo de Renato Messina, retomando los artefactos lasqueados de

contextos precerámicos y cerámicos, así como el de Harry Massey sobre industrias líticas picadas del Valle de Turrialba. Ambos se caracterizan por su rigurosidad, su perspectiva diacrónica que les permite completar y enriquecer aún más la propuesta de distribución de artefactos líticos de las diferentes industrias que Snarskis había propuesto en su tesis doctoral de 1978.

El conocimiento acumulado resultado de las diversas investigaciones arqueológicas ha permitido a los estudiosos reconstruir una historia del poblamiento humano en épocas pasadas para la Vertiente Caribe Central, en donde la evidencia artefactual de herramientas líticas ha sido fundamental para discutir aspectos de cambio socioeconómico y tecnológico de los grupos que habitaron la región.

Puntualizando las contribuciones de Snarskis en lo que a esta línea de evidencia se refiere se deben resaltar los siguientes aspectos:

Si bien no ejecutó proyectos de prospección sistemática si se preocupó por abrir unidades de excavación en diferentes sitios arqueológicos de la región, atendiendo siempre el control vertical para obtener datos que le permitieran establecer las secuencias de actividad humana, al igual que el control horizontal para buscar la relación de los artefactos con rasgos domésticos o funerarios.

Se preocupó por estimular permanentemente a los estudiantes para continuar así profundizando en temas de análisis lítico, que consideraba pertinentes, pero por diferentes razones no podía asumirlos directamente.

Logró conjugar en el marco de la tendencia Histórico Cultural una serie de estrategias metodológicas, las cuales no eran muy frecuentes en la década de los años 70 e incluso en los 80 en la Arqueología costarricense. Su estrategia metodológica combinó un interés particular por ser cuidadoso en la descripción morfológica, la identificación de la materia prima, enfatizando en el proceso de elaboración de los artefactos como paso previo y necesario para comprender la compleja elaboración de los instrumentos. Se preocupó por responder a preguntas sobre las fuentes de extracción de materia prima, y con la relación del enfoque funcional, argumentó propuestas hipotéticas que derivaron en posibilidades de uso y función del conjunto artefactual lítico.

Lo anterior supo enfocarlo en una dimensión diacrónica, combinando todas las líneas de información que buscó y obtuvo, como análisis cerámicos, de restos orgánicos, caracterización de unidades domésticas y funerarias, fechamientos radiométricos, entre otros, todo ello

articulado en su propuesta de una historia regional de los procesos de cambio sociocultural para la Vertiente Caribe.

La propuesta de ubicación de determinados artefactos líticos dentro de los periodos y fases que logró conformar, fueron la base indiscutible de los estudios que le sucedieron detallando todos ellos desde la perspectiva diacrónica aspectos tecnológicos en el sitio Guardaria (Castillo *et al.*, 1987), complementando los enfoques morfológicos en la Cuenca Superior y Media del Río Reventazón (Sánchez, 1987) y a inicios del presente siglo en el área de influencia del proyecto Hidroeléctrico La Angostura en Turrialba, se consolida la propuesta de secuencia cultural de Snarskis con los aportes puntuales de Messina y Massey (2002), convirtiendo la región, con estas contribuciones, en la mejor documentada en cuanto a estudios líticos se refieren.

Definitivamente se requiere una atención especial a los análisis funcionales, uso de instrumentos replicativos, definición de patrones de huellas de desgaste y uso, e incluso enfoques de etnoarqueología podrían ser atendidos en un futuro cercano.

Retomando a Snarskis: Análisis físico-químico sobre materiales cerámicos, pertenecientes al Periodo Formativo en Costa Rica (2000-300 a.C.)

*Francisco Corrales Ulloa,
Mavis Montero Villalobos,
Gerardine Conejo Barboza*

Introducción

Michael Snarskis fue el primer arqueólogo en documentar las ocupaciones del Período Formativo (1500-300 a. C.) para el territorio costarricense. Su postulación de los complejos La Montaña, Chaparrón y Barva, y las respectivas fases, sentaron las bases para el estudio de las primeras sociedades agroalfareras en este territorio (Snarskis, 1978, 1981, 1992).

A este período, que corresponde al inicio de la vida aldeana agrícola, pertenece la evidencia más antigua hasta ahora registrada de la manufactura de cerámica en Costa Rica. Los utensilios de cerámica fueron un aporte esencial para las actividades domésticas asociadas a la agricultura. Además, sirvieron para cocinar alimentos, servir, guardar sólidos y líquidos, y como medio de expresión artística y simbólica.

Al mismo tiempo, Snarskis (1992, pp. 143-144) propuso que para ese período las sociedades se caracterizaban por una baja población que habitaba en aldeas pequeñas y altamente dispersas dependientes de la agricultura de roza y quema, con palmas, raíces, tubérculos y árboles como el aguacate, como base de la alimentación. Para sugerir el uso de tubérculos como la yuca se basa en la similitud de platos con reborde o budares con los encontrados en el norte de Sudamérica (Snarskis, 2003).

Ante esto, en el presente trabajo se hace una revisión de sus principales aportes al conocimiento de este período y se contrastan algunas de sus principales proposiciones con datos

de comparaciones estilísticas y formales (Fonseca, 1997; Corrales, 2000; Reyes, 2008) y estudios físico-químicos (difracción de Rayos X, espectroscopia infrarroja y análisis petrográfico) sobre muestras cerámicas de distintos complejos formativos, incluyendo los postulados por Snarskis.

Se considera que las proposiciones sobre similitudes y diferencias entre los diferentes complejos a partir de la relación estilística, formal e incluso simbólica que se ha propuesto por varios autores, pueden ser complementadas con análisis de composición, los cuales permitirían un mayor entendimiento de la dinámica cultural durante el Período Formativo.

Complejos cerámicos tempranos

Snarskis, como parte de su disertación doctoral, identificó en el Sitio La Montaña (C-18-LM), en el Valle de Turrialba, asociado a un estrato profundo y un posible piso de ocupación, un complejo cerámico, también denominado La Montaña, que presentaba formas como platonos o budares, comales, vasijas cilíndricas de base plana, ollas globulares, tazones y tecomates. Estos objetos se decoraron con motivos hechos con incisos, estampados de cuerda, punzonados, pastillaje de tiras y pelotitas, pintura y pigmento rojos rellenando acanaladuras (Snarskis, 1978, 1981, 1983).

Snarskis (1981, p. 40) propuso similitudes del complejo La Montaña con el de Barlovento de Colombia con base en las semejanzas de decoración. Asociado a la cerámica se encontraron herramientas líticas como núcleos, manos, raspadores y hachas pulidas y lasqueadas.

Para este complejo, Snarskis propuso un rango temporal entre el 1500 a. C. y el 300 a. C. con base en cinco fechas de carbono 14 (Snarskis, 1981, p. 40). Inicialmente ubicó La Montaña y Chaparrón en el Período Formativo Medio con un rango entre el 1000 a. C. y el 500 a. C., (Snarskis, 1978, p. 54) pero luego lo amplió al 1500 a. C. al aceptar una fecha que al inicio le pareció muy temprana.

Asimismo, a partir de excavaciones en el sitio Claudio Salazar (A-36-CS), en las llanuras del norte, Snarskis postuló otro complejo denominado Chaparrón, con predominio de tecomates y ollas tecomate, aunque también se encontraron escudillas. Estas piezas estaban decoradas con engobe rojo, alternando con zonas sin decorar, y con motivos realizados con líneas incisas, estampados de concha, carrizo y cordel (Snarskis, 1978, 1981, 1983). Además, planteó similitudes de este complejo con la Fase Conchas (950-750 a. C.) de la costa Pacífica de Guatemala y asociado al Formativo Medio de Mesoamérica (Snarskis, 1981, p. 40; 1984, p. 206).

También para el Valle Central, el primer indicio de una ocupación Formativa fue dado por Snarskis (1978, pp. 69-70). Una vasija cilíndrica que se encontraba aislada, junto con otro posible tiesto, en el sitio Zetillal de Ipís (SJ-16-ZIP) y la aparición de fragmentos de vasijas similares en La Montaña fue la base de la identificación.

Snarskis propuso que

“... casi todos los tiestos de los complejos La Montaña y Chaparrón (y los conocidos en ese momento para Barva) tienen una pasta muy parecida, de color café con partículas de moscovita y de hematita roja y, más aparente partículas de basalto de hasta un milímetro, de un gris oscuro a gris muy claro... Su distribución pareja en la pasta sugiere que sea un desgrasante agregado a propósito. Es más lógico inferir tal práctica cultural, tal vez bastante persistente, que postular que pueblos tan lejanos entre sí como los de San Carlos y Turrialba obtuviesen la arcilla del mismo yacimiento” (1983, p. 89).

Luego del trabajo de Snarskis otros investigadores registraron complejos del mismo período; como es el caso del corredor Guanacaste - San Carlos donde se ubicaron materiales de este período en los sitios Méndez y Río Naranjo (Norr 1982). Hoopes (1987, pp. 169, 203) propuso el Complejo Tronadora para la zona de Arenal, con grandes similitudes a Chaparrón (de acuerdo con la valoración de Snarskis (2003) “*virtually identical ceramics*”). El Complejo La Pochota fue postulado por Odio (1992) para las tierras bajas de Guanacaste, en el sitio homónimo, igualmente con grandes similitudes con Tronadora y Chaparrón.

El Complejo Barva aparece en varios sitios del Valle Central (URCA. Milpas, Verbena, etc.), aunque aún falta un sitio tipo (Snarskis, 1981; Corrales 1999). Los atributos de la forma y la decoración son similares a los de los complejos Chaparrón y Tronadora, por ejemplo ollas tecomates, vasijas cilíndricas y tazones incurvados, líneas incisas paralelas, bicromía en zonas, estampado de concha, punteado, aplicados y tiritas aplicadas.

En el Pacífico Central se registró el Complejo Los Sueños en el Valle de Herradura, donde predominaban las ollas tecomates y, en menor grado, ollas globulares. También se registraron vasijas cilíndricas y budares. Las técnicas de decoración dominantes fueron los incisos, estampados de concha, uña y aplicaciones de pastillaje (Corrales, 2000, 2006).

En la Subregión Diquís se han postulado los Complejos Curré y Darizara. La cerámica de estos complejos consistía en un conjunto de vasijas, en su mayoría ollas globulares pequeñas, con diferentes diseños, que combinaron técnicas de decoración plástica como el inciso, estampado de uña, concha, carrizos e instrumentos puntiagudos, pastillaje y punzonado (Corrales, 1989; Herrera y Corrales 2003).

En la zona costera de Gandoca en Talamanca, se ubica el Sitio Black Creek donde Baldi registró el complejo homónimo que corresponde principalmente a tecomates y ollas globulares decorados con impresiones de concha y uña, líneas incisas y pastillaje. Se encontró, también, pigmento rojo rellenando líneas incisas, elemento que se comparte con otros complejos cerámicos tempranos (Baldi, 2001).

Hurtado de Mendoza y Castillo propusieron los Complejos Burío y Cariblanco para la cuenca del Sarapiquí. El complejo Burío, de acuerdo con los autores, aparece en conjunto con Chaparrón y La Montaña, con una misma temporalidad para Burío y Chaparrón en tanto que "...La Montaña apareció en tiempos más recientes y en forma modesta." (Hurtado y Castillo, 2005, p. 77; Reyes, 2008).

Snarskis (2003) en su último trabajo sobre el tema consideró que La Montaña, Curré y Black Creek tenían una "apariencia" sudamericana por su engobe monocromo y una amplia variedad de técnicas decorativas aplicadas, incisas y estampadas, con formas predominantes de ollas pequeñas u ollas globulares.

Propuso tres estilos cerámicos y la existencia de dos grandes esferas de influencia cultural que se sobreponen en el país entre los 4000 y 3000 a. p. Al norte, una tradición cultural mesoamericana, con una cerámica con clara zonificación rojo sobre bayo, asociada a aldeas pequeñas que practicaban la agricultura de maíz. Al sur, una larga tradición de selva tropical de cerámica monocroma, incorporando platonos asociados con el cultivo y el procesamiento de la yuca, en relación con el norte de Sudamérica, especialmente Colombia (Snarskis, 2003).

Para Snarskis (2003) estas esferas culturales superpuestas hacen eco de un fenómeno similar sugerido por miles de años antes por la presencia en Costa Rica de dos formas distintas de puntas de lanza paleoindias, una típicamente norteamericana (Clovis) y la otra sobre todo de América del Sur (Cola de Pez).

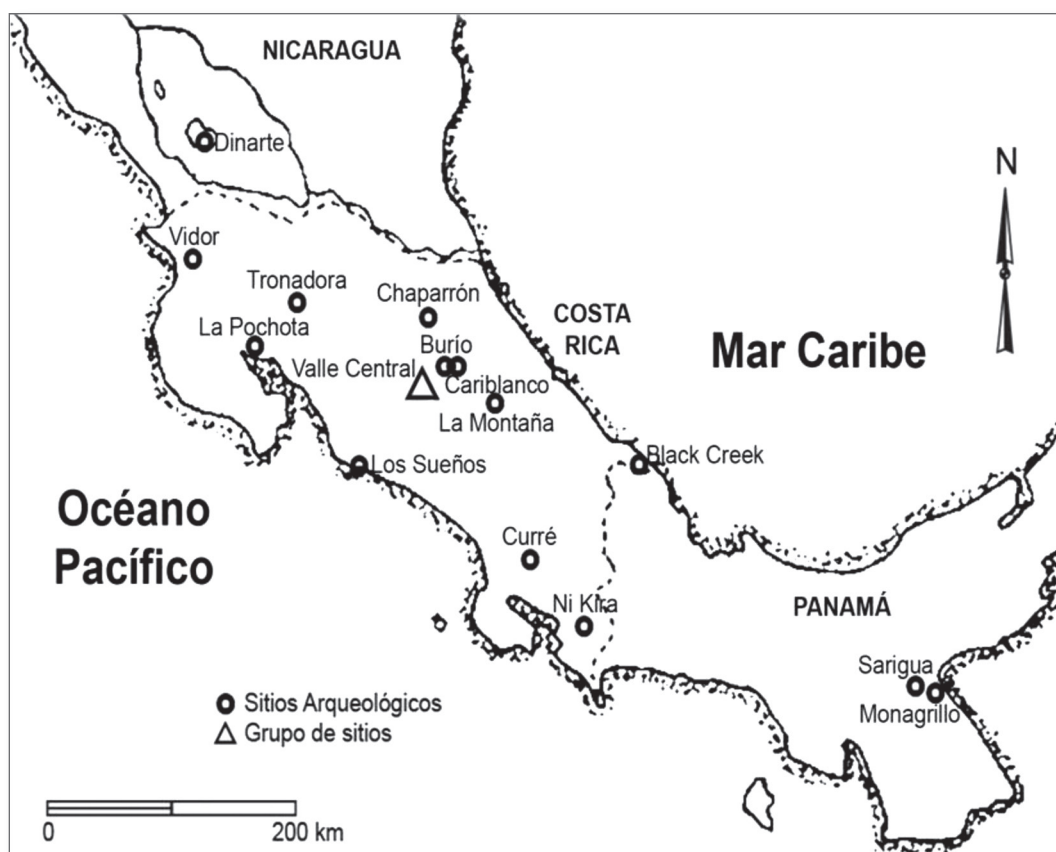


Figura 1. Mapa de ubicación de principales sitios arqueológicos para el Período Formativo en el sur de América Central.

Fuente: Elaboración María López Rojas.

Algunos problemas de investigación

A partir de los aportes de Snarskis y proposiciones de otros autores, algunos temas específicos que se abordan son los siguientes:

1. Explorar aspectos tecnológicos alfareros y posibles focos de producción a partir de la composición mineralógica de diferentes complejos cerámicos.
2. Ahondar en la propuesta de Snarskis (1983, p. 89) de similitud de pastas en los complejos cerámicos que él estableció y luego observó en otros complejos (M. Snarskis, com. pers.).

3. Comparar información composicional de los complejos Tronadora y Chaparrón para comentar sobre la posibilidad de que se tratase de un solo complejo como ha sido planteado por Snarskis (2003) y otros autores (Odio y Gutiérrez, 1999; Reyes 2008).
4. Comparar formas de bordes establecidas por Snarskis (1978) que guardan similitud formal en diferentes complejos para determinar su nivel de composición y discutir si el aspecto formal tiene un correspondiente tecnológico que se pueda asociar a su función.
5. Comentar sobre la proposición de Snarskis (1978, 2003) sobre la presencia de áreas sureñas y norteñas con base en similitudes y diferencias de los complejos cerámicos formativos.

Análisis físico-químicos

Para abordar los temas relacionados con la composición mineralógica se llevaron a cabo varios análisis físico-químicos sobre los materiales de los complejos La Montaña, Chaparrón, Barva, Tronadora, Los Sueños, Curré y Darizara, depositados en el Museo Nacional de Costa Rica.

Además, se realizaron análisis de difracción de rayos-x, espectroscopia infrarroja y petrografía. Los dos primeros sobre todos los especímenes de la muestra seleccionada y el análisis petrográfico sobre una selección más reducida. Para la escogencia de las muestras analizadas se utilizó un muestreo aleatorio procurando una representación de distintos atributos de forma y decoración por complejo cerámico.

Difracción de rayos X

Se seleccionaron un total de 75 muestras de diferentes complejos para el análisis de difracción de rayos X. La difracción de rayos X es una técnica de carácter no destructivo, que permite obtener información acerca de la composición mineralógica de la pieza arqueológica en estudio. Las señales observadas son únicas para cada muestra que se analiza, es decir, constituyen un tipo de huella digital y se relacionan con las propiedades cristalográficas que posee el material en estudio (Weymouth, 1973).

Las muestras arqueológicas se analizaron con el equipo Bruker D8 Advance, y los análisis de fases de cada patrón de difracción obtenido se procesaron mediante el paquete de software Eva versión 13.0 de Bruker-AXS 2007, asistido con Base de Datos PDF-2 del International Centre for Diffraction Data (ICDD). La Figura 2 muestra un patrón típico de difracción de rayos X.

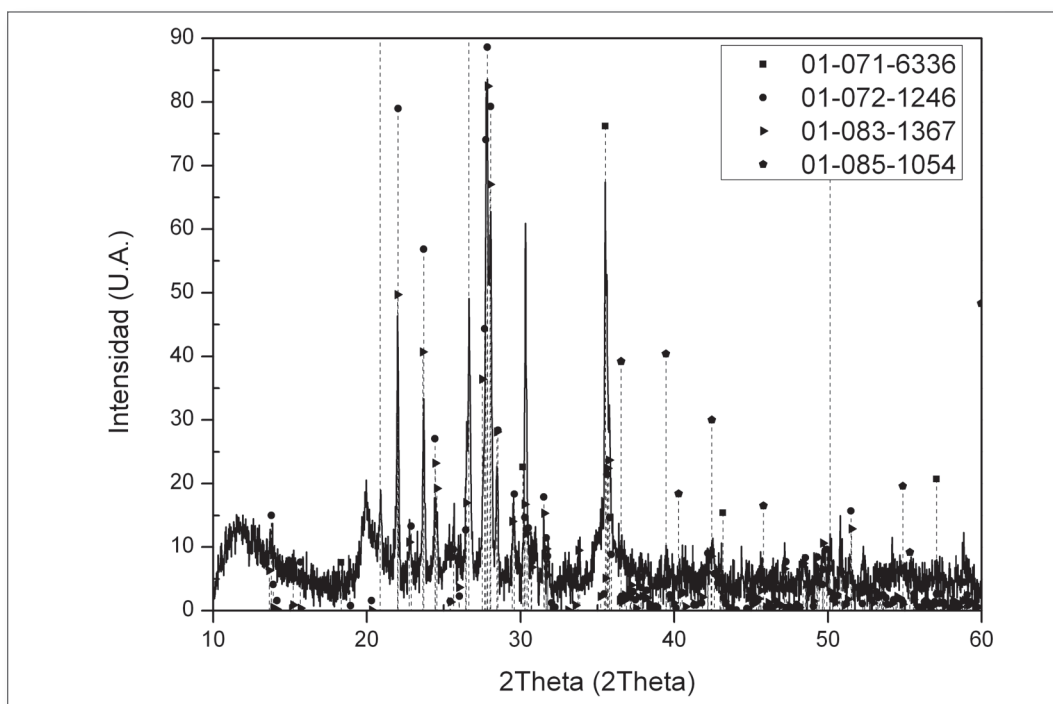


Figura 2. Patrón de difracción de rayos x obtenido para la muestra LS-1, del complejo cerámico Los Sueños

Fuente: Elaboración Geraldine Conejo Barboza.

Para el total de 75 muestras analizadas, se identificaron 38 minerales. Para esto, primeramente, se generó una base de datos donde se enlistaron los minerales y se identificó su presencia o su ausencia en cada muestra, se asignaron valores numéricos de 0 en los casos en los que un determinado mineral no estuviera presente en la muestra, 1 cuando la presencia se relaciona con una poca cantidad del mineral en la muestra y 3 cuando está presente en mucha cantidad.

Posterior a la generación de la base de datos se realizó un análisis estadístico con el fin de obtener correlaciones entre complejos cerámicos, se empleó el programa Microsoft Excel y el complemento XLSTAT, el cual permite realizar un análisis “cluster” o aglomerativo jerárquico, basado en el método de Ward.

El análisis de agrupamiento o “cluster” permite descubrir asociaciones y estructuras en los datos que no son evidentes *a priori* pero pueden ser útiles una vez que se han encontrado. Se utilizó un método divisivo en que se parte de una única clase formada por todos los

objetos que componen la muestra, la cual se va dividiendo en clases sucesivamente (Forina, Armanino y Raggio, 2001).

En el dendrograma obtenido (Figura 3) se observan en el eje horizontal las muestras analizadas, que a su vez representa las distancias entre los conglomerados cuando están unidos. La formación de las clases derivadas del dendrograma se da tomando en cuenta que los elementos que forman una clase tienen características muy similares entre sí.

A partir del dendrograma obtenido se da una separación en clases para todo el conjunto de muestras analizadas, con lo que es posible establecer relaciones con mayor facilidad para el conjunto de muestras en estudio. En el Cuadro 1 se evidencia la separación obtenida mediante la aplicación del método estadístico.

Cuadro I
Separación en clases de las muestras arqueológicas en estudio
según el análisis estadístico aplicado

Clase 1		Clase 2		Clase 3	Clase 4	Clase 5	Clase 6
LM-1 a LM-18	BA-1, BA-2, BA-6, BA-9, BA-10, BA-14 y BA-15	CU-54, CU-92, CU-74, CU-4, CU-5, CU-7, CU-68 y CU-33	BA-5, BA-7, BA-13 y BA-16	DA-2	DA-5 y DA-10	LS-1, LS-3, LS-6 y LS-9	LS-4
Ch-1 a Ch-10	Tr-1, Tr-2, Tr-4, Tr-7, Tr-8 y Tr-9	Tr-6 y Tr-10	LS-5			Tr-3 y Tr-5	
DA-1, DA-3, DA-4, DA-9 y DA-12	LS-2, LS-7, LS-8 y LS-10						
50		15		1	2	6	1

Fuente: Elaboración Geraldine Conejo Barboza.

En la primera clase prevalecieron muestras de los complejos La Montaña y Chaparrón que se ubican hacia el centro-norte del territorio de Costa Rica. Las muestras de La Montaña se encuentran todas en este grupo y se agrupan en subnodos o subgrupos, lo cual refleja bastante consistencia; lo mismo para Chaparrón pero con menos agrupamientos.

Tronadora es el que tiene menos agrupamiento aunque la gran mayoría de las muestras pertenecen a la clase 1 (6 de 10 muestras), lo que puede tomarse como cercanía con los complejos La Montaña y Chaparrón, en especial con este último.

Con respecto a la relación entre los complejos Chaparrón y Tronadora, llama la atención que composicionalmente el primero está más cercano de La Montaña que de Tronadora, a pesar de que hay una mayor similitud formal y estilística con este. Snarskis (1978, p. 112) propuso una pasta idéntica para la cerámica de La Montaña y Chaparrón. Sobre este punto, Hoopes (1984, p. 131) señala que la pasta "moteada" típica de Chaparrón y La Montaña es rara en Tronadora.

Por su parte, la segunda clase está conformada, en su mayoría, por muestras asociadas a los complejos Barva y Curré, pertenecientes a dos regiones arqueológicas distintas. También hay algunos ejemplos aislados de Tronadora y Los Sueños. Las muestras del complejo Barva se encuentran repartidas entre dos clases, sin embargo, provienen de tres sitios distintos, lo que permite explicar su ubicación en clases diferentes. Todas las muestras de Curré están en este grupo reflejando una composición mineralógica muy similar, lo cual sugiere una misma fuente de materia prima y tecnología.

Las muestras más disímiles agrupan a materiales de los complejos Darizara y Los Sueños, provenientes de dos sitios distantes. Varias de Los Sueños tienden a agruparse en un subnodo con muestras de Tronadora, pero otros especímenes se hallan dispersos.

El complejo Darizara evidencia el comportamiento más disperso con ejemplos en la clase 1 y con especímenes que representan dos clases aparte. La relación esperada para las muestras de los complejos Darizara y Curré no se pudo establecer en cuanto a la composición mineralógica. Además de la obvia utilización de fuentes de materia prima distintas, habrá que evaluar su grado de relación y eventuales distinciones temporales dentro del Periodo Formativo.

Tipos panregionales

Derivado del análisis anterior, se observó la información asociada a algunos tiestos correspondientes a formas de bordes presentes en diferentes complejos asociados a tipos panregionales. Se seleccionaron tazones incurvados con acanaladuras en el labio del Tipo Tronadora Inciso y bordes de ollas tecomates del Tipo Tongibe Beige. Las muestras que corresponden a los tazones incurvados son las siguientes: LM-10, LM-11, LM-16, Ch-3, LS-2, BA-2 y Tr-3; las relacionadas con las ollas tecomate son: LM-14, LM-18, Ch-1, LS-3, LS-7, BA-9, BA-10, BA-14, Tr-1 y Tr-2. Estas fueron sometidas al análisis de difracción de rayos X, así como al análisis estadístico que se mencionó previamente.

Tazones incurvados

Los tecomates o tazones con borde incurvado engrosado (R6 en la clasificación modal de Snarskis (1978), generalmente con acanaladuras en el labio y líneas incisas asociadas) son un elemento panregional registrado en los complejos Chaparrón, La Montaña, Los Sueños, La Pochota, Tronadora y Barva; Hoopes lo asocia al tipo Tronadora Inciso (Hoopes 1995).

El dendrograma específico (Figura 4) muestra que de los siete especímenes analizados la mayor asociación se da en las muestras de La Montaña, aunque se torna importante tomar en cuenta que el número de especímenes es muy reducido. A este nivel se observa alguna relación entre la forma de la pieza y la composición mineralógica, debido a que todas las muestras (excepto la Tr-3) se ubican en la clase 1 en el dendrograma general, mientras que en el dendrograma específico no evidencia la asociación esperada entre muestras de distintos complejos.

Sin embargo, los datos son apenas preliminares para sugerir tendencias con respecto a la procedencia de la materia prima y su relación con el proceso de manufactura de esta forma específica de pieza. Además, se debe tomar en cuenta que la asociación se realiza de acuerdo con la cantidad del mineral presente, y además el proceso de cocción de la pieza influye en las fases de algunos minerales.

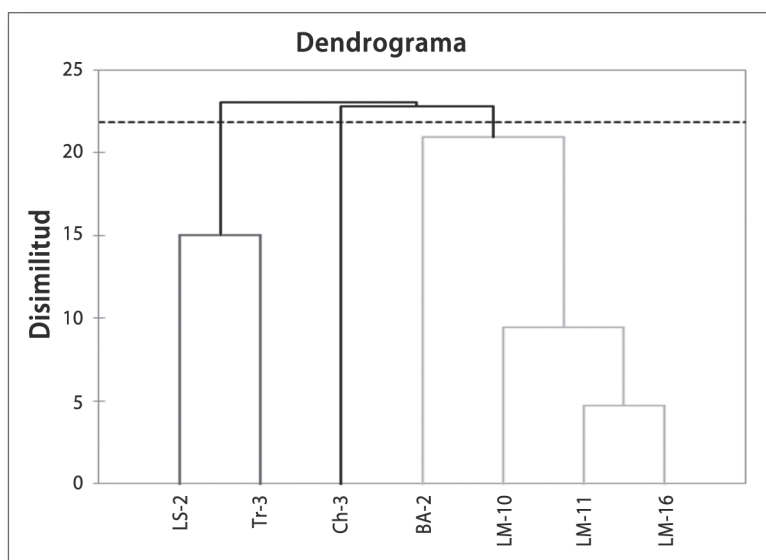


Figura 4. Dendrograma obtenido para las muestras relacionadas con la forma de tazón incurvado encontradas en varios complejos cerámicos

Fuente: Elaboración Geraldine Conejo Barboza.

Ollas tecomates

Las ollas tecomates (R11 para Snarskis 1978) son vasijas hemisféricas con el borde muy inverso y con un labio reforzado al exterior a manera de alero o pestaña posiblemente para servir de asa. Es un elemento considerado panregional con una distribución similar a los tazones incurvados. Hoopes (1987) lo integra dentro del tipo Tongibe Beige, pero la historia del tipo incluye las denominaciones La Montaña Flotado (Snarskis, 1978, figuras. 8, 22 y 24) y Chaparrón Zonado Rojo sobre Café (Snarskis, 1978).

Para el caso de las ollas, en el dendrograma general la mayoría de las muestras se agrupa, al igual que los tazones, en la clase 1, con excepción de la muestra LS-3. A diferencia del caso de los tazones, en el dendrograma específico de las ollas se observa una asociación entre especímenes de diferentes complejos cerámicos en una sola clase. Ante esto, se podría pensar que tal vez existiese transferencia de conocimiento en cuanto a la producción de este tipo de pieza, la diferencia radicaría en que es un elemento más común o de mayor utilidad. Otra idea es que se utilizara un mismo lugar para lo obtención de la materia prima por el requerimiento funcional, sin embargo; esto es difícil de justificar ya que la composición debería ser aún más similar, además se debe tomar en cuenta que el número de muestras es muy reducido.

Espectroscopia Infrarroja

La espectroscopia infrarroja es un método de análisis basado en la medida de la absorción de diferentes frecuencias de radiación infrarroja, por una muestra que está posicionada en el camino óptico, por el cual atraviesa la radiación. Estos fenómenos están relacionados con las vibraciones interatómicas en las moléculas, con lo cual es posible identificar grupos funcionales presentes en las moléculas (Hsu, 1997).

Se utilizó la técnica transformada de Fourier (FTIR), pues es más rápida y ocupa una cantidad de muestra muy pequeña. Para este caso se utilizó un accesorio para realizar las mediciones, que se conoce como ATR por sus siglas en inglés. El objetivo de la aplicación fue encontrar materia orgánica; así, se analizaron casi todas las muestras, distinguiéndose tres grupos principales.

Grupo 1: se caracteriza por señales de OH libres (no asociado a puentes de hidrógeno, entre 3500 a 3700 cm^{-1}) y grupos OH provenientes del H_2O , Si-O y Al-O. Pueden indicar la presencia de aluminosilicatos laminares, con contenidos de sodio y calcio tipo anortita.

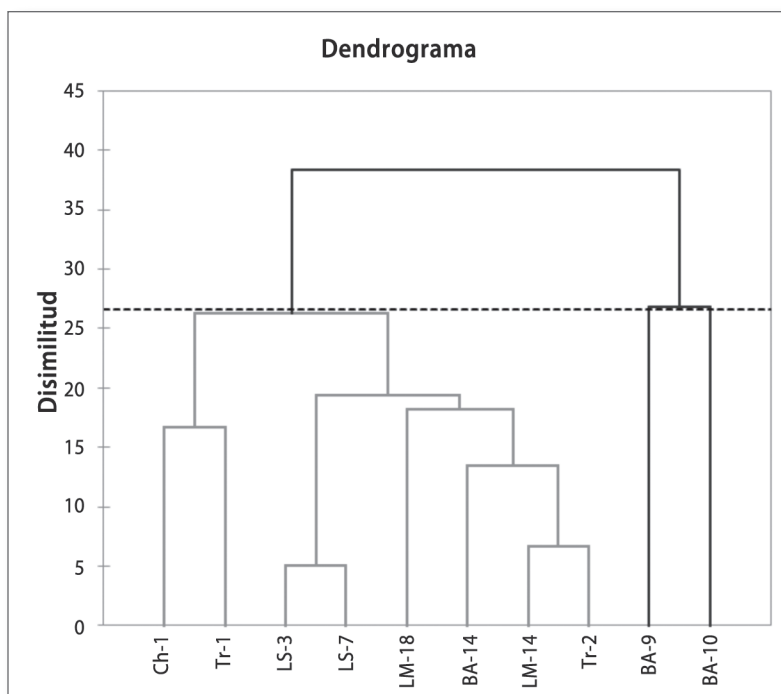


Figura 5. Dendrograma obtenido para las muestras relacionadas con la forma de olla tecomate encontradas en varios complejos cerámicos

Fuente: Elaboración Geraldine Conejo Barboza.

Grupo 2: se caracteriza por señales propias del H_2O , señales anchas de Si-O-Al y la ausencia de OH. Contiene una señal de 1100 cm^{-1} que representa un grupo de un material más amorfo con mezclas de silicatos, aluminosilicatos.

Grupo 3: se define por la aparente presencia de material orgánico (ver Figura 6). El tercer grupo contiene una señal angosta alrededor de 1100 cm^{-1} propia de un mayor contenido de silicatos y mayor cristalinidad, pero su principal característica es la aparente presencia de materia orgánica. Se hicieron esfuerzos por asociar las muestras que tenían engobe rojo, con la existencia de pigmentos, pero no se observaron señales concluyentes de los enlaces esperados aunque estas sí pertenecen a grupos orgánicos.

Además, estas muestras pueden contener materia orgánica adquirida a través de su largo tiempo de exposición a la intemperie al encontrarse enterradas en el subsuelo. Adicionalmente, se observaron por microscopio de luz, pero no se encontraron muestras de fibras vegetales. Por lo tanto, este análisis no rindió los resultados esperados.

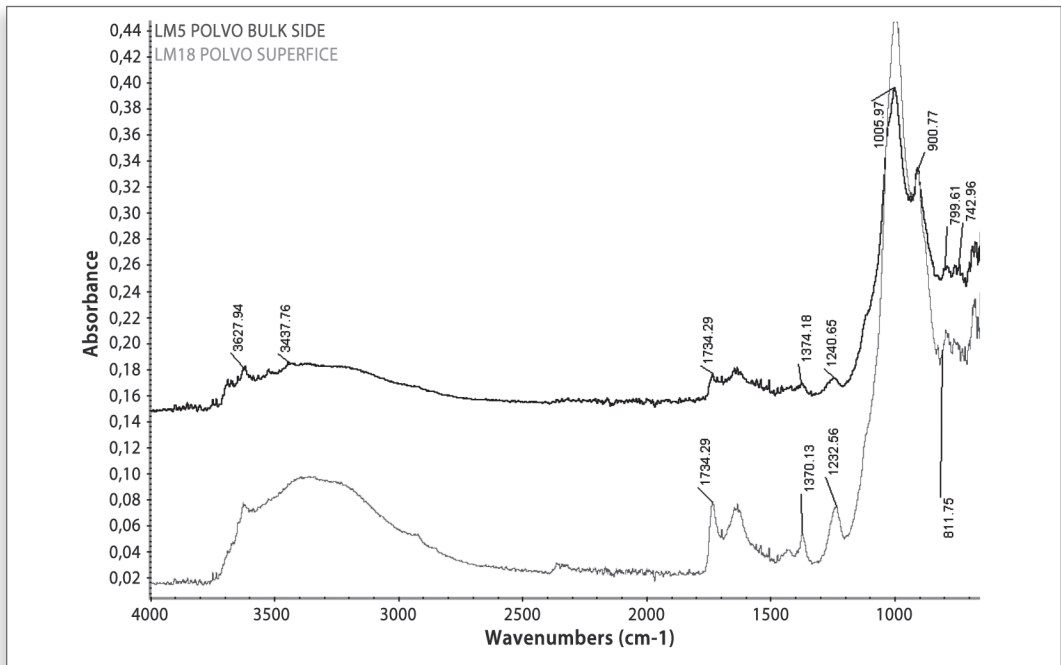


Figura 6. Análisis de FTIR con las bandas características del grupo 3

Fuente: Elaboración Geraldine Conejo Barboza.

Petrografía

La petrografía es una técnica de carácter cualitativo y semicuantitativo, que permite identificar algunos de los minerales que conforman la pasta de la muestra en estudio, así como determinar el tamaño de grano de muchos de los componentes y la relación de los elementos mineralógicos con las geologías locales (Shepard, 1965).

El análisis petrográfico se realizó con una muestra más reducida, 20 especímenes escogidos de manera aleatoria. Los resultados sirvieron de base para la caracterización de las pastas de esos complejos. Al respecto, se puede destacar la presencia de vidrio volcánico en el complejo Tronadora y en menor medida en Chaparrón y La Montaña.

En Los Sueños hay presencia de elementos que de acuerdo al geólogo L. Obando no son propios de la zona donde se encuentra el sitio. Igual, en el complejo Barva, hay presencia de minerales que no son de origen local, lo que conlleva a pensar en la obtención de parte de la materia prima de otros lugares.

Con respecto a la propuesta de Snarskis sobre similitud en composición mineralógica de los diferentes complejos hay presencia de hematita y plagioclasas en casi todas las muestras pero no moscovita, así como diferencias en la presencia de otros minerales.

Para el estudio de las muestras sometidas al análisis petrográfico se aplicó un agrupamiento similar al hecho con los resultados de la difracción. Se partió de una matriz en la que se emplearon los porcentajes reportados para cada mineral encontrado según dicha técnica (Figura 9).

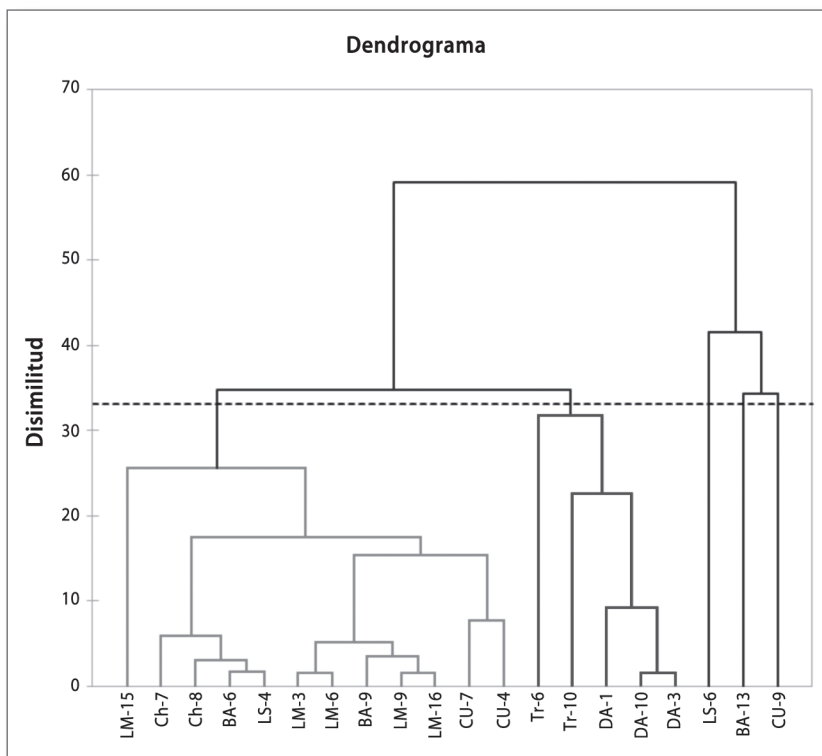


Figura 7. Dendrograma obtenido para las muestras sometidas al análisis petrográfico

Fuente: Elaboración Geraldine Conejo Barboza.

La Montaña muestra el mismo agrupamiento que las muestras sometidas a difracción de rayos x; asimismo, es posible establecer su vínculo con las muestras de Chaparrón. Con respecto a los complejos sureños se observa una dispersión de las muestras de Curré, pero Darizara se agrupa en una sola clase. Los Sueños y Barva, siguen mostrando dispersión, en este caso al ser tan pocas las muestras sometidas a la técnica de petrografía, hay más cautela a la hora de establecer una tendencia o posible correlación entre las muestras.

En cuanto a la similitud de Tronadora con Chaparrón, al igual que con la difracción de rayos X, hay una mayor relación de Chaparrón con La Montaña que con Tronadora. Este último más bien muestra una correlación con el complejo Darizara, relación poco esperada.

Para un mejor resultado de los análisis físico-químicos es necesario estudiar si los minerales son producto del contexto geológico o del proceso cerámico, para lo cual se debe analizar más a fondo las geologías locales. Así como afinar las preguntas y ampliar la muestra por complejo e incluir otros complejos.

También, es importante asociar las muestras con contextos específicos dentro de cada región para una mejor comprensión de los resultados; así como también emplear otras técnicas que permitan obtener mayor información sobre el proceso tecnológico.

División norteña-sureña de complejos cerámicos

Para comentar la propuesta de Snarskis de dos tradiciones cerámicas en el Formativo que se ubican en las secciones norte y sur del actual territorio costarricense, se retoman los datos del análisis formal estilístico de Fonseca (1997) y Corrales (2000), y el preiconográfico de Reyes (2008).

La propuesta inicial de Snarskis (1978) de filiaciones sureñas y norteñas para La Montaña y Chaparrón fue retomada por Fonseca (1997, p. 60), quien, a partir de la presencia/ausencia de elementos distintivos, postuló un grupo central de complejos cerámicos en el centro y sur de Costa Rica y Panamá, que son diferentes de un grupo sur (Colombia) y un grupo norte (del norte Costa Rica a Guatemala).

El análisis de frecuencias de decoraciones y formas de diferentes complejos mediante diversos métodos de aglomeración llevó a Corrales (2000) a proponer una separación entre los complejos del norte y del sur en el sur de América Central. Los complejos Tronadora, Dinarte, Pochota, Chaparrón, Barva y Los Sueños pueden ser considerados como un "grupo norteño". Ellos comparten varias características, en particular, el predominio de los tecomates y la presencia de bicromía en dichas zonas.

A la vez, La Montaña, Black Creek, Darizara, Curré y Sarigua se pueden relacionar con un "grupo sureño", donde el engobe rojo o bandas rojas estaban ausentes o poco frecuentes, las ollas globulares predominan y los tecomates eran menos comunes. Ambos grupos comparten una amplia gama de decoración plástica y recipientes cilíndricos.

Los agrupamientos obtenidos por Corrales (2000), en general, mostraron proximidad geográfica. Darizara y Curré estuvieron siempre juntos. Dinarte y Chaparrón se agruparon en todos los casos. Una estrecha relación se observó entre Tronadora, Los Sueños y Barva, y entre estos y la Pochota. La Montaña se asoció en varios casos con Dinarte y Chaparrón, pero mostró una aglomeración distante, y en otros casos con otros "complejos" del sur. Sarigua y Black Creek mostraron asociaciones diferentes, dependiendo del método utilizado. Esto probablemente se relaciona con las ausencias debidas al pequeño tamaño de las muestras incluidas en el análisis. Con base en la comparación formal estilística y el análisis de conglomerados, Corrales propuso un grado de integración de complejos por región, pero al mismo tiempo diferencias en la presencia/ausencia y porcentajes de los diferentes modos de cerámica establecidos.

Por su parte, Reyes (2008) a partir de la posible coherencia a un nivel semiótico, es decir la capacidad de interacción que es necesaria para que surjan y por ende adquieran valor algunas de las unidades significativas y motivos identificados, planteó la presencia de tres semiosferas con base en elementos preiconográficos. Una compuesta por los complejos Chaparrón, Tronadora, La Montaña, Los Sueños, Barva y Burío, la segunda por los complejos Curré y Darizara, y la tercera por Cariblanco y Black Creek. A pesar de las variantes específicas, es posible resaltar que la propuesta de Snarskis ha encontrado, en términos generales, eco en trabajos más recientes.

Reyes (2009b, p. 65) menciona que la decoración en el Periodo Formativo, además de la utilidad tecno-económica, podía ser un vehículo para divulgar información codificada e indicar que las poblaciones pudieron haberse interconectado, materializando estas relaciones sociales e históricas mediante la decoración; lo anterior ligado a un carácter semimóvil de las poblaciones.

Sin embargo, los datos de composición mineralógica sugieren cautela con la movilidad o semimovilidad de los grupos que producían la cerámica analizada. Las diferencias en las composiciones mineralógicas apuntan a poblaciones que compartían elementos formales y decorativos pero que utilizaban fuentes locales de materia prima, lo cual señala un conocimiento del lugar que se puede vincular a un sedentarismo más consolidado, al menos para la parte más tardía del período.

Los resultados basados en comparaciones de cerámica pueden ser vistos como una situación paralela a las relaciones genéticas y lingüísticas propuestas para los grupos indígenas modernos (Constenla, 1991, Barrantes 1993) agrupados por áreas geográficas, y que muestran una alineación de sur a norte o viceversa.

Al respecto, Constenla (1995) ha propuesto una división lingüística de los subgrupos Votico y del Istmo. El primero está formado por el Guatuso y Rama en el norte de Costa Rica y Nicaragua del Sur, y el segundo por el kuna y todas las lenguas hasta el centro de Costa Rica. Dentro de una perspectiva de desarrollo local desde grupos ancestrales, estos subgrupos tienen cierta semejanza con la división propuesta para los complejos cerámicos del norte y del sur en el sur de América Central.

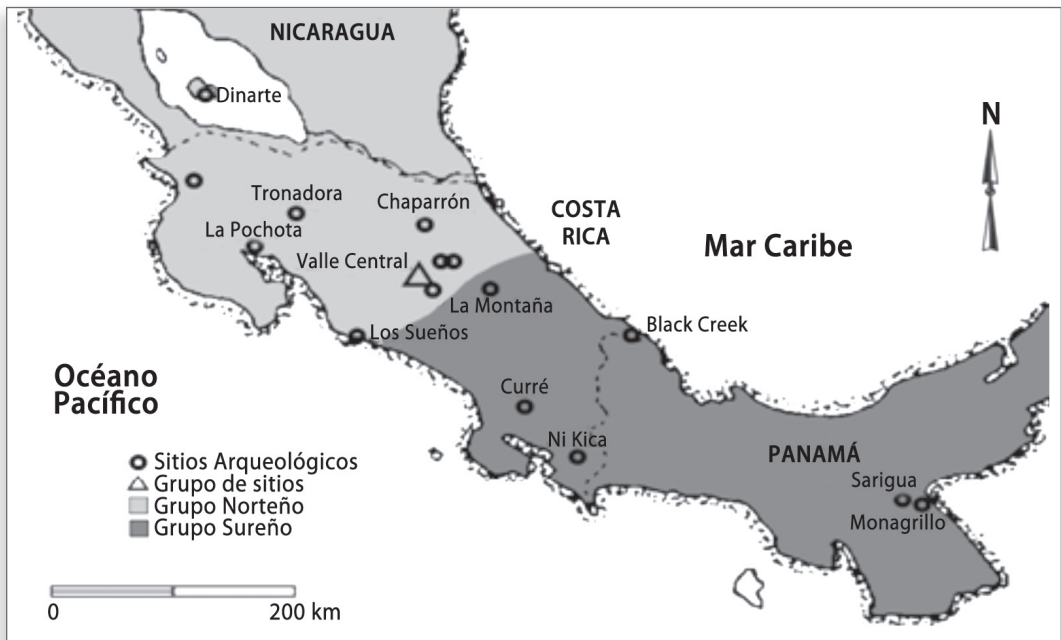


Figura 8. Mapa con la separación de grupos norteño y sureño de complejos cerámicos del Período Formativo a partir de la propuesta por Snarskis (1978, 2003) y otros autores

Fuente: Elaboración María López Rojas.

Algunas de las propuestas de Snarskis sobre el Período Formativo han sido abordadas a partir de recientes trabajos físico-químicos y otros anteriores sobre elementos formal-estilísticos. Los análisis físico-químicos realizados permiten entender en mayor grado las posibles relaciones entre los complejos cerámicos estudiados, a partir de su composición mineralógica, con lo que se puede establecer, en conjunto con métodos estadísticos, correlaciones entre complejos cerámicos que no se podrían establecer solo a partir del estilo y la forma.

La propuesta de un horizonte cerámico Formativo en el sur de América Central hace eco de la proximidad en términos genéticos y lingüísticos de las poblaciones. Hoopes (1992, p. 47) propuso un modelo donde cada región se caracteriza por solo un subconjunto de características del universo "formativo" en cualquier momento dado. Este sería un modelo autóctono y regionalista de crecimiento de la población y desarrollo cultural a partir de un sustrato cultural mucho más antiguo con raíces en las poblaciones locales arcaicas. Snarskis (2003), a su vez, propuso que la cerámica inicial en la región, ya sea adoptada de otra área o por invención independiente, debe entenderse en el contexto de los grupos ya establecidos en la zona desde tiempos paleoindios y arcaicos que mantenían diferentes grados de interacción.

Los resultados del análisis de grupos se pueden utilizar para apoyar la proposición de Snarskis de relaciones entre los complejos cerámicos tempranos, pero al mismo tiempo para confirmar la aparición de diferencias entre aquellos más separados. Como Myers (1978) mencionó, en su análisis de esferas de interacción del período Formativo en el Área Intermedia, las culturas adyacentes tienden a parecerse entre sí más estrechamente que lo que se asemejan a las culturas más distantes.

Aún falta información sobre este periodo y en particular entender los diversos complejos reseñados acá y sus diferencias y similitudes locales y regionales. El trabajo pionero de Michael Snarskis estableció las bases para su estudio. Es sobre lo propuesto por él que se han logrado delinear preguntas de investigación en subsecuentes trabajos. Valga un reconocimiento sincero a su legado.

Michael Snarskis y su contribución en el estudio de la metalurgia de Costa Rica

Patricia Fernández Esquivel

Introducción

En la década de 1980, estrenándome como estudiante de Antropología, oía mencionar el nombre de Michael Snarskis entre los estudiantes de años superiores. Para mí, su nombre significaba poco; mi ignorancia académica no me permitió apreciar en ese entonces la importancia que para la arqueología de Costa Rica había tenido su tesis doctoral, y lejos estaba de pensar en la manera en que me relacionaría con Snarskis, en mis años por venir como estudiante y profesional.

Hacia el año 1983 me encontraba en el Laboratorio de Arqueología analizando los materiales del curso de Investigación de Campo, el cual se había realizado en los alrededores de Guayaibo de Turrialba, cuando Miguel –así le decían todos los estudiantes y colegas– se me acercó y terminó corrigiéndome con enseñanza mi trabajo de toda una semana. Constantemente pasaba por mi mesa –quizás pendiente de mis errores– hasta que un día le confesé que no me gustaba mucho clasificar cerámica, ya que me interesaban otras cosas. Le comenté que para algunos cursos había hecho una serie de trabajitos acerca de las piezas de oro, y que me interesaba mucho realizar una clasificación de los diseños y sus posibles significados.

En 1986 cursé la Licenciatura en Arqueología. Snarskis era mi profesor del Seminario de Diseño; aún se acordaba de mi interés por la metalurgia y me animó a que desarrollara ese tema para mi trabajo final de graduación. Él no solo se convirtió en mi director de tesis sino que comenzó a partir de ese momento una relación que duraría hasta sus últimos días.

Una vez graduada de licenciada, inicié mi práctica profesional en el Museo del Oro Precolombino y Snarskis, en diferentes épocas, estuvo involucrado en el desarrollo de mi trabajo como traductor y editor de varias de mis publicaciones. Con el devenir de los años nuevamente resultó ser mi profesor en el curso de técnicas analíticas de la Maestría en Antropología en el año 2006. Habían pasado veinte años desde que me había dado clases formales y aún me sorprendía la facilidad con que explicaba. Este fue el último curso que impartió Snarskis en la Universidad de Costa Rica.

En el año 1999 coincidí con Snarskis en Bogotá en un Simposio sobre el área Chibchoide en el contexto de la exhibición internacional llamada *Oro y Jade: emblemas de poder*. La expectativa y la admiración con la que los estudiantes y arqueólogos esperaban la llegada de Snarskis al auditorio solamente puede explicarse por la trascendencia que tuvo su trabajo para la arqueología de la región y, en específico, el papel que él le asignó a la metalurgia en el cambio social de la Costa Rica antigua, aspecto de fondo de este artículo y que se abordará a continuación.

Los primeros estudios relacionados con la metalurgia

A partir del inicio de los estudios sobre la metalurgia precolombina, varios arqueólogos han producido visiones comprensivas de las manifestaciones culturales que tuvo esta en Costa Rica y sus áreas vecinas. Por lo tanto, conocer estos aportes resulta importante porque constituyen los antecedentes de la propuesta de Michael Snarskis respecto a la metalurgia.

En el desarrollo histórico de los estudios sobre la metalurgia, del sur de América Central, Samuel Lothrop (1937), con su estudio estilístico y metalúrgico de los objetos de oro procedentes del sitio Conte en Panamá, fue el primer investigador en plantear la presencia de objetos procedentes de Colombia así como de la existencia de producciones locales. En la década de 1950, Lothrop (1952), quien también trabajó con los objetos de metal del Cenote Sagrado de Chichén Itzá en Yucatán, México, concluyó que unos pocos objetos procedían de México, algunos de Colombia y Costa Rica, y una cantidad importante de Panamá, además planteó la existencia de relaciones orientadas hacia el intercambio a lo largo de la costa Caribe, que incluía Colombia, Panamá y Costa Rica hasta Yucatán.

En las décadas de 1950 y 1960 la arqueóloga norteamericana Doris Stone y el aficionado a la arqueología Carlos Balsler describieron algunos hallazgos con piezas de oro, y mencionaron los lugares geográficos de donde aparecieron y realizaron descripciones detalladas de los objetos

de oro y sus asociaciones con otros materiales. A criterio de estos autores las piezas de oro eran de origen foráneo y representaban las formas más tempranas que pueden asociarse con la introducción de la metalurgia en Costa Rica (Balsler, 1964; Stone y Balsler, 1958, 1965).

Por su parte, en la década de 1960, el arqueólogo costarricense Carlos Aguilar llevó a cabo un estudio tipológico de los objetos de oro de la colección del Banco Central de Costa Rica. En este propuso la existencia de una producción local a partir de objetos foráneos colombianos, considerando que las variaciones estilísticas portaban un significado cronológico teniendo las formas más tempranas una mayor similitud con las foráneas, mientras que las versiones con mayores modificaciones correspondían a las producciones locales más tardías (Aguilar, 1972).

Las investigaciones anteriores sirvieron de base para que otros arqueólogos postularan modelos que explicaban la introducción de la metalurgia en el Sur de América Central. En Colombia, Plazas y Falchetti (1978) plantearon la existencia de horizontes estilísticos que se distribuían simultáneamente en varias zonas del noroccidente colombiano, siendo el área Quimbaya, ubicada en la parte central de Colombia, donde surgió la tradición tecnológica y simbólica que se dispersó hacia el norte alcanzado a Panamá y Costa Rica. Adicionalmente, el arqueólogo británico Warwick Bray (1981), basado en las características tipológicas y de manufactura, consideró que el noroccidente de Colombia, Panamá y Costa Rica constituía una misma provincia metalúrgica.

Todos estos trabajos aportaron datos para sustentar la idea de que la metalurgia en Costa Rica fue introducida desde Colombia producto de la existencia de relaciones de intercambio y que, posteriormente, se desarrolló una producción local relacionada técnica y simbólicamente con estos estímulos iniciales.

La propuesta de Snarskis respecto a la metalurgia

Si bien, Michael Snarskis en su trabajo doctoral de 1978 no hace alusión directa a los objetos de oro, postula un modelo de cambio cultural en el que tiene importancia la intensificación y el mejoramiento de la producción agrícola y, consecuentemente, la ritualización de los procesos agrícolas, en donde los bienes de prestigio habrían cobrado importancia.

A inicios de la década de 1980, siendo director del Departamento de Investigación del Museo Nacional de Costa Rica, Snarskis formó parte del comité científico que desarrolló la exhibición *Between Continents/Between Seas: Precolumbian Art of Costa Rica*, la cual se expuso en varias

ciudades de los Estados Unidos entre los años 1981 y 1984. Como parte de este proyecto se hizo una publicación donde Snarskis escribió una síntesis de la arqueología de Costa Rica y también elaboró la catalogación de los objetos.

En este artículo, Snarskis, de acuerdo con los datos arrojados por su tesis doctoral, plantea que en Costa Rica, entre los años 300 a. C. y el 500 d. C., se produjo una expansión de la población, lo cual contribuyó a generar sociedades jerarquizadas. En esta nueva forma de organización sociopolítica, una clase compuesta por guerreros, sacerdotes y caciques administraban y redistribuían productos alimenticios y otros bienes, propiciándose un mercado de bienes de lujo que también funcionaban como insignias de su oficio, entre ellas los objetos de jade como parte de un conjunto de bienes relacionados simbólicamente con la agricultura y el procesamiento de alimentos.

Este sistema simbólico relacionado con la agricultura (principalmente del maíz) se insertó en el norte de Costa Rica por medio de los objetos élites provenientes de Mesoamérica (Snarskis, 1981, p. 44). Concluye, también, que en las poblaciones del Atlántico y del Valle Central, y probablemente del Diquís, hacia los años 500-700 d. C. gente y tradiciones foráneas, quizás sureñas, cambiaron las formas de las casas y de los enterramientos, estas modificaciones coinciden con la adopción del oro que reemplaza al jade como objeto de prestigio asociado con la élite (*Ibid.*, 84; 1992, p. 152).

Esta es la primera vez que en una publicación el doctor Snarskis relaciona de manera explícita los objetos de oro procedentes de Colombia y Panamá con los cambios mencionados. A diferencia de los investigadores anteriores, que trataron el tema de la metalurgia, Snarskis dio un paso importante en las interpretaciones al incorporar una manifestación material en el entendimiento de la cultura general y su papel en el cambio social.

Posterior a esta publicación de 1981, Snarskis plantea en distintos artículos otras temáticas relacionadas con la metalurgia de Costa Rica, la cual dividiremos en dos ejes temáticos: a) la distribución geográfica y temporal y b) la iconografía y su simbolismo.

Distribución geográfica y temporal de la metalurgia en Costa Rica

Producto de su tesis doctoral, Snarskis estableció la secuencia cronológica para el área de la vertiente Caribe de Costa Rica. Coincidentemente, su trabajo de campo se centró en áreas

donde se había reportado gran cantidad de objetos de oro como en Guácimo y Guápiles. Si bien la idea de que los primeros objetos de oro procedían de Colombia ya había sido planteada por Lothrop (1937, 1952), por Stone y Balsler (1958, 1965) y Aguilar (1972) la contribución de Snarskis consistió en proponer rangos cronológicos para esas primeras piezas foráneas.

En dos artículos publicados en 1985 y 1986, Snarskis elaboró un recuento de la evidencia arqueológica asociada con las piezas de oro de acuerdo con las regiones arqueológicas de Costa Rica. Argumentó que, a pesar de la escasez de fechamientos de C14 asociados con los objetos de oro, era posible utilizar la información de la cerámica fechada y relacionarla con estas piezas.

La secuencia establecida por Snarskis para el Caribe le permitió identificar la cerámica vinculada a hallazgos hechos por otros; tal es el caso del sitio El Tres de Guácimo y La Fortuna, documentados por Stone y Balsler (1965). Tres vasijas ilustradas por ellos (Stone y Balsler 1965, figuras 24 y 25), Snarskis las asoció con los complejos El Bosque tardío y La Selva temprano, cronológicamente relacionados con el periodo comprendido entre los años 400 y 600 d. C. (Snarskis, 1986, p. 94). Por su parte, las piezas de metal consistían en objetos en forma de rana, animales de cola curva y un ave bicéfala (Figura 1). En el sitio La Fortuna en la región de San Carlos, Doris Stone (1977, figuras 216 y 217) asocia la presencia de una figura humana hecha en cobre con una vasija Galo Policromo, que Snarskis ubica, de acuerdo con la cronología del norte del país, entre los años 500-700 d. C.

A la distribución temporal de los hallazgos como los antes mencionados, Snarskis incorpora nuevos descubrimientos, como el realizado por Carlos Aguilar en el sitio Taticú ubicado en Cartago. Aguilar excavó en un contexto funerario un fragmento de una figura humana hecha en cobre asociada a materiales cerámicos de la fase temprana Curridabat (400-500 d. C.). Don Carlos Aguilar consideró que esta pieza estaba relacionada con las figuras tipo Coclé de Panamá (Lothrop, 1952) pero argumentaba que la figura de Taticú, así como la pieza del Banco Central (BCCR 657), eran diferentes, debido a que fueron hechas en cobre y en forma sólida (Aguilar, 1981, p. 117), tal y como se puede apreciar en la Figura 2. Snarskis coincidió con Aguilar al considerar que estas dos piezas podrían no ser de Panamá aunque no aclara cuál podría ser su procedencia (Snarskis, 1986, p. 95).

La pieza de Taticú así como los colgantes y collares hechos en piedra verde de los sitios La Montaña y Pesa Vieja, estos últimos ubicados en Turrialba y Cartago, presentaban una asociación contextual con cerámica tipo florero (Trípodes África), por lo que Snarskis postuló que tanto para el Valle Central como para el Caribe, en el periodo comprendido entre los años del 300 al 600 d. C., era posible encontrar en los enterramientos piezas de jade o de oro,

siendo estos los materiales más utilizados en la manufactura de bienes suntuarios orientados hacia la élite. Deduce, entonces, que el ingreso de los primeros objetos de oro en Costa Rica se dio entre el 400 y el 500 d. C., “coexistiendo durante una cierta cantidad de tiempo con el trabajo lapidario en piedras semejantes al jade, una parte integral del complejo simbólico pre-existente derivado de Mesoamérica” (Snarskis, 1986, p. 96).

El hallazgo del sitio Finca Linares, ubicado en el Pacífico Norte, demostró la coexistencia de objetos hechos en piedra verde y otros de oro asociados con materiales cerámicos de los tipos Carrillo Policromo y Galo Policromo ubicados entre los años el 600 y el 800 d. C. (Herrera, 1988), por lo que el traslape del jade y el oro pudo haberse dado entre los años 500 y 800 d. C. si se toma en cuenta el rango de distribución de las figuras de cobre del sitio Taticú (400-500 d. C) y la figura del sitio Finca Linares. Esta última fue hecha en cobre y presenta características de manufactura que a nuestro parecer se asocia más con materiales procedentes de Panamá, pero temáticamente se relacionan con lo que Bray ha denominado Grupo Internacional, el cual se extiende entre el 600 y el 900 d. C. (Bray, 1992, p. 34).

Los objetos del grupo Internacional se distribuyen desde el norte de Colombia hasta la costa de Yucatán en México y las formas más comunes son las figuras humanas realistas y simples, y a criterio de Cooke y Bray (1985) estos objetos fueron producidos en diferentes centros de manufactura y habrían circulado a lo largo de la región en donde se distribuyen. A esta categoría de objetos pertenecerían las figuras de los sitios Taticú, La Fortuna y Finca Linares, así como los mencionados por Lothrop para el Cenote Sagrado en Yucatán (Lothrop, 1952).

Además de la discusión que hace Snarskis de los contextos arqueológicos asociados con los primeros objetos de oro –incluyéndose los internacionales– es el primer arqueólogo en realizar un recuento y análisis de los hallazgos asociados con contextos más tardíos –posterior al 800 d. C.– basado en sitios que cuentan con fechamiento de carbono 14 o por medio de asociación cerámica. Así por ejemplo, menciona sitios como La Fábrica (10-LF-A), Barreal de Heredia (26-CN-H), Guayabo de Turrialba, El Cristo (39-EC-C), Agua Caliente y Claudio Salazar (36-CS-A) así como los ubicados en Guanacaste - Nicoya donde destaca la presencia de cascabeles de cobre que postula procedentes de Mesoamérica de acuerdo a la tipología establecida por Lothrop (1952), ejemplificando a criterio de Snarskis los contactos mantenidos por estas poblaciones locales con las del Valle de México (Snarskis, 1985, p. 31).

Iconografía y simbolismo de los objetos de oro

Snarskis consideraba que la presencia en Costa Rica de dos zonas ambientales primigenias estaba relacionada con sólidas tradiciones culturales que contaban con sus propias cosmogonías. La noroccidental, región árida que tuvo vínculos más cercanos con Mesoamérica y la selva tropical húmeda en el resto del país, estuvo más vinculada con Panamá y con el norte de Suramérica (Snarskis, 1986, p. 89).

Como parte de estos procesos de “vinculación”, los datos de contexto asociado con los objetos de oro descritos en la sección anterior evidencian la existencia de relaciones de intercambio orientada hacia la élite, las cuales se habrían extendido hacia el sur, y “sus diversos artefactos, incluyendo los colgantes de oro fundido de Panamá y Colombia” (*Ibid.*, 93). Adicionalmente, una serie de eventos sociopolíticos como la caída de Teotihuacán, que afectó la ruta de intercambio de las tierras altas pacíficas hacia el sur, coincidió con la introducción en Costa Rica de objetos de oro y posteriormente de técnicas metalúrgicas de Colombia y Panamá.

De acuerdo con Snarskis, estos objetos de oro y su mitología asociada llenaron el vacío producido por la ruptura de lazos con los grupos de la élite de Mesoamérica, y esta influencia sureña tuvo repercusión en otras manifestaciones culturales; así, en el Caribe y Valle Central, “casas circulares, en vez de rectangulares pasaron a ser la forma preferida. Esto último probablemente indica un giro significativo en la cosmogonía precolombina dominante en Costa Rica” (Snarskis, 1992, p. 152).

Estas nuevas visiones de mundo inherentes en los objetos de metal que obtenían las élites se hicieron más evidentes siglos después de la introducción de la metalurgia, con la presencia de complejos arquitectónicos como los de Guayabo de Turrialba, Las Mercedes, La Cabaña, Aguacaliente, entre otros, que Snarskis denominó como “type site of the gold working period” (Snarskis, 2003, p. 186).

Durante el periodo de traslape de los objetos de jade y oro como bienes de élite, Snarskis identificó la presencia de motivos que caracterizan la transición entre el jade y el oro. A manera de una secuencia tipológica, Snarskis identifica motivos propios del jade que se empiezan a reproducir en oro y motivos predominantes del oro que también se hacen en jade. Los de “traslape” son el sapo/rana, los animales de cola enroscada y algunas piezas de jade en forma de figuras humanas con máscaras que sostienen objetos en sus manos, similar a la figura de cobre del sitio Taticú.

Durante el periodo que Snarskis denomina como “*the age of Gold*”, el cual se dio posterior al año 800 d. C. y hasta la época de contacto, tal y como se comentó anteriormente, se asocia

con la presencia de centros ceremoniales, con un incremento en la defensa y dominio sobre los territorios y cobra importancia en las relaciones políticas. En este contexto, Snarskis postula la hipótesis de que el jade se asocia con comunidades de pequeña escala y en armonía con su medioambiente y el oro como expresión de agresividad, expansionismo de un sistema jerárquico bajo un ambiente de presión ambiental y demográfica (Snarskis, 2003, p. 194).

Dentro del contexto sociopolítico de las sociedades tardías que cuentan entre otras cosas con una producción local de objetos de oro, Snarskis incursiona en la interpretación de varios diseños presentes en las piezas de oro, con lo cual se asocia su significado con mitos Bribris y Cabécares.

Así, por ejemplo, establece asociaciones entre un elemento de cordón presentes en varias figuras humanas con las culebras, siendo estos danzantes rituales o chamanes. Considera que “los hombres que podían manejar las culebras impunemente bien pudieron haber aumentado su poder socioespiritual, siendo estas algunas de las poses que se ven en las figurinas de oro” (Snarskis, 1986, p. 98) (Figura3).

En relación con las aves, que es la iconografía de mayor presencia en la metalurgia de Costa Rica, consideraba que el motivo de las aves con las alas extendidas, pues “copia la postura de grandes pájaros parados en árboles, secando sus plumas tras una noche húmeda o una tormenta” (Snarskis, 1986, p. 99) (Figura 4). Por su parte, las aves características del sur de Costa Rica, con una iconografía más compleja, se relaciona con uniones simbólicas de los rasgos mitológicos de dos o más animales, cualidades que se atribuirían a personajes enmascarados que representan a “poderosos y multifacéticos personajes instruidos en las complejas dualidades” (*Ibid.*, p. 100).

Snarskis también retoma algunas de las interpretaciones hechas por Olga Linares y realizadas con objetos de oro de Panamá. Esta investigadora destaca la presencia de animales que representan peligro para el ser humano y que fueron incorporados como cualidades a ciertos personajes como los guerreros y los chamanes (Linares 1977, citado por Snarskis, 1986, p. 100).

De manera general, Snarskis consideraba que la producción de objetos de oro posterior al 800 d. C. era de manufactura local, y fue uno de los muchos medios utilizados por las élites para expresar la complejidad política y social de estas sociedades tardías, pero a su criterio el oro fue el material preferido por las élites. La verdadera comprensión de la dinámica de cambio establecida en la predominancia de un material sagrado y las creencias asociados con ellos, como es el caso del jade y del oro, a criterio de Snarskis solo podía ser entendida plenamente al realizar la investigación arqueológica y el análisis etnohistórico (Snarskis, 2003, p. 193).

El comentario anterior fue tomado de la última publicación que Snarskis hizo referente al tema de los objetos de oro. En los últimos años se han realizado acercamientos importantes desde la perspectiva etnohistórica, como los llevados a cabo por la Dra. Eugenia Ibarra (2000, 2003) y desde la investigación arqueológica; no obstante, a pesar de los avances alcanzados aún no se tiene la contextualización temporal de los objetos de oro tempranos que permita tener claridad acerca de la dinámica de traslape-reemplado del jade al oro. En relación con el período de producción local, aún falta caracterizar de mejor manera las sociedades productoras y consumidoras de objetos de oro. Ardua tarea nos dejó el profesor Snarskis.

El Proyecto Boruca 1980: Miguel Snarskis y el inicio de la Arqueología de Rescate en Costa Rica

Robert P. Drolet

Introducción

A finales de la década de 1970, el Instituto Costarricense de Electricidad (ICE) estudiaba la idea de construir una represa hidroeléctrica en la zona sur de Costa Rica, la cual se convertiría en la más grande del país y de América Central. Ante esto, Miguel Snarskis, jefe de investigaciones en el Museo Nacional de Costa Rica (MNCR), fue informado sobre el proyecto y la escala de las operaciones. Los planes iniciales identificaron la cuenca media del río Térraba como lugar del proyecto, el cual iba a inundar aproximadamente 300 km² de terreno. En ese momento era difícil calcular el impacto potencial de la represa en los recursos prehistóricos de la zona, debido a los pocos estudios realizados en el lugar destinado para el proyecto hidroeléctrico.

El señor Snarskis vio la oportunidad de involucrar al personal del MNCR; además, estableció contacto con arqueólogos de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), quienes prepararon un diseño de prospección controlada para localizar los sitios arqueológicos y evaluar el impacto de la construcción de la represa (Findlow *et al.*, 1981; Snarskis, 1981). En 1979, el señor Snarskis presentó al ICE el plan de prospección arqueológica con una propuesta para solicitar financiamiento. Un año después, en 1980, el ICE aprobó el estudio arqueológico como parte del Proyecto Boruca y otorgó fondos económicos. Esta aprobación marcó la primera instancia en la que una institución gubernamental acuerda financiar un rescate arqueológico, como parte de los planes de la construcción de la represa hidroeléctrica.

Snarskis fue contratado para dirigir los trabajos de campo como funcionario del ICE y del MNCR. El Proyecto Boruca incluyó fondos para el salario de un investigador principal, un asistente y los gastos para las operaciones de campo. En este sentido, en 1980 el Proyecto Boruca estableció un precedente para futuros rescates arqueológicos en el país, los cuales deberían ser financiados por las instituciones privadas y estatales. En 1980, Miguel Snarskis fue la primera persona que promovió y creó esta nueva etapa de arqueología en Costa Rica.

La Concepción del Proyecto Boruca

Una de las novedades con respecto al Proyecto Boruca en Costa Rica durante 1980 fue el enfoque arqueológico sobre una cuenca fluvial en vez de un solo sitio arqueológico. Esta perspectiva, junto con la prospección controlada, ofrecería información sobre la densidad y diversidad de los sitios arqueológicos dentro de una zona geográfica delimitada. Esta evidencia rendiría información sobre los patrones de asentamiento y los datos imposibles o difíciles de obtener en estudios basados en yacimientos individuales. Además, el proyecto, según se planeó, generaría evidencia sobre la evolución de grupos agrícolas ubicados en una cuenca principal de Costa Rica y del Istmo Centroamericano.

La investigación arqueológica tenía el objetivo de generar información sobre la cronología cultural en el Sur de Costa Rica. Esta incluiría la documentación de diferentes períodos cronológicos en relación con la ocupación y el uso de las zonas ecológicas en la cuenca media del río Térraba. Dos períodos culturales, Período II y Período III, se extendieron aproximadamente 2.000 años antes de la llegada de los españoles (Stone, 1977) en la región de Gran Chiriquí. El Diquís, que se extiende desde el Cerro de la Muerte hasta Palmar Sur representó una división principal en la región donde pocos estudios habían sido realizados antes de 1980, y donde esta cronología prehistórica antigua no había sido confirmada.

Los estudios arqueológicos realizados antes del inicio del Proyecto Boruca, aunque pocos y dispersos en el Diquís, dieron algunas indicaciones sobre lo que el proyecto podría encontrar; por ejemplo, los cementerios, asociados principalmente con el Período III (a. D. 1000-1550), eran comunes. Al respecto, los informes arqueológicos (Haberland, 1959; Stone, 1977) indicaron que los cementerios estaban ubicados en terrazas altas, algunos tenían rasgos especiales tales como calzadas, montículos, esferas de piedra y múltiples tumbas con ofrendas de cerámica y lítica, otros con objetos del oro, o con esculturas de piedra (Holmes, 1888; McCurdy, 1911). Dentro del área del estudio, habían sido reportados cementerios prehistóricos en varios

lugares, incluyendo Buenos Aires, Caracol y San Andrés (Haberland, 1959). Aunque existía una lista de artefactos diagnósticos del Período III (Lothrop, 1966; Haberland, 1976), eran desconocidos los sitios de habitación u otros tipos de asentamientos. La prospección arqueológica planeada en la cuenca media del río Térraba tenía el diseño ideal para facilitar la ubicación de no solo los cementerios tardíos, sino también de los asentamientos de habitación asociados con estos, de manera que, por primera vez, podría ser posible identificar áreas de habitación con distintos conjuntos de sitios en diferentes sectores de la cuenca media.

En comparación con la poca información arqueológica disponible sobre los sitios prehistóricos del Período III, era desconocido en 1980 si existía o no una ocupación formativa del Período II en la cuenca media del río Térraba, tal como se habían documentado en áreas cercanas, como San Vito de Java (Minelli y Minelli, 1966, 1973) y la provincia de Chiriquí en Panamá (Haberland, 1957, 1976; Linares and Ranere, 1980). Sitios asociados con este período temprano se ubicaron de manera dispersa en las tierras altas, las cuales tenían tamaños pequeños, y existían tanto yacimientos habitacionales con depósitos domésticos como centros más grandes con montículos y esculturas de piedra (Haberland, 1976). La zona de tierras altas que bordea las riberas del río Térraba en el Diquís representó el área más probable para identificar este complejo temprano en el Proyecto Boruca.

Otro aspecto contemplado del Proyecto Boruca era la oportunidad de documentar los sitios asociados con un cacicazgo del siglo XVI, lo de Coctú, ubicado en la cuenca media del río Térraba (Drolet, 1983; Ferrero 1985, 1986). Según las fuentes históricas, este grupo controló la cuenca interior del río Térraba, tenía un territorio asociado con múltiples aldeas ubicadas frente al río, mantenía extensos maizales y otros terrenos cultivados, y existían diversas industrias especiales en cerámica, lítica y oro (Lothrop, 1963). El Proyecto Boruca tenía la oportunidad de no solo localizar los sitios asociados con este grupo cacical histórico sino también de documentar su desarrollo prehistórico dentro de la zona del estudio.

A finales la década de 1970, Miguel Snarskis puso en marcha el plan de introducir una nueva etapa de arqueología en Costa Rica y América Central, y el Proyecto Boruca ofreció la oportunidad de hacerlo. Snarskis convenció al ICE de financiar el estudio arqueológico, lo cual representó un avance importante para la arqueología profesional en Costa Rica. Específicamente significó: a) el primer proyecto de rescate arqueológico financiado por una empresa gubernamental, b) la oportunidad de realizar una prospección arqueológica controlada de escala grande en el país, c) la oportunidad de combinar un proyecto de investigación con un rescate arqueológico y d) la oportunidad de generar los primeros datos arqueológicos sobre los patrones de asentamiento en el sur de Costa Rica (Drolet en prensa).

El diseño arqueológico del Proyecto Boruca

En 1980, a pesar de que los proyectos arqueológicos, en donde se empleaban métodos controlados de prospección, eran comunes en los Estados Unidos (Flannery, 1976) y en Panamá (Linares y Ranere, 1980), los arqueólogos en Costa Rica no habían realizado este tipo de investigación. El Proyecto Boruca cambió esta situación, pues el diseño usado consistió en “una prospección sistemática al azar” (Findlow *et al.*, 1981), la cual usaba cuadrantes, escogidos al azar, y distribuidos dentro de distintas zonas ecológicas. Para localizar los sitios arqueológicos dentro de cada cuadrante se emplearon transectos pedestres ubicados cada 10-15 metros y con una dirección cardinal. La prospección continuó hasta que el equipo de trabajo terminó el área del cuadrante. El equipo arqueológico debía orientarse por medio de brújulas y mapas topográficos. Otras técnicas usadas en la prospección incluyeron el mapeo de sitios, las pruebas de excavación y el análisis en el laboratorio de los artefactos recuperados. Durante ese tiempo las computadoras no estaban disponibles, y las notas, los dibujos y otros documentos del proyecto fueron producidos a mano. El equipo de campo preparó informes de investigación y al final del proyecto redactaron los informes finales (Drolet y Markens, 1980, 1981a, 1981b).

A pesar de los éxitos de financiamiento y apoyo institucional, existieron dificultades en la investigación arqueológica. Los cuadrantes de prospección parecían un tablero de ajedrez. Estos se extendieron sobre ambos lados del río Térraba que incluyeron las zonas ribereñas, tierras altas, y las sabanas en los sectores rurales. El acceso a los sitios arqueológicos era difícil por la falta de carreteras, puentes, y caminos. La mayoría de los terrenos estaban ubicados en ranchos, fincas, y propiedades privadas, los cuales requerían permiso de acceso. Cada cuadrante de prospección midió 1 km² y había 30 de ellos dispersos al azar sobre los 300 km² dentro del área del embalse. Una vez en el campo, las cuestas, quebradas, bosques cerrados, cafetales y barriales representaron sectores difíciles de penetrar, observar y documentar en comparación con las zonas sin obstrucciones. Ante esto, resultaba necesario eliminar ciertas zonas y seguir con transectos de prospección que se orientaron paralelo al relieve topográfico en vez de una línea recta cardinal. En fin, para el equipo arqueológico, siendo el autor y un asistente, la realización de este diseño de prospección era difícil y lenta, pero produjo resultados empíricamente válidos y arqueológicamente productivos.

La prospección arqueológica duró un año y resultó con el hallazgo de diversos sitios arqueológicos. Estos incluyeron algunos asociados con dos períodos culturales, a saber II y III. Además, evidenció una intensificación de ocupación agrícola desde el 500 a. C. hasta el siglo XVI, caracterizado por un aumento en el número de sitios, la aparición de industrias

especiales en cerámica, lítica y oro, y el establecimiento de territorios sociopolíticos. Al mismo tiempo, la evidencia recuperada indicó cambios dramáticos en los patrones de asentamiento y de subsistencia entre los dos períodos culturales (Drolet, 1984, 1986, 1988). Finalmente, los resultados del Proyecto Boruca fueron importantes y científicos, aunque limitados. En 1981, el MNCR decidió continuar las investigaciones en el Diquís, dirigidas por el autor como empleado del MNCR. Así, al renombrarse el proyecto como Térraba-Coto Brus, las labores de campo continuaron durante la década de 1980, empleando las mismas metas y técnicas establecidas al inicio del Proyecto Boruca (Drolet y Siles, 1988).

La contribución del Proyecto Boruca

El mayor beneficio asociado con el Proyecto Boruca en 1980 fue la conexión universitaria, pues estudiantes de la Universidad de Costa Rica (UCR) y la Universidad Nacional (UNA) tuvieron la oportunidad de aprender sobre el proyecto por medio de clases, en las cuales los profesores discutían temas sobre las metas y técnicas usadas en la investigación. Había giras al campo para visitar el proyecto, donde aún algunos estudiantes participaron en las operaciones de prospección y análisis de laboratorio. Miguel Snarskis promovió fuertemente este eslabón profesional entre las universidades y el MNCR en la década de 1980, y estos esfuerzos formaron relaciones constructivas entre los arqueólogos costarricenses, y presentaron oportunidades para los estudiantes. Cuando comenzó, el Proyecto Boruca elevó tópicos académicos y profesionales nuevos en el país que reflejaron nuevas prácticas y marcos teóricos sobre la arqueología moderna.

La educación del público sobre los métodos, el trabajo y las perspectivas de la arqueología científica jugó otro papel importante en el Proyecto Boruca. El huaquerismo en las décadas de 1970 y 1980 en Costa Rica y en otros países centroamericanos representó una actividad intensa y destructiva en la región. Ante esto, el equipo arqueológico ofreció charlas con diapositivas en comunidades rurales para explicar la investigación, los objetivos y los resultados del estudio Boruca. Durante las operaciones de campo después de 1981, este programa de educación pública aumentó significativamente y creó confianza y apoyo en las comunidades.

Es importante mencionar que en 1980 el Proyecto Boruca no representó un estudio arqueológico aislado, ya que algunos arqueólogos panameños realizaron prospecciones sistemáticas y excavaciones controladas en Chiriquí (Linares and Ranere, 1980), bordeando el Diquís, y en las provincias centrales al terminar la década de 1970 (Cooke, 1984). Bajo la supervisión

de Miguel Snarskis, los arqueólogos del MNCR llevaron a cabo proyectos de investigación en la Meseta Central y la Vertiente Atlántica (Snarskis, 1981, 1984) usando nuevas técnicas, tales como prospecciones sistemáticas y excavaciones horizontales; en Nicoya, por su parte, semejantes proyectos de investigación estaban en marcha (Lange *et al.*, 1992). Estos proyectos, paralelos al Proyecto Boruca en el sur de Costa Rica, involucraban estudiantes y arqueólogos jóvenes costarricenses que serían los futuros profesionales en el país.

Durante este período, Snarskis ayudó a los mismos jóvenes en sus programas académicos, publicaciones y ponencias en conferencias profesionales, así como en conferencias internacionales, libros y artículos tanto en inglés como español, Snarskis diseminó la nueva evidencia arqueológica sobre los diferentes proyectos, las polémicas regionales, la cronología cultural y la complejidad de la arqueología de Costa Rica.

De igual importancia, el modelo creado en 1980 para el estudio arqueológico del Proyecto Boruca tenía un mayor impacto en el desarrollo y el establecimiento de las leyes nacionales dando protección a los sitios y los recursos arqueológicos. Entre 1982 y 1995 la Ley del Patrimonio Arqueológico, la Ley Orgánica del Ambiente y la Comisión Arqueológica Nacional requerían que empresas privadas financiaran los estudios sobre los impactos ambientales y las evaluaciones de sitios arqueológicos en zonas de construcción y desarrollo (Corrales y Hoopes, 2000).

El Proyecto Boruca representó un componente de un plan más grande dirigido por Miguel Snarskis en sus esfuerzos por establecer la arqueología científica en Costa Rica. Tenía resistencia y atrasos, pero convenció tanto a los estudiantes y arqueólogos nacionales como a los arqueólogos en el exterior de que los proyectos y los resultados eran productivos. Él y sus compañeros en el MNCR y la UCR formaron un grupo unido en el desarrollo contra el huaquerismo, en el establecimiento de las leyes de protección patrimonial y en la generación de una nueva arqueología en el país que comenzó en 1980 junto con el Proyecto Boruca y otras investigaciones arqueológicas puestas en marcha en el mismo tiempo principalmente por Snarskis y sus estudiantes ticos.

La labor docente de Michael J. Snarskis y su contribución a la formación de profesionales en la arqueología costarricense

Floria Arrea Siermann

Introducción

En este ensayo se mencionan algunos datos biográficos del Dr. Michael J. Snarskis, con el fin de ubicarlo en el entorno académico en donde se desempeñó como arqueólogo. Además, se contextualizan algunos elementos de la historia de la arqueología costarricense y del desarrollo de la enseñanza de esta disciplina, tanto en la Universidad de Costa Rica (UCR) como en el Museo Nacional (MNCR). A partir de ahí, se espera llegar al contexto histórico donde se contrata a los primeros profesionales en arqueología en el país, tanto nacionales como extranjeros, entre estos el Dr. Snarskis. Se trata, específicamente, el papel de Snarskis en la formación de profesionales en arqueología en Costa Rica. Posteriormente, se hace un recuento de algunos de los cursos que él dictó en la UCR, así como las tesis y temas que presentaron sus estudiantes.

Trayectoria del Dr. Michael Snarskis

Michael Snarskis llega a Costa Rica en 1968 como voluntario del cuerpo de paz donde estuvo dos años en la comunidad de Guácimo de Limón. No dudamos que durante ese tiempo en sus caminatas por esa comunidad o a lo largo de la línea del ferrocarril que pasaba por este lugar, observara sitios arqueológicos que le llamaron poderosamente la atención, lo cual quizás lo llevó a conocer algunas colecciones de particulares de la zona, experiencia que desarrolló en él un interés especial y la vocación de ser arqueólogo.

Al regresar a Estados Unidos en 1970, hace el trámite para realizar estudios de doctorado en la Universidad de Columbia en Nueva York, en donde es aceptado. En esta universidad tendrá como profesores al Dr. Edward Lanning, a la Dra. Shirley Gorenstein, al Dr. Ralph Solecki y al Dr. Frank Findlow, además de compartir tiempo y recomendaciones con los doctores Gordon Ekholm, Junius Bird y Craig Morris del Museo de Historia Natural de Nueva York.

En 1973 regresa a Costa Rica a realizar el trabajo de campo para su tesis doctoral, iniciando las primeras excavaciones estratigráficas a lo largo de la región atlántica central, investigaciones que financia inicialmente mediante una beca del Instituto Latinoamericano de la Universidad de Columbia en Nueva York.

El siguiente año obtiene su maestría en Columbia y es contratado por el Museo Nacional de Costa Rica, en una época en que se dan ciertas circunstancias especiales, entre ellas: el Museo pasa en 1971 de ser una dependencia del Ministerio de Educación a una del Ministerio de Cultura Juventud y Deportes, se vuelve a crear la plaza de director del Museo Nacional, que será asumida por el biólogo Luis Diego Gómez; a esto se agrega que en esa época asume la jefatura del Departamento de Antropología e Historia don Héctor Gamboa, quien era un museógrafo con estudios en México y que había sido entrenado en arqueología por Doris Stone. En ese momento tanto Gamboa como Gómez se interesaron por contar con investigadores preparados en las distintas dependencias del Museo, es así como se contratan estudiantes de arqueología avanzados de la Universidad de Costa Rica, así como la asesoría de arqueólogos extranjeros como Michael J Snarskis, Frederick W. Lange, y el escritor y etnohistoriador Luis Ferrero; este último también era parte de la Junta Administrativa del Museo Nacional (Herrera, 1994; Ferrero, 2000).

Es importante señalar que, como lo expresó la arqueóloga Aida Blanco, en el Conversatorio sobre Michael Snarskis, celebrado en la Universidad de Costa Rica, el 13 de Agosto del 2011: “En ese momento el Museo se sumergía en un proceso de apertura del pasado precolombino dejando atrás la simple descripción de objetos y la especulación para así dar paso a la explicación científica”.

En el caso de Snarskis, como él mismo lo comenta, fue contratado con “los deberes específicos de entrenar estudiantes costarricenses, empezar un programa de investigación en arqueología y fundar la revista profesional Vínculos”. Es así que como parte de esas tareas Snarskis “dirigió varios proyectos de excavación en el Valle de Turrialba, San Carlos, y la Línea Vieja” y menciona que “colaboraron en estos proyectos como jefes de campo los arqueólogos C. Enrique Herra, Ricardo Vázquez, Silvia Salgado, Juan Vicente Guerrero, Aida Blanco,

Maritza Gutiérrez, Ricardo Agurcia, John Hoopes, Anne Peters, Robert Markens, Carlos Valldeperas, Carmen Murillo, Marcella Crump y el entonces jefe administrativo del Departamento de Antropología e Historia, Héctor Gamboa P.; además de varios estudiantes de la Universidad de Costa Rica” (Snarskis, 1983, p. 6).

En esas tareas Snarskis es responsable de dirigir y supervisar los proyectos de excavación y el análisis de laboratorio, así como de contratar y entrenar estudiantes costarricenses de arqueología para trabajar en dicho museo y dirigir el programa de investigaciones en la vertiente Atlántica (Ferrero, 2000).

En esa misma época Frederick Lange otro arqueólogo norteamericano, se incorpora al personal técnico del Museo Nacional de Costa Rica como director de las investigaciones arqueológicas en Guanacaste. Lange ya tenía varios años trabajando intensamente en San Dimas, Río Sapoa, Bahía de Salinas, Playa Panamá, Bahía Culebra y Valle de Nosara como jefe de labor de campo para ACM (Associated Colleges of the Midwest), en el Museo Nacional será el director de las investigaciones arqueológicas en Guanacaste; tendrá la tarea de entrenar a los estudiantes costarricenses que trabajaban en esa entidad en la arqueología de esa región (Ferrero, 2000, p. 438).

En 1978 Snarskis defendió su Tesis doctoral, la cual es el resultado de un trabajo de campo extensivo y la presentación de la secuencia cerámica de la región Atlántica de Costa Rica que se mantiene como un punto de partida para las investigaciones del área. Si bien los principales aportes de este investigador fueron en el análisis cerámico al estudiar incluso los complejos más tempranos, no descuida la investigación de patrones de asentamiento, o la interpretación iconográfica en oro y jade. En cuanto a la metodología de campo, su trabajo incluyó recolecciones de superficie, calas estratigráficas y excavaciones horizontales. Esto le permitió no solo establecer una síntesis de la arqueología de la parte central de la Vertiente Atlántica, sino esclarecer los micropatrones de asentamiento, al estudiar los basamentos de casas y estructuras o rasgos asociados a estos, así como su relación con las diferentes actividades dentro de las distintas aldeas estudiadas (Snarskis, 1983, p. 5).

De Snarskis podemos decir que fue el arqueólogo extranjero y estadounidense que más tiempo permaneció en nuestro país, ya que a partir de sus estudios doctorales radicó el resto de su vida aquí y, como lo indica Corrales (2011), su único trabajo arqueológico fuera de nuestro territorio lo hizo en 1972 en Acámbaro de Guanajuato, México.

De 1976 a 1986, de manera continua y en dos ocasiones y en el 2004 y el 2006, trabajará como docente de la Universidad de Costa Rica, en condición de profesor interino y visitante, aspecto que se retomará más adelante.

Para completar sus datos biográficos y laborales indicamos que Snarskis sale del Museo Nacional en 1982, al no ser recontratado como director de las investigaciones arqueológicas. Esto lo han visto sus colegas de diferentes formas; por ejemplo, Aida Blanco en el evento antes señalado, dice que en ese año si bien se aprueba la ley de Patrimonio Arqueológico 6703, se dieron “vacas flacas en el Museo pues había crisis en el país y en la vida de Miguel [por eso] no se le renueva el contrato de trabajo”. Sin embargo, dadas las tareas para las que él había sido empleado se puede inferir que en ese año, ya las había cumplido: estableció la Revista *Vínculos* con un alto nivel científico, que ya en ese momento la dirigían otras personas, entrenó estudiantes nacionales de arqueología, que ya dirigían proyectos importantes y, sobre todo, en ese año se empezaron a graduar como arqueólogos profesionales algunos de los asistentes de arqueología; citemos en este caso a Ricardo Vázquez graduado como Licenciado en Antropología con énfasis en Arqueología en 1982.

Es importante resumir los conocimientos adquiridos por esos primeros arqueólogos del Museo Nacional entrenados por Michael Snarskis y Frederick Lange. Además, participó en sitios y análisis de laboratorio de la Región Atlántica y de otras partes del país, tales como La Montaña, Repasto, Severo Ledesma, Chaparrón de San Carlos, Numancia, La Zoila, Finca Guardiría, Finca Patricia, La Cabaña, Nájera, La Fábrica y Cenada (Ferrero, 2000, p. 451).

En 1986 cambia sus labores docentes en la Universidad de Costa Rica para ser contratado como editor en el Servicio Editorial del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) con tareas específicas, según comenta María Eugenia Bozzoli en este número.

De Snarskis se destacan sus dotes de escritor con publicaciones, en inglés y en español, sobre cerámica, pero también sobre orfebrería, lítica y estatuaria; además, presentó cerca de un centenar de ponencias académicas y otras conferencias en diversos países, y concedió numerosas entrevistas en radio y televisión.

Por otra parte, Snarskis publica varias síntesis de la arqueología de Costa Rica y propuso modelos de cambio cultural en los que discutía las relaciones de los grupos precolombinos de este territorio con Mesoamérica y Suramérica. Además, Miguel fue parte del comité que organizó la exhibición internacional *Between Continents / Between Seas: Precolumbian Art of Costa Rica*, la cual recorrió los Estados Unidos a principios de la década de 1980, a esta se refiere Silvia Salgado en este número; se debe agregar que participó en los primeros guiones del Museo de Jade José Fidel Tristán y del Museo del Oro del Banco Central, ambos en Costa Rica.

Uno de sus intereses fue el divulgar la arqueología a un público más amplio, por lo que escribió una columna sobre esa materia para el Tico Times. Cabe destacar que los resultados

de sus investigaciones eran cubiertos por reporteros del suplemento *Áncora* de *La Nación*, la revista *Troquel*, *La República*, la *Prensa Libre* y el *San José News* (Ferrero, 2000).

Snarskis fue un persistente buscador de fondos para la investigación y para lograr sus metas académicas. Consiguió varias becas que le permitieron terminar sus estudios, y financiamiento para investigaciones entre las que se destaca una generosa donación del presidente Daniel Oduber para un proyecto de investigación a ambos lados de la cordillera de Guanacaste (Corrales, 2011).

No se queda atrás a los tiempos actuales al crear su página web (<http://archaeocostarica.com> y <http://www.arqueocostarica.net/articles.htm>), donde publica diferentes artículos para el público en general sobre la arqueología de Costa Rica, los cuales siguen vigentes para su consulta en la red como parte de la Tayutic Foundation, donde tenemos una síntesis de la arqueología de Costa Rica.

En sus últimos años realizó diversos trabajos como consultor independiente en arqueología, citándose sus trabajos en el CATIE, lo que permitió que tres estudiantes de la carrera de Antropología aprobaran su curso de Práctica de Investigación en Arqueología AS-1118. También organizaba recorridos a sitios arqueológicos como Guayabo de Turrialba, La Cabaña y otros más. Publicó en la *Costa Rica Oudors Magazine* 18 artículos, como comenta Bozzoli en este número.

Labores de docencia del Dr. Snarskis

Para entender el contexto en donde se inician las labores docentes del Dr. Snarskis, partimos de que en junio de 1977 habían surgido los departamentos de Antropología y Sociología en la Escuela de Antropología y Sociología. En el caso del primero, este constaría de dos secciones: Arqueología y Antropología, y se otorgarían los títulos de Bachillerato en Antropología, Licenciatura en Antropología y Licenciatura en Antropología con Énfasis en Arqueología. Ese año el programa de cursos se modificó y se incorporan cursos teóricos, métodos y prácticas de investigación, que se debían adecuar a los cambios de la disciplina y a los lineamientos teóricos de moda en esa época.

Es así como a partir de esa época se incorporan como profesores interinos los arqueólogos norteamericanos Michael Snarskis, Robert Drolet y Frederick Lange, así como el peruano Luis Hurtado de Mendoza y la argentina Josefina Piana, quienes reforzarían los cursos de la disciplina y los últimos avances y desarrollos teóricos y metodológicos que favorecían el desarrollo de la Antropología dentro de la Academia (Bolaños, 1993; Ibarra, 2010).

Las labores docentes de Snarskis se enmarcan, entonces, en el período que se da a partir de la segunda mitad de los años setenta, cuando es contratado por la Escuela de Antropología y Sociología en el periodo que va de 1977 a 1983, con el fin de reforzar la docencia en Arqueología siendo parte del cuerpo de profesores que formaron a la primera y segunda generación de arqueólogos nacionales.

En esta época este cuerpo de profesores, que si bien tenían una base de teorías normativas o histórico-culturales, tomaban en cuenta los postulados de la Ecología Cultural de Julian Steward, la Ecología Cultural de Betty Meggers y el Evolucionismo Cultural de Elman Service y Morton Fried. Era la época cuando se empezó a dar importancia a los trabajos interdisciplinarios y el uso de tecnologías avanzadas, así como a los conceptos de micro y macro patrones de asentamiento, explotación de recursos, nichos ecológicos, desarrollo sociocultural de las sociedades antiguas y surgimiento de las sociedades cacicales además del establecimiento de secuencias cronológicas culturales donde aún no se habían establecido. Se da con esto una arqueología que sobrepasa la descripción de objetos, donde se busca una explicación de los hechos del pasado (Arias y Bolaños, 1983; Ferrero, 2000).

Estas nuevas ideas fueron muy importantes y su introducción en la arqueología nacional se convirtió en resultado tanto de la figura de Miguel Snarskis, como del conjunto de personajes que se mencionaron anteriormente, y las que Snarskis compartía producto de sus recientes estudios en la Universidad de Columbia. De Snarskis se puede decir que gran parte de su trabajo se enmarcó en teorías histórico-culturales, aunque no era ajeno a la ecología cultural o a los postulados de la Nueva Arqueología, con lo cual transmitía estos conocimientos en sus cursos de Teoría y Métodos en Arqueología Contemporánea, Técnicas Analíticas de Laboratorio y Métodos de Campo.

Es importante destacar que además de su papel docente, asumió el de asesor de trabajos finales de graduación de un buen número de estudiantes, estimulándolos a estudiar temas necesarios para la arqueología nacional, entre los que se citan patrones funerarios tanto en la región central como en Guanacaste, secuencias culturales, análisis líticos, explotación de recursos, agricultura y sociedades tempranas, métodos avanzados en análisis osteológicos, extracción de sal, entre otros; es así como Corrales afirma que durante el periodo de 1981-1990 dirigió 9 de 12 tesis de licenciatura presentadas, y en las tres restantes se contó con su ayuda en el análisis de laboratorio, influyendo, por tanto, de manera decisiva en la primera generación de arqueólogos graduada en nuestro país (Corrales, 2011). Además menciona que Snarskis participa en otro comité de tesis en el año 2000. Snarskis no solo participa de la docencia con estudiantes costarricenses; en 1983 al salir de Museo Nacional trabaja de profesor de tiempo parcial para la Universidad de Florida State, en Costa Rica.

De 1984 a 1986 es contratado como profesor visitante de la Universidad de Costa Rica en una plaza interina de tiempo completo. En su trayectoria docente, Snarskis impartió los cursos de técnicas de excavación; teorías de clasificación artefactual y métodos de laboratorio. Participó en algunos de los trabajos de campo que se desarrollaban en la Sección de Arqueología, y acompañó a un número elevado de tésarios de quienes era tutor. Además, dirigió el primer seminario de graduación de la Licenciatura en Antropología con Énfasis en Arqueología titulado "Análisis de la Lítica Lasqueada del Sitio 9-FG-T en Turrialba", con el que se graduaron 4 estudiantes (Mirna Rojas Garro, Eduardo Castillo Ortiz, Dalia Castillo Campos y Carlos Vadeperas Acosta). Asimismo, participó en el proyecto Pesa Vieja y dirigió la excavación de una de las 3 calas estratigráficas de la Operación 11 en Guayabo de Turrialba, la cual mostraba un contexto similar al sitio la Montaña; sin embargo, este material nunca se analizó en su totalidad, pero era un proyecto que estuvo siempre presente, pero no pudo concluir.

Luego de esa experiencia será profesor interino de la Universidad en dos ocasiones más en junio-julio del 2004 supervisando una práctica del curso AS-1118 Práctica de campo en Arqueología, en el CATIE.

En el segundo semestre del 2006 es contratado como profesor visitante en el programa de la maestría en Antropología en la primera promoción, impartiendo el curso de Técnicas Analíticas en Arqueología, siendo este el final de su participación docente en la Universidad de Costa Rica. Así Corrales en el segmento de Áncora de *La Nación* nos dice que "La mejor manera de aprender con Miguel ocurría en las sesiones de laboratorio, cuando él desplegaba su vasto conocimiento de la arqueología costarricense. Poseía una memoria fotográfica pues recordaba materiales similares excavados años atrás y los relacionaba con los que estaba analizando" (Corrales, 2011). Aida Blanco nos dice "Su método de enseñanza era aprender haciendo, tenía la capacidad de guiar el trabajo y dejar libertad para actuar mostrando su aprobación sin mezquindad" (Blanco, 2011). Que sus estudios fueron historicistas ya que el mismo nos dice cuando menciona que las investigaciones realizadas en la Vertiente Atlántica, se "ubicaban en el Período Clasificador Histórico porque aún no se había dado el salto de buscar el cómo y el por qué de los fenómenos prehistóricos en vez de donde y él cuando" (Snarskis, 1983, p. 6). De allí que estimulara a sus alumnos a tratar nuevos temas con diferentes perspectivas, sobrepasar esos esquemas teóricos y dar ese salto teórico.

En conclusión, podemos decir que Miguel contribuyó a fortalecer una arqueología en la cual se estudiaron temas que no habían sido tratados, mediante novedosos esquemas metodológicos que inspiraron a sus alumnos. Sus estudios en la Vertiente Atlántica fueron historicistas aunque tuviera la intención de trascender los ya expuestos por otros de tipo ecologista o

procesualista, ya que como él mismo nos dice las investigaciones realizadas en la Vertiente Atlántica, las cuales se “ubicaban en el Período Clasificador Histórico porque aún no se había dado el salto de buscar el cómo y el por qué de los fenómenos prehistóricos en vez donde y él cuando” (Snarskis, 1983, p. 6). De allí que estimulara a sus alumnos a tratar nuevos temas y con diferentes perspectivas y a sobrepasar esos esquemas teóricos.

Por último, hay que reconocerle su interés en la divulgación de sus investigaciones, prueba de ello es su inmensa producción, aunque, hasta cierto punto, estaba dirigida principalmente a públicos selectos ya fueran estos académicos o nacionales, faltando quizás en sus obras la intención de elaborar síntesis de nuestra historia precolombina que se divulgaran a la población nacional.

En todo caso, agradecemos a Snarskis por haber sido uno de los arqueólogos que formó a las primeras generaciones de profesionales que ayudaron a dar un salto en la arqueología costarricense, para que llegara a consolidarse como la disciplina académica y profesional que hoy es.

La etnohistoria en la labor investigativa de Michael J. Snarskis

Eugenia Ibarra Rojas

Introducción

A partir del simposio, *Contribuciones del Dr. Michael J. Snarskis a la arqueología costarricense*, resulta oportuno realizar una breve reflexión acerca de la etnohistoria en Costa Rica, con énfasis en el trabajo conjunto de la Historia y de la Antropología. Se tratará de comentarios, pensamientos, dudas e interrogantes que se presentan en el transcurso de las investigaciones etnohistóricas. Estas palabras están destinadas especialmente a los estudiantes interesados en conocer más acerca de la etnohistoria, de los quehaceres del historiador y del antropólogo en su práctica. Está claro que ambos especialistas pueden encontrarse de manera fructífera en amplios campos y problemas de investigación. Hacer etnohistoria, como la vamos a entender aquí, es historiar los procesos humanos en los que se vieron inmersos los antiguos pobladores centroamericanos en un espacio determinado y en un tiempo específico. Los actores, el espacio y el tiempo condicionarán los resultados de los procesos que deben ser descubiertos y reconstruidos. Son las reflexiones teóricas y las herramientas conceptuales las que permitirán acercarse a la propuesta de explicaciones.

En una investigación etnohistórica, en primer lugar, se debe partir de preguntas de investigación, claramente formuladas. De ahí se van a desgranar, uno a uno, los cuestionamientos que se harán a los documentos, y una o varias interrogantes guiarán al investigador hacia la localización de los materiales adecuados para su estudio. Las fuentes documentales son escritas, primarias y secundarias. Las primarias se conforman de documentos, transcripciones

y fuentes impresas. Las secundarias incluyen obras de carácter general, específico, tesis de grado y artículos. Se encuentran en archivos y bibliotecas y requieren de una esmerada dedicación en su lectura y comprensión. Además, se debe conocer cuáles fueron los objetivos de su creación, así como quién las escribió. Esto contribuye a aplicar criticidad a la fuente, la que conduce al contraste y a la verificación de la información, una y otra, y otra vez.

Para conocer la historia antigua anterior a la llegada de los europeos, es necesario indagar en “la mochila” del historiador, de donde se extraerán las herramientas adecuadas para proceder, rigurosamente, a localizar, estudiar, analizar y explicar esa información documental proveniente de fuentes que, como cofres cerrados, contienen semioculta la vida indígena. Es un claroscuro que se debe iluminar de la mano del tiempo, el espacio y la sociedad, fielmente respetados.

En las fuentes documentales, de distinto origen, el panorama de la vida indígena ahí resguardado se ve fragmentado, desdibujado, en los primeros análisis que se dan a un documento del siglo XVI o posterior. La intención de quien lo relató pudo haber sido la de describir el espacio, la naturaleza, las personas, la guerra o los posibles recursos explotables, como el oro. Las crónicas o narraciones específicas son de carácter descriptivo, dejados por hombres cuya responsabilidad era esa: describir, narrar, relatar, como Gonzalo Fernández de Oviedo, documentación que brinda una información más elaborada en la que pueden distinguirse actividades humanas específicas. Así, de datos sueltos y de acciones provenientes de muchas fuentes distintas, el etnohistoriador va conociendo los pueblos indígenas antiguos, comienza a visualizar, a reconstruir. Se le va haciendo posible percibir cambios sociales y, más adelante es capaz de hilvanar procesos. Por su parte, la lectura atenta de un documento, realizada muchas veces, abre posibilidades de interpretación a la vez que brinda nuevos datos que no se vieron en una primera lectura que se haga de la fuente. Debe reconstruirse el contexto histórico, que más que un telón de fondo, brinda el nicho en el que se encuentran inmersas las actividades humanas históricamente enlazadas.

El camino de la etnohistoria sale del archivo y de la biblioteca al campo, donde el etnohistoriador puede conocer el espacio en donde vivieron antiguos habitantes o en el que ocurrieron hechos históricos de sumo interés. De la mano de la Antropología, buscará habitantes actuales, preguntará y se relacionará con ellos; en fin, el antropólogo investiga. Puede encontrar hilos conductores con el pasado que desea conocer; así como solicitar historias antiguas, preguntar por antiguas tradiciones o vocablos, y localizar narraciones, orales o escritas, que enriquezcan su trabajo.

La etnohistoria a la que se refieren estas páginas es la que va pegadita al último periodo arqueológico, el más cercano a la conquista española. Entre dos tiempos históricos, el español y el indígena, a veces se mete en la arqueología, y en otras se cuela hacia periodos de la historia colonial, en su afán por buscar, reconstruir y explicar. Se mueve, sin lugar a dudas, entre distintas sociedades con historias diferentes, ayudada por otras disciplinas. Entre las más útiles se encuentra la geografía, sobre todo la cartografía antigua y reciente, pero también resulta fundamental conocer las relaciones de los seres humanos con su entorno, en distintos aspectos. La lingüística es mano derecha del etnohistoriador, así como también los estudios alrededor de la genética de poblaciones.

El hecho de extraer la información requiere del conocimiento de los mayores procesos políticos del expansionismo europeo en América Central en distintos momentos. Estos conforman el contexto que acuna a los documentos, el que prevalecía cuando estos fueron escritos. Al respecto, el etnohistoriador debe empaparse de las motivaciones y del desarrollo del descubrimiento, conquista y colonización para las zonas centroamericanas de colonización españolas. Para las áreas de ocupación inglesa, como Honduras y Nicaragua, de ocupación escocesa, como Panamá, debe familiarizarse con los movimientos expansionistas europeos de la época. Bajo estos contextos se puede rescatar las sociedades indígenas, y del estudio de esos contextos y del de las sociedades indígenas se perfila la Centroamérica indígena de siglos anteriores.

Hace varias décadas se miraba, con énfasis, hacia África y Oceanía en la búsqueda de comparaciones y explicaciones. Actualmente, con esos mismos objetivos pero con novedosas preguntas, miramos, a la vez, hacia otras sociedades caribeñas, del norte, centro y sur de América. En el presente existen resultados novedosos e importantes de investigaciones sobre culturas del pasado, que habitaron esos territorios, lo cual permite comparar a sus sociedades indígenas y sus devenires, con las centroamericanas antiguas.

Así, los resultados de la etnohistoria de las islas del Caribe, de otras áreas centroamericanas como de Honduras, del Pacífico y del Caribe de Nicaragua, de Panamá, de Colombia, de Venezuela y de Brasil, resultan de enorme utilidad para reconocer las dinámicas sociales de los habitantes antiguos centroamericanos, en general. Ya no es posible separar espacios, economías y sociedades con fronteras políticas actuales, pues los resultados e investigación de las últimas décadas demuestran la importancia de planificar y asumir proyectos con una perspectiva regional.

Se ha logrado observar, con respecto a la relación entre etnohistoria y arqueología, que, a veces, la etnohistoria puede marchar más rápidamente que la arqueología. Esto obedece,

en parte, a las metodologías empleadas por ambas áreas, ya que una es más lenta que la otra; también, la abundancia de la información documental disponible contrasta con la arqueológica. Muchas veces ocurre que allá donde el etnohistoriador descubre en una fuente documental la mención de una ruta, de un camino, de una edificación que fue y desapareció, el arqueólogo no ha logrado aun investigar lo mismo. En estos casos, las hipótesis de la etnohistoria quedan para más adelante. De una manera personal he de comentar que nada emociona y gratifica más que localizar algo de lo anterior en los documentos, llegar a discutirlo con los arqueólogos, revisar mapas, ver materiales, comparar ¡y encontrar que se complementa con el récord arqueológico!

La etnohistoria es, sin duda, un campo de estudio interdisciplinario por excelencia. Su razón de ser y sus metodologías son hijas, pues, de la Historia y de la Antropología. Así la entendió Michael J. Snarskis, como lo demostraremos a continuación.

El papel de la etnohistoria en el trabajo de Michael J. Snarskis

La obra de Snarskis es abundante, rica en temas diversos, entretenida y bien escrita; pero sobre todo, nos ha dejado un importante legado. Ante esto, he seleccionado cuatro artículos en los que analizaré el lugar que dio a la etnohistoria en sus investigaciones de arqueología. Los años que escogí tratan de ser representativos de diversos momentos de su carrera académica, a saber 1981, 1985, 2002 y el año 2003.

Los artículos seleccionados son los siguientes:

- 1- The Archaeology of Costa Rica, en *Between Continents and Between Seas. Ancient Art of Costa Rica*. New York: Harry N. Abrams Inc., 1981.
- 2- Comentarios sobre el intercambio entre la Gran Nicoya, la Vertiente Atlántica y el Valle Central de Costa Rica en periodos precolombinos e históricos. *Vínculos* 11 (1-2): 57-66, 1985. (En coautoría con quien esto escribe).
- 3- Nicaragua, Costa Rica y Panamá: interacción cultural. *Artes de los pueblos precolombinos de América Central*. Barcelona: Museu Barbier-Mueller Art Precolombi, 2002.
- 4- From Jade to Gold in Costa Rica: How, Why and When. *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama and Colombia*. Jeffrey Quilter and John Hoopes, editors. Dumbarton Oaks: Washington D. C., 2003.

El primer artículo de 1981 presenta una síntesis de la arqueología de Costa Rica como se aceptaba y visualizaba en esa década. Además, se ajusta a las áreas en las que se dividía el territorio con criterios arqueológicos; a saber, zona arqueológica Guanacaste-Nicoya, zona arqueológica Valle Central-vertiente Atlántica y zona arqueológica Diquís. Adopta la “nueva periodización centroamericana” (Lange y Stone, 1984) que va del Periodo I al VI. Por ahora, esbozaré unas palabras a favor de esa cronología, desde la perspectiva de la Historia, pues constituye una manera de organizar espacial y temporalmente las actividades sociopolíticas y económicas de las sociedades antiguas centroamericanas. Al mismo tiempo, representa una síntesis gruesa que permite alcances regionales. Desde una perspectiva histórica se puede afinar y enriquecer con informaciones más locales y precisas, lo que posibilita localizar especificidades. Fue así como Miguel entretejió ahí las fases arqueológicas del Valle Central y de la Vertiente Atlántica.

Asimismo, analiza cada zona arqueológica de Costa Rica siguiendo esa periodización, la que le permite ampliar sus horizontes comparativos y explicativos. Así, lo vemos constantemente saltar a áreas mesoamericanas, a Guatemala, a Honduras, a Panamá y a Colombia, en busca de ejemplos, de similitudes, de puntos de partida o de llegada.

Al finalizar las secciones vuelve su mirada hacia las fuentes documentales y se vale de algunas descripciones para entender mejor los resultados de las excavaciones, por ejemplo el uso de las plazas en periodos tardíos. Ya ha leído las fuentes que hablan sobre la gente de Nicaragua y de Nicoya, pero igual se nutre de información documental para entender los montículos de La Cabaña y, con base en la descripción que da el fraile Agustín de Zevallos en 1610, propone que palenque mayor era seguramente la vivienda del cacique principal y el de menor tamaño sería la habitación de las varias mujeres de este. En síntesis, la etnohistoria en este artículo apenas se asoma, pero el autor es consciente de su importancia para sus interpretaciones y propuestas hipotéticas.

Por su parte, en el segundo artículo seleccionado, el del año 1985, Snarskis solicitó colaboración a la autora, como coautora de uno de los artículos más importantes en el tema del intercambio de bienes. Si lo menciono de esa manera es porque el solo hecho de presentar un artículo como ese, de la forma en que él lo pensó y estructuró, demuestra, por lo menos, dos cosas: primero, el papel de la etnohistoria es fundamental para reconstruir las múltiples facetas del intercambio y, segundo, Snarskis lo sabía y no dudó en incorporar la información en su trabajo.

No hay duda de que uno de los aspectos más importantes que se logra con el análisis de los documentos es el de la existencia de determinados recursos, y la localización y la

reconstrucción de las rutas, fluviales, marítimas y terrestres; de esto modo, en este artículo lo anterior resulta evidente. Los conquistadores necesitaban saber de qué recursos se podrían valer para múltiples fines, sobre todo económicos, pero también debían conocer por dónde caminar, por dónde pasar los caballos, cuánta distancia había entre un pueblo y otro, al mar Caribe o al Pacífico, entre otros. Por lo tanto, conocer el territorio requería caminarlo, andarlo; navegar los ríos demandaba saber no solo cómo hacerlo (si en bergantín, en barca grande o en canoas indígenas), sino hacia dónde navegar. Ambas cosas las hicieron los españoles, pero la mayoría de las veces con la guía de los indígenas, pues para saber por dónde iban las rutas fluviales, las terrestres y las marítimas llevaban un intérprete o varios, quienes habían sido capturados a veces con suficiente antelación con el fin de llegar a entenderse un poco con él o ellos. Además, los intérpretes servían a veces de guías, explicaban rasgos geográficos, peligros y describían el paisaje a los conquistadores. Entre más se profundiza en el estudio de los documentos, más evidente se hace lo que se acaba de afirmar. Esto está en las fuentes documentales, y Snarskis también lo aprovechó.

El germen de este artículo de 1985 fue un desacuerdo con Frederick W. Lange en cuanto a algunas hipótesis presentadas por este con respecto a la presencia de cerámica nicoyana en el Valle Central. Tras la búsqueda de afianzar sus argumentos, Miguel consultó a don Carlos Meléndez sobre la hipótesis que tenía de que la entrada principal al Valle Central desde Nicoya era a lo largo del Tárcoles. En esta acción vemos a Miguel siguiendo rutas, armando hipótesis y buscando orientaciones de historiadores, con gran entusiasmo.

El tercer artículo es del año 2002. A solicitud de los directores del museo Barbier-Mueller de Barcelona, Michael J. Snarskis se embarca en una tarea compleja, la que también asumieron Silvia Salgado y Luis Alberto Sánchez, una para Nicaragua y el otro para Panamá. En este caso, Miguel debe enfocar la arqueología de Costa Rica más allá de sus fronteras políticas actuales, y, obligatoriamente, expandir sus interpretaciones más allá. Es un reto que decide asumir cuando le piden interpretar objetos arqueológicos procedentes de Nicaragua, Costa Rica y Panamá. En este artículo el entorno natural del istmo centroamericano está tratado de manera exhaustiva, al considerar, además, cambios medioambientales. Inmediatamente pasa a analizar un tema que ha sido primordial para entender la historia antigua centroamericana: la de los recursos disponibles y el intercambio en la denominada Baja América Central, zona en donde hay cortas distancias entre los mares, las cordilleras centrales que dividen las vertientes y la redundancia de recursos naturales. Así, lo que correspondía hacer en ese artículo, según su estructuración y objetivos, era analizar tanto los bienes intercambiados como las redes de intercambio. Para esto, Snarskis se basó en los resultados de la etnohistoria,

sustentados por evidencia arqueológica, pues sabía que para encontrar el dinamismo de las redes de intercambio, nada más rico que lo aportado por las fuentes documentales. De esa maneja complementó sus reflexiones arqueológicas con el trabajo etnohistórico de esta autora, *Intercambio, política y sociedad en el siglo XVI. Historia indígenas de Panamá, Costa Rica y Nicaragua*, del cual hizo un resumen, insertando sus comentarios personales aquí y allá; en fin, ampliando ideas.

El cuarto y último artículo a comentar es, a mi juicio, el mejor logrado, tal vez porque constituye un producto de la madurez del arqueólogo. Así, es el del año 2003 cuando el autor se encontraba en uno de los mejores momentos de su vida académica para producir y escribir. Gracias a esto nos legó esta entrega, la cual considero una joyita de la literatura arqueológica. En este artículo veo conjugada la esencia del trabajo del arqueólogo con la del etnohistoriador, y al revés. En fin, el esfuerzo interdisciplinario queda evidente.

En este artículo Miguel decide "tomar el toro por los cuernos" y se preocupa por estudiar uno de los temas más importantes y medulares de la Antropología y de la Historia: el cambio social y cultural. Así nace *From Jade to Gold, How, Why and When*, título del artículo, el cual lo llevó primero como ponencia a Dumbarton Oaks en el 2002, donde fue escuchado con enorme interés. La presentación oral estuvo excelente, expuso su trabajo con vehemencia y con aquella pasión que le caracterizaba cuando creía en algo con firmeza y deseaba demostrarlo.

Los procesos que involucran el cambio del jade al oro eran visibles para él, con base en los resultados de numerosas investigaciones arqueológicas, como se desprende al mirar con atención las referencias bibliográficas consultadas. Las preguntas que forman parte del título, el cómo se dio ese cambio, cuándo y porqué, son de gran complejidad. Las posibles respuestas hipotéticas eran difíciles de lograr. Eran, y son, además, de una trascendencia fundamental en la historia antigua de las poblaciones situadas al norte del istmo centroamericano, sobre este, y al sur. Las oportunas explicaciones que brinda este arqueólogo son valiosas para entender la historia Antigua de Costa Rica y regiones aledañas antes del jade, en épocas del jade, en momentos cuando el jade se cambió por el oro, y hasta la conquista y la colonización españolas.

Escribir el artículo en cuestión le obligó a trasladarse imaginariamente a los siglos del V al VIII, cuando el jade florecía. En este analiza cuidadosamente la transición a partir del 700 d. C., aproximadamente, para acabar internándose en la vida indígena hasta el siglo XVI. Siente las palpitations que produce el cambio del jade al oro, y toma el pulso de ese cambio hasta la llegada de los españoles.

El poder auscultar a estos pueblos en su relación con el jade y con el oro a través del tiempo, así como el palpar sus cambios, lo logra el autor al contextualizarlos en la vida cotidiana de estos pueblos. Logra hilvanar, en el tiempo y en el espacio, los tipos de sitios, las formas de las casas, los rasgos de las tumbas, los tipos de la cerámica y la lítica, con el fin de dibujar un panorama de sociedades humanas vivas en los periodos en cuestión. El periodo transicional es también analizado dentro de esos parámetros, lo que lo conduce a siglos más tardíos, a las sociedades donde el oro era fundamental.

En su viaje a través del tiempo, Miguel visita Guayabo, sitio en donde Carlos H. Aguilar había hallado piezas de oro. La arquitectura del sitio y su imaginación le hacen escribir que la experiencia de entrar a Guayabo debió de haber sido impresionante e intimidante. Más adelante comenta que una de las características más destacadas del patrón de asentamiento en el periodo en el que dominaba el oro, a la par de un jade casi desaparecido, era el surgimiento de un cierto orden, o de un plan estructural arquitectónico que se distribuyó por casi todo el actual territorio nacional. En este punto retoma la cita de Cevallos para interpretar los resultados arquitectónicos que ha venido descubriendo la arqueología.

Como era su estilo, corre a buscar información que le ayude a explicar los restos materiales, y lo vemos hablando con arqueólogos colombianos, por ejemplo, y esforzándose por entretejer elementos de los sistemas de creencias entre los rasgos distintivos de la arquitectura, las formas de las casas, de las tumbas y de la cerámica. Miguel estaba consciente de la probabilidad de que nunca se lleguen a comprender con claridad las dinámicas que generaron cambios en materiales sagrados y sistemas de creencias religiosas. Ahí le apostaba a la colaboración de la etnografía y de la etnohistoria, y así lo manifestó.

Nuevamente, en esas páginas retoma el tema de las rutas prehispánicas al enfocar los procesos y las actividades del intercambio. Además, da antigüedad a esos caminos y recomienda que se debe considerar seriamente la permanencia en el tiempo y en el espacio de algunos de ellos. En cuanto al intercambio, está convencido de cómo el estudio de esta actividad ayuda a interpretar cambios, lo que deja ver en todo el artículo y sus temas.

Nos dice que el estudio del jade y del oro, y de la transición del uso y de la predilección de uno por el otro, es un estudio de contrastes que posibilita situar a las poblaciones indígenas dentro de contextos culturales más amplios en los distintos tiempos. Al mismo tiempo, concluye, llamando la atención, que no se debe romantizar el pasado, y que lo que él presenta en este artículo debe ser reelaborado o refutado a la luz de futuras investigaciones.

En fin, este era Michael J. Snarskis: un apasionado de la arqueología que entendió la importancia del trabajo interdisciplinario. Sin exageraciones, sin alardes y que con humildad aceleró la investigación arqueológica de Costa Rica, propuso cronologías y supo mirar hacia la etnohistoria, la cual le tendió la mano en todo momento. Lo extrañamos.

El modelo de Evolución Social de Michael J. Snarskis

Silvia Salgado González

Introducción

Conocí a Michael J. Snarskis en el año de 1976 cuando mi compañero de estudios en la Escuela de Antropología y Sociología de la Universidad de Costa Rica, Enrique Herra, me dijo que se necesitaban voluntarios para incorporarse a las excavaciones que Snarskis estaba desarrollando en sitios de Turrialba. Decidí participar como voluntaria, impulsada entonces más por un espíritu aventurero, pues no tenía claridad sobre si quería ser arqueóloga o antropóloga social, y francamente sin mayor conocimiento de lo que era la arqueología. El primer sitio donde trabajé fue en La Montaña, sin ningún entrenamiento formal en técnicas o métodos arqueológicos. Allí desarrollé mis primeras armas bajo la dirección de quien veía como un señor un poco distante pero atento, siempre dispuesto a responder preguntas y aclarar dudas sobre el trabajo que realizábamos. En la segunda mitad del año me contrataron como asistente de Snarskis en el Museo Nacional, junto con otros jóvenes estudiantes, como se detalla en otras partes de este libro. Hasta el año 1978, cuando me gradúe de Bachiller en Antropología con Énfasis en Arqueología, trabajé como asistente en la mayoría de los sitios que él excavó como parte de su investigación doctoral. Recuerdo como ese mismo año, Aida Blanco y yo llevamos en mi carro a Michael del Museo Nacional al apartamento donde vivía en Barrio La Granja, para ayudarlo a trasladar los ejemplares de su tesis y otros materiales, pues al día siguiente volaba a New York para defender su tesis doctoral en la Universidad de Columbia. En ese momento, el investigador que se había mostrado tan seguro durante todo el proceso de investigación en el cual lo acompañamos, también reveló su humana

vulnerabilidad, al manifestarse nervioso ante la eminencia, imagino yo, de defender sus resultados frente a los profesores que lo aguardaban en su universidad.

Con él seguí colaborando hasta la segunda temporada de excavaciones en el sitio Severo Ledezma, después de lo cual mis intereses de investigación se centraron más en Guanacaste y allí mi trabajo con Michael fue menos frecuente, aunque él fue supervisor distante de los estudios que realicé en los años 1980 y 1981 en Bahía de Culebra.

Estos años fueron de mucho aprendizaje e influyeron en mi decisión de enfocar mis intereses en la arqueología, en especial, en el estudio de procesos sociales que decantaron en la estructuración de sociedades con desigualdades institucionalizadas. En la actualidad, continuo con este eje de trabajo en el Caribe costarricense.

En este marco y tomando la oportunidad que la elaboración de este libro me otorga, quiero analizar, aunque quizás solo parcialmente, el importante aporte de Snarskis al tema.

Consideraciones generales de su aproximación teórica y metodológica

Las ideas esenciales propuestas por Michael sobre el cambio sociocultural en la Vertiente Atlántica se plasmaron en su tesis doctoral defendida en 1978 en la Universidad de Columbia, aunque algunos aspectos de su planteamiento fueron modificados posteriormente.

En dicha tesis él se sitúa en el debate iniciado en la década de los sesenta en Inglaterra y en Estados Unidos de América, cuando David Clarke (1968) y Lewis Binford (1962, 1964 y, 1965), principalmente este último, sistematizaron una propuesta que se conoció como la “Nueva Arqueología”, la cual buscaba proveer una plataforma teórica y metodológica para una arqueología científica alejada de la historia cultural. Siguiendo las nuevas propuestas, Snarskis argumentó que la teoría de sistemas era la apropiada para estudiar las transformaciones sociales, pues establece una relación causal entre los cambios ambientales y la respuesta social a estos. Además sostuvo que los procesos de adaptación eran selectivos y permitían, a través del tiempo, discernir el proceso de evolución cultural, y establecer generalizaciones probabilísticas para el desarrollo sociocultural en diferentes ambientes. A su criterio, con una robusta base de datos arqueológicos se podría reconstruir los aspectos ideológicos, de la organización social y de parentesco.

Michael consideró como algunos de los arqueólogos más apasionados por la Nueva Arqueología, trabajaban en regiones con largos procesos de investigación arqueológica y refinadas

cronologías que facilitaban el estudio del cambio cultural. La carencia de estas en la Vertiente Atlántica, lo llevaron a concretar su principal objetivo de investigación en la definición de un marco cronológico para estudiar el proceso sociocultural. Además buscó establecer una secuencia generada por la clasificación cerámica y lítica, los micropatrones de asentamiento, las técnicas de construcción de tumbas y sus contenidos, así como fechamientos radiométricos. Al mismo tiempo, propuso varios periodos (Figura 1), con los cuales remarcó que la definición de fases, que representan no solamente unidades de tiempo, sino también culturales, se realizaría cuando la base de datos fuera más sólida.

Contrario a lo acostumbrado por los ecólogos culturales, no recurrió a un diseño regional ni realizó prospecciones detalladas en los asentamientos excavados. Obtuvo la información de los sitios de la literatura arqueológica, de informantes locales, y de reconocimientos realizados en el desarrollo de su investigación doctoral. La prospección sistemática la consideró poco eficiente para lograr sus objetivos iniciales, aunque contemplaba en el futuro realizarla tanto en el Valle de Turrialba como en sitios de la costa Atlántica. Su retiro temporal de la investigación arqueológica, a mediados de los años 80, fue la causa probable para que no realizara ese proyecto, pero lo hizo muchos años después Ricardo Vázquez (2002a) con el Proyecto Angostura. Los sitios costeros del Atlántico siguen siendo poco conocidos, y no se ha desarrollado hasta ahora ningún proyecto regional, siendo una de las investigaciones más recientes la dirigida por Sergio Chávez y Oscar Fonseca (Chávez, 1995a, 1995b; Chávez, Fonseca y Baldí, 1996), para ubicar sitios en la parte noreste y sureste del litoral Caribe.

Snarskis también consideró que las dinámicas socioculturales son moldeadas por factores que operan en múltiples escalas y marcos geográficos, desde lo local hasta lo macroregional. Por ello sopesó los conceptos de la Baja América Central, el Área Circum-Caribe y el Área Intermedia (Figura 2) para analizar las interacciones de los pueblos de la Vertiente Atlántica. Al respecto argumentó que la Baja América Central era un concepto político moderno, y tanto Lothrop (1966) como Stone (1966) lo aplicaron como un marco geográfico y no cultural, para describir los datos ante el limitado conocimiento arqueológico de la región. Además descartó el área Circum-Caribe pues consideró que Julian Steward (1948) incluyó en ella, indistintamente, conjuntos de rasgos culturales y etapas de desarrollo, restándole con ello valor heurístico para delinear una estructura cultural derivada de una historia compartida.

El Área Intermedia tenía para Michael un sentido geográfico y cultural, al diferenciarse de Mesoamérica y del Área Andina en su biogeografía y, a partir del inicio de nuestra era, en sus características sociopolíticas y religiosas. Argumentó que las diferencias entre estas áreas proveían una oportunidad para el estudio de procesos de evolución multilineal.

Cuadro 1. Secuencias Cronológicas							
	Snarskis (1976,1978)	Snarskis (1981)	Vázquez (2001)	Salgado <i>et al.</i> 2013			
Año	Vertiente Atlántica		Valle de Turrialba	Nuevo Corinto	Año		
1600					1600		
1550					1550		
1500					1500		
1450					1450		
1400	P. Tardío	La Cabaña B	La Cabaña	La Cabaña	1400		
1350						1350	
1300						1300	
1200						1200	
1100		La Cabaña A					1100
1000						La Unión	1000
900	P. Transicional	La Selva B	La Selva	La Selva	900		
800						800	
700						700	
600		La Selva A				600	
500				500			
400	P. Temprano	El Bosque B	El Bosque	El Bosque	400		
300						300	
200						200	
100..C.		El Bosque A				100d.C	
0						0	
100a.C.						100a.C.	
200						200	
300		La Montaña B				300	
400			400				
500			500				
600			600				
700	La Montaña A	La Montaña	La Montaña	700			
800					800		
900					900		
1000					1000		
1100					1100		
1200					1200		
1300			1300				
1400			1400				
1500			1500				

Figura 1. Secuencias de la Vertiente Atlántica mencionadas en el texto

Fuente: Elaboración Geraldine Conejo Barboza.

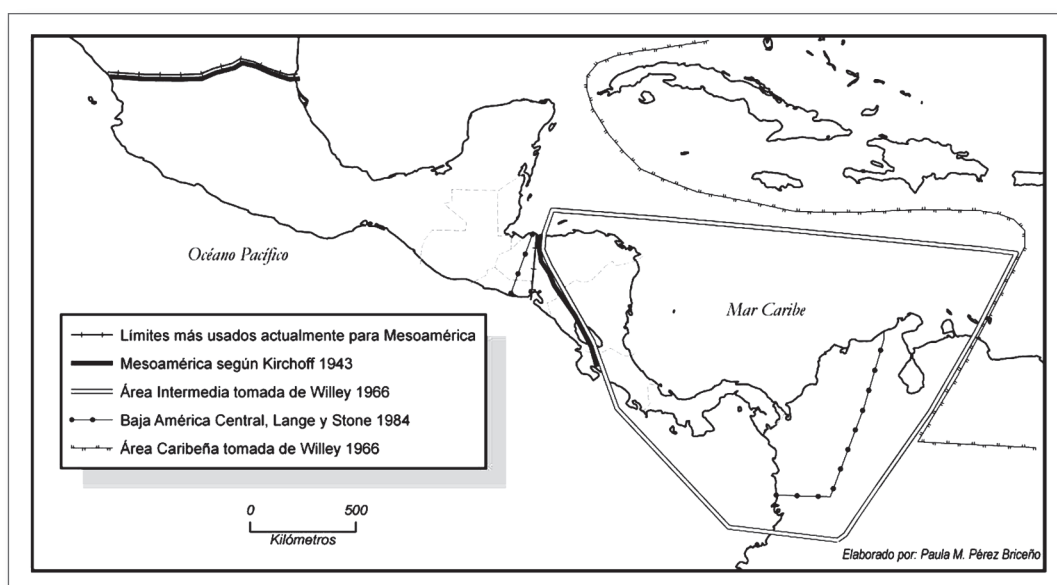


Figura 2. Áreas culturales mencionadas en el texto

Fuente: Tomado de Ibarra, E. y Salgado. S. 2010.

A pesar de ello, advirtió que las áreas culturales son constructos sincrónicos, y que los estudios de evolución cultural deben contemplar la variación de los límites de las áreas y las afiliaciones de grupos específicos. Para él los pueblos de las tierras del este de América Central hasta la altura de Honduras, estuvieron unidos por una ancestría lingüística en el filo Macro-Chibcha, y por prácticas culturales relativamente homogéneas que él sitúa dentro del tipo evolutivo llamado Tribus de la Selva Tropical (Steward, 1948), constituido por unidades sociopolíticas estructuradas por el parentesco, una agricultura relativamente desarrollada, y actividades extractivas de pesca y caza.

Finalmente, señaló que si bien los desarrollos adaptativos dan las características básicas a las poblaciones, su devenir histórico es marcado por eventos de menor y mayor trascendencia, los últimos tuvieron peso real en la evolución cultural, pero el discernir entre ambos tipos de eventos es a menudo difícil en la arqueología.

El modelo de evolución social para la Vertiente Atlántica de Costa Rica

Consideraré ahora algunos aspectos de este modelo, no sin antes hacer notar que fue el primero en nuestro país construido principalmente con datos arqueológicos (Murillo, 2010, p. 17).

Él discutió como, implícita o explícitamente, usamos un modelo para analizar la realidad, y que antes de su tesis el modelo del desarrollo social precolombino era derivado de la etnohistoria.

En su tesis y aún mejor en su trabajo titulado “Un modelo de la evolución cultural en Costa Rica (500 a. C.-500 d. C.)”, definió lo que cito a continuación:

“¿Qué es un modelo? Es un modelo conceptual que relaciona las observaciones (en este caso, los datos arqueológicos concretos) a ideas teóricas. Un modelo muchas veces interpreta las observaciones en una forma esquemática o idealizada, pero también estimula el desarrollo de la teoría nomotética, o sea, la que tiende a generalizar con base en un universo de datos particulares, a veces caóticos. Además, un modelo estimula el planteamiento de hipótesis comprobables, que a su vez pueden conducir a la explicación de fenómenos. Como un modelo típicamente refleja ciertos aspectos de un grupo de observaciones, es mejor siempre tener varios modelos de diferentes enfoques. No hay que tener miedo a modificar o eventualmente rechazar un modelo, pues es nada más que una herramienta heurística” (Snarskis, 1986, pp. 111-112).

Es decir, un modelo solo representa una interpretación temporal de un fenómeno concreto, el cual puede ser cambiado en la medida en que se produzcan nuevos datos o ideas teóricas.

En su tesis doctoral, el modelo para la evolución cultural sostiene que entre el 1500 y el 500 a. C., la población vivía en asentamientos dispersos, pequeños, permanentes o semipermanentes, con una base productiva agrícola junto con la caza y la pesca. Por lo tanto, considero que la primera cerámica, definida por los complejos Chaparrón y La Montaña, comparten similitudes con la de América Nuclear. Mientras entre el 500 y el 500 d. C. la población creció rápidamente al ser estimulada por suelos fértiles y por la intensificación agrícola de un sistema de cultivos múltiples o policultivo, que incluía el maíz, tubérculos como la yuca y frutas como el pejibaye. Ello impulsó el surgimiento de sociedades de rango durante el Bicromo en Zonas II (Figura 1), denotadas por una iconografía religiosa estandarizada y muy elaborada, una especialización artesanal manifiesta en la lapidaria de jade y de otras rocas. Las diferencias de estatus, y consecuentemente de rango, se notan en los espacios domésticos y funerarios y su contenido artefactual, aún con una ocupación dispersa del territorio y una aparente ausencia de centros arquitectónicos planificados.

Los metates esculpidos que surgen en este periodo, pero continúan con ligeros cambios por el resto de la secuencia, tenían para Michael una función ritual debido a sus características morfológicas y estilísticas, y al tipo de asociaciones en contextos funerarios con artefactos de gran elaboración. Estos metates eran parte de la expresión de una ideología de poder que explicaba el orden social como análogo del natural, y que además sustentaba el control de los recursos

agrícolas y la redistribución como mecanismos de integración social. Por último, situando este desarrollo en un marco geográfico mayor, argumentó una continuidad cultural entre las tierras bajas del norte de Colombia y la Vertiente Atlántica, manifestada en las semejanzas entre la cerámica del sitio Momil y la de El Bosque. A ello sumó que las razas de maíz suramericanas Pollo y Clavillo se habían identificado en sitios de Costa Rica, por lo que rechazó la propuesta de Doris Z. Stone, sobre una influencia mesoamericana en el desarrollo de este cultivo (Snarskis, 1975, 1978). Estos elementos macroregionales ya los había publicado antes de su tesis (Snarskis, 1975). Además, rechazó discutir las relaciones planteadas sobre la relación de la lapidaria de jade local y la Olmeca (p. ej. Easby, 1968), pues no se habían excavado científicamente contextos que permitieran entender la temporalidad y la naturaleza de la misma.

En el Periodo Transicional (500-1000 d. C.) surgen los complejos La Selva y, al final del mismo, el Madera, este fue un periodo de continuidad y cambio en los complejos artefactuales, donde el autor se inhibe de proponer las dinámicas sociales bajo el argumento de que los sitios excavados fueron muy pocos, pero especula como probable el desarrollo de aldeas nucleadas como las del siguiente periodo. Además menciona la aparición en la zona de Turrialba, particularmente en el sitio La Zoila, de pocos fragmentos de tres tipos de Guanacaste, Cortés Negro sobre Rojo y los policromos Carrillo y Galo, pero no elabora en el significado de su presencia.

Entre el 1000 y el 1500 d. C. (*Stone Cist Period*) se consolidan las sociedades de rango, con el surgimiento de aldeas nucleadas pequeñas con un papel político y ceremonial, con un centro arquitectónico y ubicadas en puntos defensivos, caracterizados por montículos, plazas y calzadas, elementos arquitectónicos con gran semejanza a los de la cultura Tairona en el noreste de Colombia. Estas aldeas jugaron un papel integrador de territorios cuya extensión él no pudo determinar. Sin embargo, podríamos especular que debido a lo que denomina el proceso de "balcanización", es decir, la fragmentación del territorio en numerosas unidades políticas debido a factores como la guerra, consideraba estas unidades pequeñas territorialmente. De hecho, menciona que en la zona de Guácimo se pueden encontrar en un radio de 4 km al menos 4 aldeas arquitectónicas nucleadas, aunque sin saber si fueron contemporáneas. También nota un declive en la calidad de la producción artesanal, al mismo tiempo que menciona el surgimiento de una estatuaría de figuras antropomorfas de guerreros y femeninas relacionadas a la fertilidad, así como representaciones de sukias y también cabezas humanas con rasgos individualizados, asociados a roles especializados en una sociedad compleja. Así mismo, reconoce la expansión de la cerámica proveniente de la Gran Nicoya como indicativo de la intensificación del comercio con esa zona, así como la introducción de artefactos de oro desde finales del periodo anterior.

Finalmente, recalcamos que para Michael este proceso de evolución cultural resultó en una adaptación exitosa al medio ambiente de bosque tropical, pues promovió el desarrollo y mantenimiento de una ocupación dispersa del territorio con una agricultura de roza y quema con policultivos, la cual reprodujo las relaciones ecológicas del entorno natural y mantuvo la fertilidad del suelo.

¿Por qué las sociedades de rango o cacicazgos de la Vertiente Atlántica no evolucionaron hacia el Estado? Él sostiene que si bien la calidad de los suelos y el sistema agrícola permitía un crecimiento demográfico significativo, junto con la producción excedentaria, la especialización y las diferencias de riqueza y rango, el ambiente no era circunscrito sino abierto¹, con una homogeneidad relativa en la calidad de los suelos que facilitaba la fisión de asentamientos y la rápida ocupación de otro territorio cuando la presión demográfica lo exigía. Aunque la guerra era una práctica constante entre las sociedades de rango, no resultó en el control de una población mayor, pues la que se trataba de subyugar por esta práctica violenta podía fácilmente desplazarse y establecerse en otros territorios por las razones antes mencionadas. Más bien, él sostiene que la guerra pudo haber funcionado como un mecanismo para regular el crecimiento de la población, tal y como lo planteó Betty Meggers para el caso de la Amazonía.

Cambios al modelo inicial

En el catálogo de la exposición *Between Continents/Between Seas: Precolumbian Art of Costa Rica*, Michael (1981) escribió un capítulo con su interpretación actual de los procesos sociales precolombinos, enmarcando esta discusión en una zona que incluía tanto las tierras altas del Valle Central como la Vertiente Atlántica, la cual considera geográficamente diversa y unificada en diversos grados por elementos culturales, tomando para ello en cuenta fundamentalmente la similitud entre los complejos artefactuales, algo ya planteado por autores como Doris Z. Stone (1958).

En esa interpretación algunos aspectos del modelo son modificados, en primer lugar, denominó fases lo que en su tesis llamó complejos (Figura 1), con lo cual establece rangos temporales en algunos casos nuevos, con esto podemos interpretar que sintió que ya tenía los

1 Snarskis aplica los conceptos de la Teoría de la Circunscripción formulada por Robert Carneiro para explicar el surgimiento del Estado, autor que argumenta que en áreas donde las tierras agrícolas eran limitadas, la presión de la población conducía a la guerra como una forma de disputa de tierras y la guerra conducía a desarrollos institucionales que resultaban en la constitución del Estado (Carneiro, 1970, citado por Snarskis, 1978).

datos para hablar más integralmente de procesos socioculturales. En segundo lugar, propuso que entre el 600 y el 200 a. C., se dio un contacto significativo con culturas mesoamericanas probablemente a través de un intercambio de bienes de élite, por medio del cual se instauró en la ideología local, una “patina” de ideas mesoamericanas presente en artefactos rituales asociados al ciclo agrícola, por ejemplo los pendientes de jade denominados “dios-hacha”, que en su parte inferior tienen la forma de las hazuelas usadas en la limpieza de los campos agrícolas, y, artefactos que relaciona con expresiones de la cultura olmeca que se desarrolló entre el 1200 y el 500/400 a. C. Las nuevas ideas incluyen una significativa apreciación del jade relacionado con el agua y del ciclo reproductivo, la aceptación de algunas deidades mesoamericanas, y una intensificación del maíz en la producción agrícola, en el contexto del surgimiento de sociedades de rango. Es decir, en esta interpretación las sociedades del norte de Costa Rica formaron parte de una esfera de influencia mesoamericana, revirtiendo su argumento sobre la filiación de elementos de los procesos culturales locales con poblaciones del noroeste de Colombia.

Entre el 500 y el 700 d. C. ve una continuidad en el patrón de asentamiento sobre terrazas aluviales, pero nota cambios en la disminución de la calidad de la producción de la lapidaria en piedra y en la cerámica, especialmente en los acabados de superficie de la última. Entre el 700 y el 900 d. C. surgen las aldeas nucleadas con arquitectura monumental, con un cambio de formas residenciales de rectangulares a circulares mayoritariamente, y la aparición de las tumbas de cajón, así como la estatuaria de figuras antropomorfas de pie. Se dibuja una relación de intercambio con Guanacaste con la aparición de ceramios de los tipos Galo Policromo y Carrillo Policromo en aldeas nucleadas. Este intercambio se intensificó a partir del 900 d. C., con la presencia de diversos policromos provenientes de Gran Nicoya encontrados en contextos domésticos, pero sobre todo en contextos funerarios, indicando una red entre elites para la distribución y adquisición de estos bienes.

A nivel de procesos macroregionales atribuye el declive en la producción y consumo de artefactos de jade a una disrupción de las relaciones con Mesoamérica, lo cual liga hipotéticamente al colapso de Teotihuacán y a la consecuente reestructuración de redes políticas y de intercambio. Consideró que la introducción de la metalurgia desde Colombia y Panamá, y las ideas cosmológicas asociadas, se realizaron para nutrir el discurso y las acciones de legitimación de las élites ante el vacío dejado por la pérdida de la pátina mesoamericana y su materialidad.

Entre el 1000 y el 1550 d. C. el patrón de asentamiento cambia cuando los sitios se encuentran y se establecen no solo en llanuras aluviales, sino en diversas zonas ambientales de forma azarosa, lo cual quizás indica la defensa de fronteras de territorios sociopolíticos. Introduce la

consideración de que las aldeas arquitectónicas fueran ciudades-estado. Un elemento adicional es que se intensificara la interacción con la región arqueológica de Chiriquí, que se demuestra en una “influencia” estilística en tipos como Irazú Línea Amarilla, Cot Línea Negra, y en el Turrialba Bicromo con paredes delgadas y formas de olla que recuerdan al Tarragó Galleta, que también se importó a sitios de la región central.

¿Cuáles pudieron ser los datos y factores que produjeron este cambio de opinión? Una lectura atenta de su publicación de 1981, muestra que la base de este cambio fue la nueva información lograda en proyectos de rescate del Museo Nacional, así como la reanudación en 1978 del proyecto de la Universidad de Costa Rica en Guayabo de Turrialba (Fonseca, 1981). En primer lugar, para el lapso que cubre las fases La Montaña A y El Bosque B (Figura 1), fue relevante la excavación en el sitio Cenada en Barreal de Heredia de un pozo troncocónico donde se recuperaron mazorcas similares a aquellas de las fases Swasey 1 y 2 del sitio Cuello en Belice, además de una o quizás dos variedades de *Phaseolus vulgaris* que se asemejaban a variedades mesoamericanas. Michael asoció este rasgo a los silos para almacenamiento de maíz y otros cultígenos que se encuentran comúnmente en espacios domésticos del periodo Formativo de Mesoamérica.

A lo expuesto anteriormente, se agrega el hallazgo en el sitio Talamanca de Tibás de un pendiente de jadeíta de manufactura mesoamericana asociado a otros artefactos en un contexto funerario de élite (Snarskis, 1979), al mismo tiempo que él se involucró como arqueólogo del Museo Nacional en la preparación de la exhibición *Between Continents/Between Seas*. Ya en la publicación de este hallazgo (Snarskis, 1979), él agradece a Elizabeth Easby² su ayuda para visualizar el origen de este pendiente, y remarca que este era el único artefacto de esta naturaleza encontrado en contexto en Costa Rica, así se solventan las razones por las cuales se negó a discutir la posible relación entre la lapidaria de jade Olmeca con la de las poblaciones chibchoides del norte del país. Aunque él reconoce elementos de este pendiente con lo Olmeca de la Costa del Golfo, también hay otros elementos que sugieren una posible relación con la zona de Chiapas. Ciertamente su participación en la exposición antes mencionada, le permitió discutir con Elizabeth Easby y Julie Jones (Figura 3), ambas connotadas historiadoras de arte precolombino de Mesoamérica y del istmo centroamericano, las implicaciones en un contexto geográfico y cronológico amplio de la producción lapidaria de jade, sus características y sus relaciones, concluyendo en la importancia de la conexión mesoamericana, aunque sin detallarla.

2 Además de Easby, él reconoce la ayuda brindada por Michael D. Coe, Gordon Ekholm y John Graham (Snarskis, 1979).



Figura. 3. Michael Snarskis (centro) y Julioe Jones (derecha) en 1980 en el quiosco del Parque Morazán, cuando se estaban tomando las fotos de las piezas que se enviarían a la exposición *Between Continents/Betwenn Seas:: Precolombian Art of Costa Rica*. A la izquierda de Michael el fotógrafo de la exhibición Dirk Bakker

Fuente: Fotografía de Archivos del Laboratorio de Arqueología Carlos Aguilar Piedra.

Por otro lado, para el lapso de las fases La Selva A y La Selva B (Figura 1) el rescate en el sitio La Fábrica, una aldea nucleada con arquitectura compuesta por basamentos circulares y calzadas con fechamiento cruzado de 700-900 d. C., así como en el Barreal de Heredia otra aldea nucleada con arquitectura residencial del 800 al 1000 d. C. según dataciones radiométricos, eliminó la limitación de sitios excavados en el lapso 500-1000 d. C. que mencionó en su tesis. Además establece que a partir del 700 d. C. se puede hablar de sociedades cacicales bien constituidas, utilizando sitios del Valle Central para interpretar los procesos sociales que extiende a la Vertiente Atlántica, lo cual es congruente con su visión evolutiva del proceso social.

Finalmente, en el periodo entre el 1000 y el 1550 d. C. el único cambio mencionado es el de una ocupación del territorio que incluyó múltiples zonas geomorfológicas. Este planteamiento fue producto del análisis estadístico de la correlación de las zonas de explotación y las características ambientales de los asentamientos del periodo en la Vertiente Atlántica (Finlow, F.; Snarskis, M. y Martin, P., 1979). Como resultado se plantearon dos posibles escenarios,

uno sugiere una amplia integración sociopolítica regional con importantes mecanismos de intercambio, de redistribución y abundancia de sitios especializados, el otro una intensificación de conflictos por aumento demográfico y disputa de recursos, donde se emplazaron los asentamientos para la defensa del territorio. El primer escenario contradice el proceso de balcanización planteado en la tesis.

Variaciones posteriores

En subsecuentes publicaciones Michael mantiene su interpretación con adiciones de datos nuevos (Snarskis, 1984, 1986 y, 1992). Resulta interesante que en 1992 señala que la cerámica Usulután fue un producto importante en las redes de intercambio a larga distancia durante el 300 a. C. y el 300 d. C. aproximadamente, pero que desafortunadamente este tipo “no ha sido excavado por los arqueólogos en un contexto cronológicamente seguro”³ (Snarskis, 1992, p. 149), lo cual logró en su último trabajo de excavación extensiva en el sitio Loma Corral (Snarskis, 2013), como lo discute Juan V. Guerrero en este volumen. Además, en esa publicación limita el proceso de balcanización a los últimos 100 años de ocupación precolombina (Snarskis, 1992, p. 160), y en 1984 introduce la posibilidad de considerar algunas de las aldeas nucleadas como ciudad-estado (Snarskis 1984, p. 226), posibilidad que sorprendentemente nunca elaboró en detalle, pues uno se pregunta si asumir esto no está ligado a la posibilidad del surgimiento de estados incipientes.

En su último artículo académico con consideraciones integrales sobre su modelo (Snarskis, 2003), analiza el significado de las transformaciones en la cultura material de las élites del hoy territorio costarricense, manifiesto en el cambio de la lapidaria de jade por la metalurgia del oro alrededor del 500 d. C. Aquí solo agregamos aquellos aspectos que se consideran nuevos o al menos tratados en más detalle. Además se pregunta cómo, por qué y cuándo se desarrolla la producción de jade⁴, al explorar la probable relación entre la lapidaria Olmeca y la de los grupos indígenas chibchoides, para lo cual aclara que entiende lo Olmeca como un estilo e iconografía distintivo que entre el 1200 y el 400 a. C. se encuentra en muchas partes de Mesoamérica, no solo en territorio Olmeca en la costa del Golfo de México⁵. Dada la

3 Traducción de la autora.

4 El término jade lo usa haciendo la distinción entre jade geológico o jadeíta y jade social, este último referido a piedras verdesas o inclusive de otros colores que se usaron para fabricar objetos iguales o semejantes a los realizados son jadeíta, tal y como fue definido por Frederick W. Lange (1993).

5 Esta definición la toma de Mark M. Graham (1995, 1998 citado por Snarskis, 2003).

similitud entre ambas lapidarias en las formas tridimensionales y esculpidas, las representaciones de azuelas en pendientes y el gusto por jade azulado, replantea la hipótesis de Easby (1968) sobre la existencia de una fuente de jadeíta en Costa Rica que fue agotada, u oculta producto de eventos sísmicos u otros factores. Al mismo tiempo, discute cómo la enorme producción local tuvo que haber usado fuentes locales de jade, y las cuáles pudieron atraer a los que produjeron e intercambiaron el estilo Olmeca, que probablemente viajaron por rutas marítimas ya establecidas entre ambas regiones⁶. Usando ejemplos de cerámica y jade de este estilo, supuestamente encontrados aquí, argumenta que la interacción entre ambas regiones pudo darse al menos desde el 1500 a. C., lo cual apunta a las similitudes del tipo Atlantic Red-Filled Black⁷ de los complejos La Montaña y Chaparrón (Figura 1) con modos y tipos del Formativo Temprano (1500-900 a. C.) de la zona del estilo Olmeca. Michael sostenía que no se puede pensar en un proceso completamente autónomo del surgimiento de la lapidaria del jade, pues sus primeras expresiones se dan con un desarrollo técnico superior y no experimental. Por las consideraciones anteriores, rechaza la idea planteada por David Mora-Marín (1999), según la cual los jades olmecas y mayas fueron traídos a Costa Rica por mercaderes mayas que los obtuvieron como producto del saqueo de tumbas, y esto ocurrió producto de la guerra en sitios Maya, particularmente de Tikal durante el Clásico Temprano (300-500 d. C.), agregando que durante el periodo de máxima expresión de la lapidaria de jade, muchos otros objetos de diverso origen mesoamericano fueron traídos a Costa Rica, particularmente vasijas Usulután y espejos de pirita, algunos de estos últimos con inscripciones glíficas mayas. Es decir, considera que un contacto con lo Olmeca estimuló el desarrollo local de la manufactura del jade.

El periodo del 400 al 700 d. C. lo ve como transicional entre la producción de jade y la del oro y sus aleaciones, y sostiene que hay una gran diferencia en las tecnologías y productos de ambas. De forma hipotética plantea que grupos que antes tenían un rol marginal en el ejercicio del poder, con la introducción de la metalurgia se transformaron en élites mediante el control de los mecanismos de su intercambio o de su producción, dominando los elementos ideológicos que los representaban como mediadores entre lo sobrenatural y el mundo de los humanos. Esta transición la relaciona con el surgimiento de sociedades con sistemas políticos más jerarquizados, en los que las superficies brillantes y luminosas de los artefactos de oro se convirtieron a nivel ideológico "... en una expresión de los fines agresivos y

6 Considera las rutas marítimas en parte motivado por la ausencia aparente del desarrollo de la lapidaria de jade en una zona que incluye y Nicaragua.

7 Definido por Snarskis (1978, pp. 115-116).

expansionistas de las elites de sistemas jerárquicos sometidos a estrés por factores demográficos y ambientales” (Snarskis, 2003, p. 194). Ello contrasta con la naturaleza de comunidades más pequeñas y dispersas durante la época de producción de jade, que liga este material al agua, a la fertilidad y a la armonía con el ambiente y los seres humanos.

En este artículo Michael finaliza reconociendo que su modelo es un reto a los investigadores, independientemente de su visión del pasado, invitándolos a refutarlo o elaborarlo, como él mismo lo hizo a través de los años.

Algunas consideraciones desde el presente sobre el modelo de Snarskis

Proyectos regionales

Los resultados del Proyecto Angostura en el Valle de Turrialba, muestran en el patrón de asentamiento una coincidencia en términos generales con el modelo formulado a partir de 1981. Al respecto, se puede afirmar que hay un crecimiento poblacional y un surgimiento de aldeas de mediano o gran tamaño durante El Bosque, en contraste con los pocos asentamientos, pequeños y dispersos de La Montaña (Vázquez, 2002b). Por su parte, para la fase La Selva, se propone un rango del 300 al 1000 d. C., más amplio que el propuesto en las secuencias de Miguel (Figura 1), y se elimina uno de los vacíos en su modelo referido al número de sitios estudiados, se muestra en un crecimiento de población aún mayor, con un 25 % de los sitios considerados aldeas o grandes aldeas, por su gran tamaño y densidad, a esto se suman los datos del clímax de la producción de maíz de la secuencia, de acuerdo con la secuencia de polen obtenida de Laguna Bonillita (Nothrop y Horn, 1996, p. 287, citado por Vázquez 2002b, p. 340). Sin embargo, estimo que ello corrobora el planteamiento hecho por Michael a partir de la publicación del catálogo de *Between Continents/Between Seas* (Snarskis, 1981).

Finalmente, para el caso de La Cabaña, hay algunos aspectos del patrón de asentamiento que coinciden, como el emplazamiento en partes altas con visibilidad y defendibles, la existencia de cementerios separados de sitios residenciales, así como la aparición del patrón funerario de tumbas de cajón, con una serie de fechas radiométricas para respaldar esta ubicación cronológica. Sin embargo, Vázquez (2002b, p. 340) considera que el modelo de

balcanización no se comprueba o refuta de forma concluyente en el valle de Turrialba, pues si bien surgen numerosas aldeas nucleadas con arquitectura monumental y el número de sitios disminuye al delinear un proceso de nucleación de la población, por otro lado la baja densidad cerámica indica que el decrecimiento de población fue significativo⁸.

Para la zona de Guayabo, Vázquez (2002b, p. 341), citando a Hurtado de Mendoza y Arias (1986, p. 304-305), señala que a diferencia del Valle de Turrialba, hubo una población mayor en El Bosque que en La Selva, y una alta densidad de materiales La Cabaña en el sitio Guayabo. Al mismo tiempo, concluye que los datos no permiten establecer si este fue el centro principal de un territorio que incluyó el Valle de Turrialba, o si por el contrario fue uno más de los que competían para estructurar alianzas y ampliar su territorio, lo que calzaría más dentro del modelo de balcanización. Resulta esperable que el proyecto de la Universidad de Costa Rica que dirige Gerardo Alarcón en Guayabo, aclare en el mediano plazo algunos de estos escenarios.

Otro contraste con el modelo ha sido ofrecido por Mauricio Murillo basado en su estudio de cambio social en la zona de San Ramón, en el extremo occidental del Valle Central (Murillo, 2009, 2010). Mediante una prospección sistemática regional se establece que del 1000 al 300 a. C., el patrón de asentamiento era muy disperso y con baja población, con pocas familias nucleares que pudieron haber tenido un patrón de movilidad limitada, un planteamiento concordante con el modelo de Michael. Para el periodo del 300 a. C. al 300 d. C., si bien aumentó la población, esta continuó asentada de forma dispersa, aunque ahora surgen dos aldeas, una más extensa que la otra, donde se agrupaba el 50 % de la población. Se considera que no había una diferenciación de rango y que la autoridad residía a nivel de unidades familiares relativamente autónomas, lo cual diverge del surgimiento de sociedades de rango planteado por Snarskis. Para el lapso del 300 al 900 d. C. aumenta significativamente la población y la mayoría se agrupa en 8 aldeas, con un distrito incorporando 6 de estas. En un par de estas aldeas surge una arquitectura de montículos y calzadas, quizás similar a la arquitectura de La Fábrica, pero se interpreta que el liderazgo se mantiene aún a nivel local, con poca integración regional, lo que se distancia del surgimiento de cacicazgos planteado por Snarskis (1981). Finalmente, en el periodo comprendido entre el 900 y 1500 d. C., crece dramáticamente la población y se emerge un cacicazgo. Casi la totalidad de la población se nuclea en el distrito constituido en el periodo anterior, el cual se extiende hasta formar una aldea densa y extensa, que estaba rodeada por otras

8 Aunque Michael en sus escritos no se refiere directamente a cantidades de poblaciones ni picos demográficos, uno podría derivar de su teoría que la balcanización se generó en parte por un estrés demográfico y ambiental.

aldeas y caseríos, aunque se estima que la población regional disminuyó levemente. En esta zona, se incrementó la cerámica importada de Gran Nicoya, pero solo como producto del intercambio restringido y esporádico. En términos generales, este último periodo concuerda con el modelo de Michael.

Otro tipo de investigaciones pertinentes para analizar elementos del modelo

Es indudable que algunos elementos del modelo para la fase El Bosque han sido constatados de forma independiente por medio de los perfiles palinológicos estudiados por Sally Horn (2006) en la reserva de La Selva, que han mostrado que se dio un incremento dramático del maíz, al menos para la zona inmediata en las tierras bajas.

Trabajos recientes apuntan a que el desarrollo de elementos arquitectónicos típicos, de lo que Michael consideró aldeas nucleadas cacicales, se presentó en algunas zonas a finales de El Bosque e inicios de La Selva. En el sitio de Nuevo Corinto (Figura 4) se ha ubicado un camino construido en esa época, y necesitamos aclarar la cronología de otros elementos como montículos y encierros, de los que sospechamos fueron construidos entonces. Asimismo, a una corta distancia, El Abuelo (Figura 4), un pequeño sitio de la misma época, muestra los elementos arquitectónicos básicos de los asentamientos más tardíos: un par de montículos pequeños que están asociados a una calzada que se integra a un encierro (Salgado, S.; Hoopes, J.W.; Aguilar, M. y Fernández, P., 2013), siendo lo más llamativo que este último se diseñó para integrar una fuente de agua superficial (Figura 5), dando sostén empírico a la afirmación de Michael sobre la importancia simbólica del agua y su control en la construcción ideológica de esas primeras sociedades de rango con una base productiva agrícola.

Por último, la autora ha constatado que el sitio El Tres (Figura 4), donde se reportaron rasgos funerarios con ofrendas del periodo de transición entre la dominancia del jade al oro (Stone, D. y Balsler, C., 1965), como espejos de pirita con inscripciones glíficas, jades y piezas de oro del Estilo Inicial, es en realidad parte de Severo Ledezma. Al respecto, Michael fecha algunos de estos rasgos entre el 400 y el 600 d. C., basado en la cerámica encontrada en ellos (Snarskis, 2003, p. 175). Esto evidencia que Severo Ledezma definitivamente fue un espacio de una sociedad de rango, quizás más compleja de lo que pensó Michael. Ante esto, resulta urgente volver a este sitio para realizar más trabajos y aclarar su papel en un contexto regional, sobre todo porque hasta ahora, se mantiene en un estado de conservación relativamente bueno.

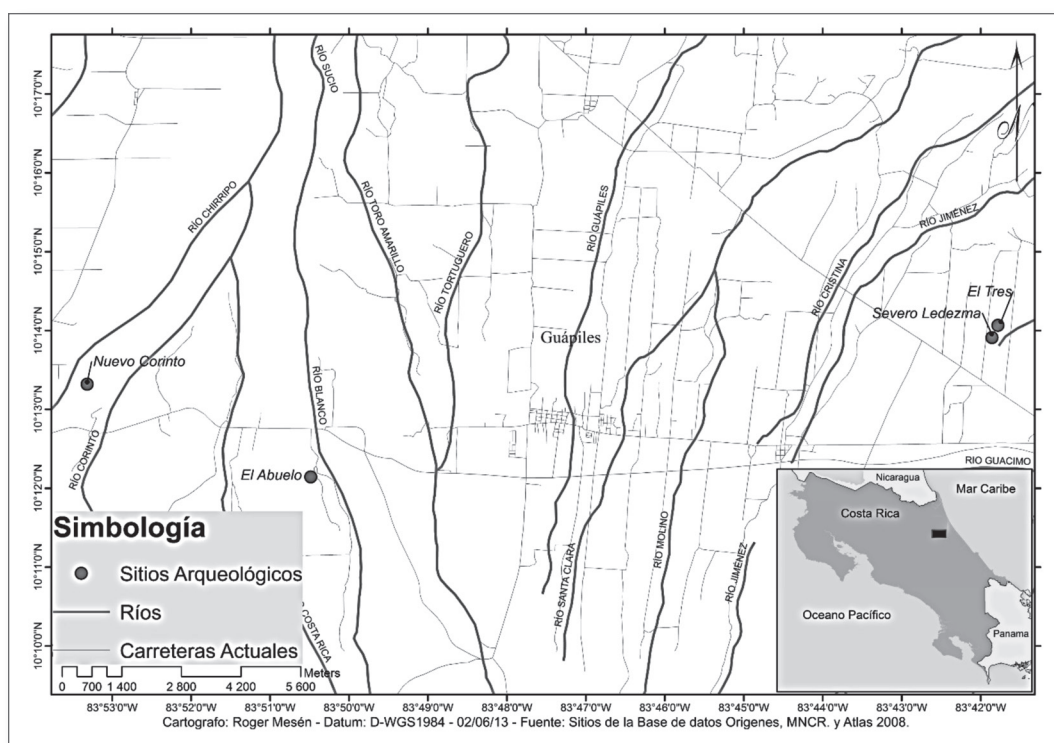


Figura 4. Mapa con ubicación de los sitios Nuevo Corinto, El Abuelo, El Tres y Severo Ledezma
Fuente: Elaboración Róger Mesén.

En su tesis doctoral Miguel estableció que su proyecto era el primer paso para que en el futuro se tenga una perspectiva más amplia, así como otras preguntas. Por diversas circunstancias no pudo desarrollarlo como lo pensó en ese momento, pero indudablemente su trabajo delineó interpretaciones y abrió las posibilidades para que otros lo pongan a prueba o lo reformulen, ya sea desde perspectivas similares o diferentes. Además mostró apertura para incorporar elementos teóricos y metodologías tanto de la historia cultural como de la nueva arqueología, pues consideró que no eran totalmente excluyentes sino complementarias, y argumentó que en el discernimiento de los problemas complejos con frecuencia la verdad reside parcialmente en cada una de las posiciones enfrentadas. La situación del debate teórico y metodológico en la arqueología ha cambiado desde que Michael expresó esa posición, pero la discusión de estas diversas posiciones debemos abordarla, a mi criterio, con la misma apertura que él mostró. Recientemente, y en esa misma dirección el destacado teórico posprocesual, Ian Hodder, ha manifestado su entusiasmo por la diversidad y la amplitud del debate teórico actual en la arqueología (Hodder, 2002, p. 77), dejando de lado posiciones ortodoxas y arrogantes que no contribuyen al debate franco y constructivo.

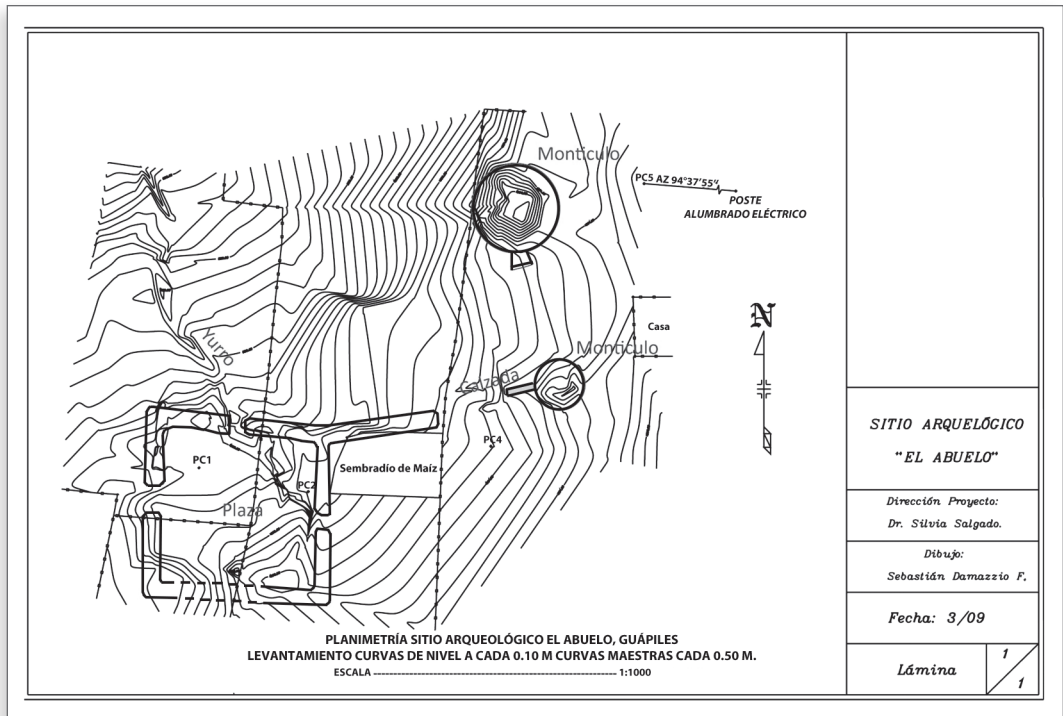


Figura 5. Plano de sitio El Abuelo

Fuente: Hoopes, J.; Salgado, S. y Arias, M., en colaboración con Maloof, G. y Aguilar, M. 2009.

Como hemos discutido, el modelo desarrollado por Michael fue modificado por él mismo, y trabajos recientes han generado información e interpretaciones que lo cuestionan y modifican. Así, los resultados antes discutidos, a mi criterio, sugieren que el modelo de Michael es ahora demasiado general para ser aplicado a amplias áreas y periodos, como ya lo discutió Mauricio Murillo (2009, 2010). Ante esto especulo que en el futuro las investigaciones nos mostrarán más sólidamente un proceso social que tuvo diferentes ritmos, momentos y movimientos en regiones variadas, donde con frecuencia las interacciones de escala mayor fueron importantes para los actores políticos.

Algunos especialistas han calificado el modelo como difusionista (p. ej. Corrales, 2005 y Murillo, 2010), pero creo que eso es una mala interpretación, pues él explicó en múltiples ocasiones tanto en su tesis como en todos sus artículos, incluyendo recientemente los de difusión en la revista de turismo *Outdoors*, que los pueblos de la región tuvieron una cultura con prácticas propias a la que incorporaron, en diferentes momentos y grados, ideas generadas por personas y pueblos de regiones de Mesoamérica y de América del Sur. Además, él

enfaticó en su tesis que las culturas del oriente de Costa Rica lejos de ser producto de las “altas culturas mesoamericanas”, como lo estableció Michael Coe (1962 citado por Snarskis, 1978), tenían un desarrollo propio de larga data. Simplemente consideraba válido el enmarcar los procesos sociales en diversas escalas geográficas, cuando la interpretación así lo requiriera, como es el caso del surgimiento y desarrollo tanto de la lapidaria del jade, como de la metalurgia, sobre las cuáles aún hay muchas preguntas sin resolver. Las causas del cambio social en el modelo de Michael se atribuyen al crecimiento de la población y al estrés ambiental que incluye la competencia por el territorio y los recursos de diversa índole, las respuestas sociales están inducidas por estos factores y los aspectos ideológicos son, en cierta manera, solo epifenómenos, mecanismos utilizados por las élites para legitimar su papel en la sociedad. Es decir, aunque Michael trata en algunos casos aspectos ideológicos materializados en los artefactos, no les atribuye a estos la causa del cambio social. Por su parte, la escala macroregional utilizada, no es antagónica con esta visión, solo enmarca los esfuerzos de los grupos de poder emergentes o consolidados, para expandir y controlar las redes sociales y económicas por las cuales transitaban bienes e ideas. En fin, desde mi perspectiva, fue congruente en la aplicación de sus postulados teóricos y metodológicos.

Las contribuciones de Miguel a la arqueología costarricense son innegables y perduran, y aún continuamos el diálogo con sus planteamientos. Además fue un investigador riguroso y sofisticado, que se atrevió a especular ante la falta de datos concluyentes. Leer y pensar su obra hace recordar su mente brillante y la generosidad con que compartió sus conocimientos, así como el entusiasmo y apertura con que siempre se aproximó a la producción de conocimiento sobre nuestra historia antigua.

Todos los que participamos en el simposio en su honor, lo hicimos con absoluto cariño y admiración por el maestro, colega y amigo que nos abrió puertas y nos entusiasmó para explorar las prácticas de los seres humanos que primero poblaron este territorio, lo moldearon y prepararon el camino por donde hemos llegado a nuestro presente. ¡Gracias a Michael por lo que nos has otorgado!

Comentarios, anécdotas e interpretación de costumbres mortuorias y rituales funerarios de 2000 años, Sitio Loma Corral (G-776 LC) Bahía Culebra, Guanacaste

Juan Vicente Guerrero

Introducción

Primeramente, debo manifestar que el Dr. Snarskis fue profesor, tutor del trabajo de graduación, compañero de trabajo en el Museo Nacional y participó conmigo en los proyectos de rescate del sitio La Fábrica, Nosara y La Ceiba entre 1979 y 1983. Posteriormente, estuve presente en el último trabajo realizado por Snarskis, en el sitio Loma Corral-3 (G-776 LC), durante los primeros meses del año 2006, en bahía Culebra, Guanacaste.

En este caso, he considerado conveniente exponer algunas anécdotas, comentarios y discusiones que tuvimos con respecto a la interpretación de ciertos rasgos culturales observados en dicho sitio. Resulta importante resaltar aquí, que Snarskis siempre fue muy acucioso e intuitivo, pues trataba de buscar varias explicaciones y ofrecer respuestas sobre los procesos sociales que se podían tejer con el registro arqueológico. En este sentido, he creído conveniente exponer algunas de las opiniones que fueron suscitándose durante el proceso de excavación e interpretación sobre el sitio mencionado.

Con este trabajo se logró tener un panorama general de las actividades ligadas a los rituales funerarios entre ellas: formas de enterramiento, tipo de sepulturas, rituales y ofrendas asociadas. De estas últimas sobresalen los materiales como: jades y piedras verdes, cerámica estilo Usulután, cerámica local, así como lítica pulida y lasqueada (Guerrero, 2006; Snarskis, 2007; Snarskis y Guerrero, 2007).

Antecedentes generales

Este sitio arqueológico fue registrado por la prospección realizada por el Museo Nacional durante los años 1978 y 1979 (Lange, 1980). Para el año 1994, el suscrito visitó de nuevo el sitio pero no se ejecutaron trabajos, ya que no había obras de infraestructura planificadas en el espacio que cubría el mismo (Figura 1).



Figura 1. Ubicación del sitio Loma Corral (G-776 LC) y otro lugar del mismo periodo con respecto a Bahía Culebra y la baja América Central

Fuente: Elaboración Julio César Sánchez H.

Los trabajos en este sitio iniciaron con una evaluación arqueológica a cargo del Dr. Snarskis, ya que se concesionaron los terrenos para desarrollar un complejo hotelero

denominado "The Point". El trabajo de evaluación consistió en una serie de pruebas de excavación, cuadros, calas y trincheras; con ello se logró observar una serie de acumulaciones de piedra de formas y tamaños diferentes, para las cuales en un principio el Dr. Snarskis planteaba varias hipótesis al respecto. Al determinarse que se debía de realizar una etapa de rescate, la legislación vigente manifiesta que en estos casos el Museo Nacional era el encargado de ejecutarla. Misión que se me encomendó, y la investigación de rescate se ejecutó entre el 2 de mayo y el 26 de junio de 2006 (se dio una negociación con la empresa, la cual pagaría a Snarskis y a su equipo para que trabajaran con el Museo con el fin de apresurar la investigación).

Objetivos del rescate

- Establecer el tipo de enterramiento, la forma y dimensión de las sepulturas, así como la asociación de materiales culturales presentes.
- Determinar si los rasgos culturales presentan inhumaciones individuales o colectivas que evidenciaran rango social diferenciado.
- Dilucidar la temporalidad de los rasgos funerarios y por ende del sitio, así como relacionar esta información con la secuencia local y regional.

Datos e información primaria

Como expuse anteriormente, el Dr. Snarskis y su equipo llevaron a cabo una serie de pruebas de excavación, calas, trincheras y ampliaciones, con las cuales se ubicaron acumulaciones de piedra que variaron en tamaño y forma. Primeramente, Snarskis consideraba que los rasgos de mayores dimensiones correspondían a posibles viviendas. Personalmente le mencioné, en una visita al sitio durante la evaluación, que para mí eran rasgos funerarios ya que en la mayoría de los casos conocidos en la península de Nicoya los cementerios del período Tempisque están ubicados en cerros con prominente vista al mar. Como lo atestiguan los trabajos en Las Huacas (Hartman, 1907), en Las Pilas (Lange, 1975), en Nosara (Guerrero, 1986) y en otros sitios mencionados (Guerrero, 1998). No fue hasta que Snarskis excavó uno de dichos rasgos y encontró los primeros artefactos que se convenció de la naturaleza de los mismos (Figura 2).

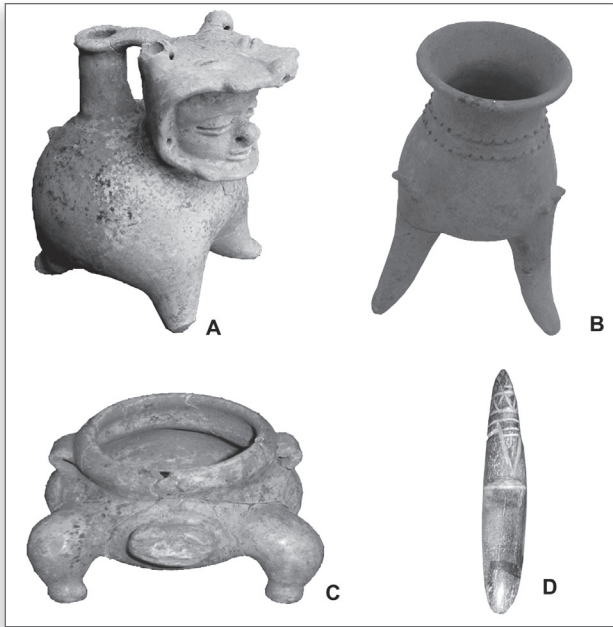


Figura 2. Artefactos asociados a la tumba 1 excavada por el Dr. Snarskis: A y C) cerámica Usulután, proveniente posiblemente de El Salvador; B) florero del tipo Santiago Aplicado, cerámica de la Gran Nicoya, y D) colgante de piedra verde de la Gran Nicoya

Fuente: Elaboración Julio César Sánchez H.

Cuando llegamos al sitio para iniciar el rescate, todas las acumulaciones de piedra estaban numeradas como rasgos culturales y el citado investigador tenía hipótesis para la posible función. En este sentido dimos continuidad a lo establecido, pero a nivel de visualización hubo algunas discrepancias.

Caracterización de los rasgos culturales

Los mismos se dividieron en cuatro tipos según tamaño, forma y ubicación dentro del sitio; para algunos se propusieron variantes.

Rasgos tipo 1

Este tipo de rasgos incluyó acumulaciones de unas cuantas piedras pequeñas, comparadas con las de los otros rasgos. Tenían una forma ovalada y no sobrepasaban los 130 cm de diámetro. La excavación demostró la no existencia de restos culturales, se observaron restos de carbón y algunas piedras oxidadas, pero al ser un tanto superficial, se asoció a quemadas recientes. Snarskis consideraba que podían estar vinculados con actividades complementarias

a las funerarias. Sin embargo, dos de ellas presentaron una bóveda que a nuestro entender pudieron ser enterramientos (Figura 3).

Rasgos tipo 2

Se denominó así a aquellas agrupaciones de piedra que variaban en tamaño y con forma irregular, los mismos no sobrepasan los dos metros de diámetro, pero lo más común era que midiesen 1,50 m por 1,30 m. Además, se encontraban distribuidos por la mayoría del sitio (Figura 4). Se consideraron como entierros de personas que pudieron formar la sociedad en general del grupo.

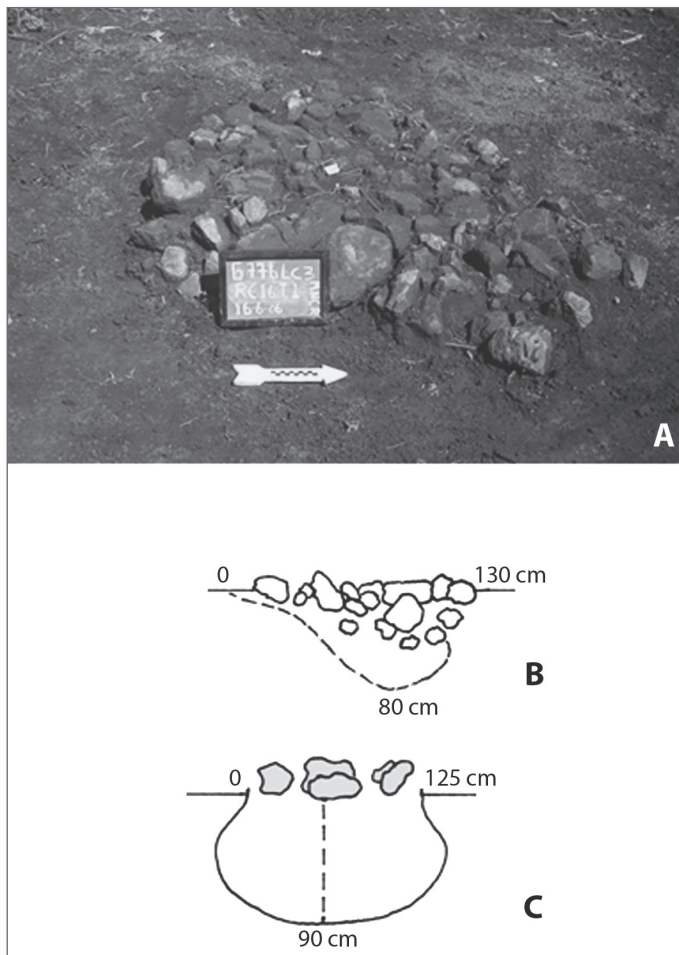


Figura 3. Ejemplo del rasgo tipo 1: A) acumulación de piedra en superficie, la cual no supera el 1.30 m de diámetro, B) en este caso el rasgo presentó una especie de bóveda y C) rasgo del mismo tipo con bóveda en forma de olla

Fuente: Elaboración del autor.



Figura 4. Acumulación de piedra en superficie del rasgo tipo 2, piedra de mayor tamaño con respecto al rasgo tipo 1

Fuente: Fotografía del autor.

Rasgos tipo 3

Estos rasgos corresponden a las agrupaciones de piedra de mayores dimensiones, por lo general entre 3 m y 5 m de diámetro, algunos de los cuales eran bastante circulares o redondeados y otros más alargados. Estos rasgos ocupaban la parte más alta de la loma y presentaban gran cantidad de fragmentos cerámicos sobre ellos, tipos como Ballena Inciso, Rosales engravado en zonas, Usulután y otros. El Dr. Snarskis sugirió que estos rasgos estaban dispuestos en alineamientos con sentido astronómico, ya que los rasgos 43, 38 y 2 parecían coincidir en línea recta con la puesta del sol (Figura 5).

En términos generales no consideré esa posición. No obstante, si coincidimos en que estos rasgos ocupaban la parte alta y eso reflejaba que en ellos se encontrarían los personajes de mayor rango u posición del grupo enterrado allí, pues se reflejó en el tipo de ofrendas encontradas en asociación (Figura 6).



Figura 5. Rasgo tipo 3: A) acumulación de piedras en rasgos de mayor dimensión, y B) vista en la que se aprecia la alineación con respecto a la puesta del sol planteada por Snarskis

Fuente: Fotografía de Michael Snarskis.



Figura 6. Enterramiento del rasgo cultural 38: A) ajuar funerario asociado al rasgo, B) investigadores a cargo del proyecto y C) conjunto de artefactos líticos del rasgo

Fuente: Fotografías de Eduardo Volio V. y el autor.

Rasgos tipo 4

Estos rasgos consistieron en pequeñas agrupaciones de rocas, dispuestas de forma diferente, pero la mayoría de ellas estaban alrededor de los rasgos tipo 3, es decir, los de mayor tamaño. Lo que Snarskis consideró como personajes que eran marcadores de tumbas de personajes de posible filiación clánica o ligados a los importantes. Sin embargo, al presentar características diferentes se subdividieron en:

Variante 1

Aquellos que presentaban una especie de hoyo o cavidad al centro y que no bajaban mucho. Para ellos Snarskis postuló que funcionaron como anclajes o lugares en los cuales se colocó alguna estatuaria o postes de madera. Esto lo pensaba Snarskis porque en un principio creía que los rasgos grandes (3) eran viviendas y que esas supuestas estatuas u esculturas realizaban el status de sus moradores (Figura 7). Yo no compartía esa hipótesis, pero postulé que si sirvieron para colocar algo podría tratarse de envoltorios de los muertos, esperando que perdiesen sus partes blandas, para luego recogerlos limpiarlos y posteriormente realizar el entierro de forma secundaria, igual a lo observado en el golfo de Nicoya en el sitio La Regla (Guerrero, 1992). Lo cual parece tuvo lugar en Loma Corral, observando lo pequeño que eran varias de las bóvedas excavadas. Además, esto genera algún sentido tomando en cuenta que si esos rasgos en el cementerio ubicado en lo alto se utilizaron para colocar a los difuntos, no llegaría ningún mal olor a los habitantes de las aldeas ubicadas en las partes bajas, un tanto alejadas.



Figura 7. Acumulación de piedra de manera vertical característica del rasgo tipo 4

Fuente: Fotografía del autor.

Variante 2

Consistieron en agrupaciones de rocas que no ocupan un espacio horizontal sino vertical, algunas llegan hasta el cascajo haciendo una formación que asemeja a un mojón. En realidad corresponden a otra forma de demarcar o señalar un enterramiento, ya que la mayoría hacía coba o bóveda y tenían artefactos (Figura 8).

Resultados

En este sitio se observó que las fosas fueron demarcadas en superficie con piedras de diferente tamaño y movilizadas desde una cantera cercana, a escasos 60 m. Los rasgos culturales tenían dimensiones también diferenciadas, apreciándose conformaciones circulares, rectangulares e irregulares, que oscilaban entre 1 m y 5 m de diámetro. Se considera que en este sitio todos los entierros tenían piedra aunque fuese solo una (Figura 9).



Figura 8. Acumulación de piedra de manera vertical que llega hasta el cascajo, variante del rasgo tipo 4

Fuente: Fotografía del autor.



Figura 9. Entierro 44 demarcado por piedra, solo una en este caso

Fuente: Fotografía del autor.

Se determinó la presencia de más de 70 agrupaciones de piedras o rasgos, las cuales fueron clasificadas en cuatro tipos básicos según tamaño y forma. La mayoría de los rasgos de piedra resultaron ser marcadores de enterramientos mientras otras agrupaciones fueron vinculadas a actividades posiblemente complementarias a los rituales funerarios.

Los enterramientos

Tomando en cuenta que no todas las fosas presentaban restos humanos o artefactos, se plantearon los siguientes parámetros para definir los enterramientos:

- Primero, presencia de la piedra. Se observó que todos los enterramientos estaban marcados con piedra aunque fuese una.
- Segundo, aparecen restos humanos, ya sea dientes o huesos, que demuestran la existencia de uno o más individuos enterrados.
- Tercero, se encuentran artefactos cerámicos, líticos, entre otros.
- Cuarto, presencia de bóveda, fosa o coba bien marcada, fuese en el cascajo o en la tierra.

Tipos de fosas y enterramientos

Con la utilización de los parámetros mencionados se identificaron más de setenta entierros, de los cuales 37 presentaron restos humanos, principalmente dentales. Algunas de las fosas menos claras fueron las que no llegaron hasta el cascajo, pero sí se diferenciaron por los cambios mostrados en la coloración del terreno. En términos generales, la mayoría de los cuerpos o individuos fueron depositados en fosas, que clasificamos en tres formas principales llamadas: estilos Cámara Lateral (Figura 10), Olla (Figura 11) y Paila (Figura 12). Basándonos en el tamaño y forma de las fosas, consideramos que los muertos se enterraron posiblemente de manera secundaria, otros flexionados y algunos pocos extendida. Así como cremados, ya que se encontró una agrupación de seis individuos que fueron cremados; es decir, en el sitio existen prácticamente todas las formas conocidas de enterramiento, lo más importante en un mismo período.

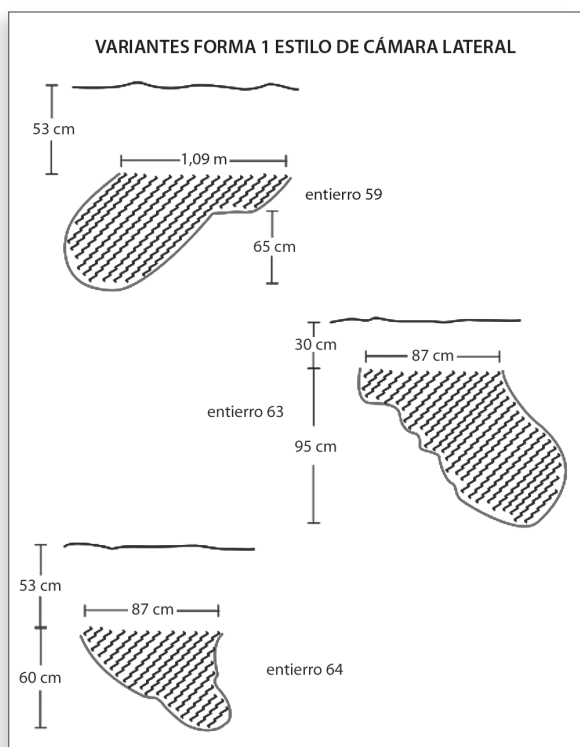


Figura 10. Variante 1 de las fosas excavadas en el sitio Loma Corral (G-776 LC)

Fuente: Elaboración Harry Massey R.

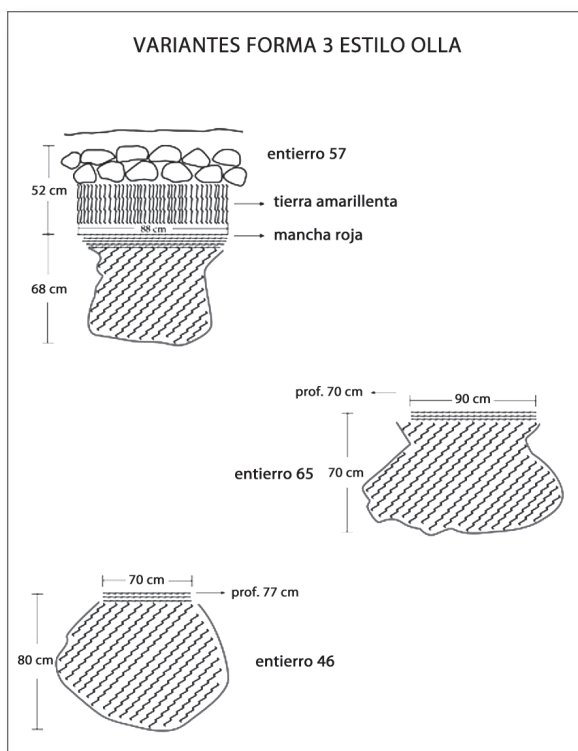


Figura 11. Variante 2 de las fosas excavadas en el sitio Loma Corral (G-776 LC)

Fuente: Elaboración Harry Massey R.

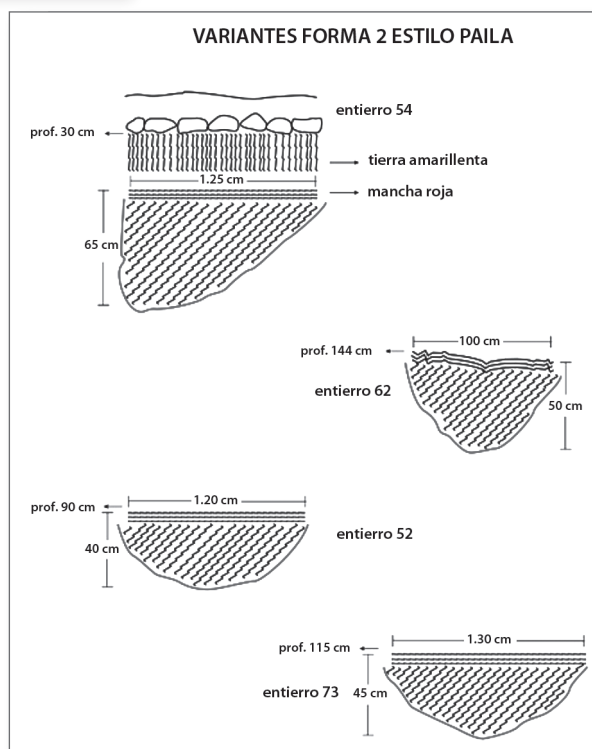


Figura 12. Variante 3 de las fosas excavadas en el sitio Loma Corral (G-776 LC)

Fuente: Elaboración Harry Massey R.

Materiales asociados

Los restos arqueológicos asociados a los enterramientos provienen de dos fuentes. Primero, aquellos materiales fragmentarios cerámicos y líticos, que en ocasiones se encontraban sobre las piedras o formando parte del relleno de las sepulturas, de donde provienen varios fragmentos cerámicos de Usulután, y gran cantidad de cerámicas locales. Se cuenta también con artefactos alterados o “matados”, encontrados sobre las agrupaciones de piedra, que sugiere fueron depositados posterior a la inhumación, es decir, corresponden a ofrendas póstumas (Badilla y Odio, 2005). Segundo, el material artefactual proveniente de las fosas que conformaron los ajuares funerarios como tales.

Se recuperaron un total de 101 artefactos asociados directamente a las fosas; el jade, entendiendo este como jadeíta y “jade social”, ocupó el primer lugar. De 61 jades recobrados 56 fueron trabajados con piedras de origen local, como serpentina, lutita, peridotita, calcedonia y cuarzo. Cinco fueron hechos de jadeíta, la que probablemente proviene de la fuente Motagua en Guatemala. La presente lapidaria está compuesta principalmente por colgantes zoomorfos y antropomorfos, cuentas tubulares y discoidales utilizadas en collares y pulseras (Figura 13).



Figura 13. Ejemplo de cuentas discoidales y tubulares provenientes del sitio Loma Corral (G-776 LC)

Fuente: Fotografía del autor.

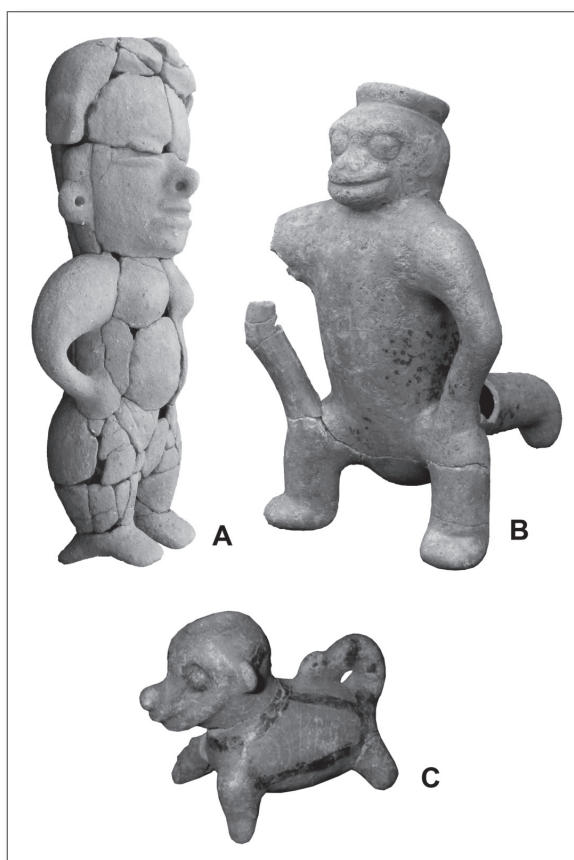


Figura 14. Artefactos efigies asociados a personajes de estatus: A) figura humana de cerámica Usulután, B) figura de mono de cerámica Rosales y C) figura de pizote de cerámica Rosales

Fuente: Elaboración Julio César Sánchez H.

La cerámica fue el segundo material en importancia con 24 piezas del total de artefactos. De estas, 10 corresponden a vasijas efigies, 5 Usulután, 4 Rosales Engravado en Zonas y 1 ocarina tipo Marbella. Esto nos parece significativo, ya que estas son piezas ligadas a actividades rituales y ceremoniales, las cuales deben haber estado en manos de personajes de cierto estatus como jefes, chamanes, jefe de linaje o de clan. (Figura 14 y ver Figura 2). La cerámica restante comprende ollas globulares medianas, trípodas y otras ollas pequeñas. Las mismas corresponden a los tipos Bocana Inciso, Ballena Inciso, Santiago Aplicado, Rosales Engravado en Zonas entre otros, todos asociados a la fase local Orso (300 a. C.- 250 d. C.) (Figura15).

El tercer grupo lo constituye la lítica pulida y picada con 12 artefactos; dentro del cual el grupo de los metates es el más importante con 7, un hacha pulida, un martillo y dos lascas. Por último, están dos colgantes de concha y dos de resina vegetal, los cuales corresponden al 1,6 % de la muestra artefactual.

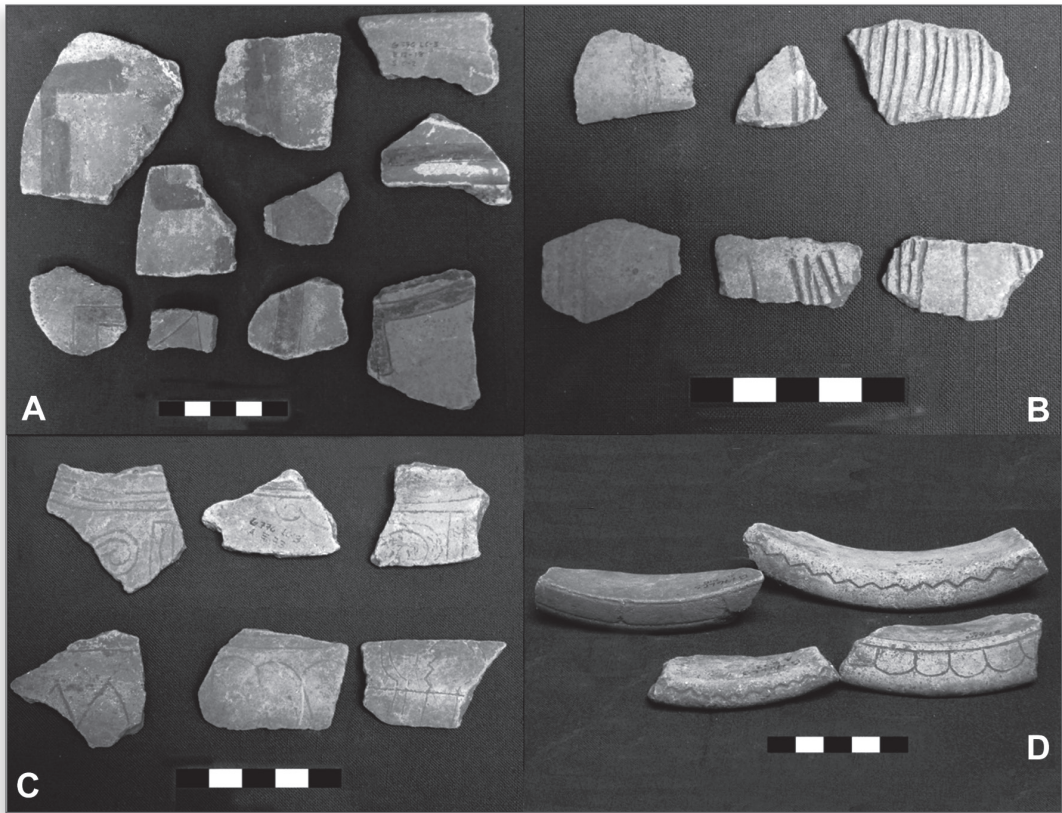


Figura 15. Cerámica de la Gran Nicoya: A) Tipo Rosales engravado en zonas, B) Tipo Bocana Inciso, C y D) Tipo Ballena Inciso

Fuente: Fotografías del autor.

Con el análisis de los datos y materiales asociados se evidencia que hay un proceso histórico temprano en las relaciones interregionales entre los grupos del sur de América Central, con los ubicados más al norte. Posiblemente se gestó a partir del primer milenio antes de Cristo. Al parecer las poblaciones locales estaban constituidas por grupos socio-políticos, organizados en tribus y linajes, y vivían en caseríos dispersos. Al final del periodo local, que corresponde con el Preclásico Tardío mesoamericano, se consolidan como sociedades diferenciadas, en capacidad de establecer contactos con aquellas sociedades.

El tipo de cementerio (ubicado en estos cerros), donde se aprecia gran gasto de energía de la población para enterrar a sus parientes y los restos materiales asociados, sugiere la presencia de varios personajes con gran conocimiento de diferentes tópicos de la comunidad: entre ellos, geólogo, artesano, aprendiz, chaman, geólogo, enterrador, chaman encargado de la preparación del difunto y posiblemente otros.

En el cementerio parecen estar representados los diferentes grupos de edad de la comunidad, niños menores de 5 años, entre 5 y 15 años, entre 16 y 20, así como mayores.

En relación con los materiales provenientes del sitio, queda bien claro que los objetos de jade ocupan el primer lugar y que la gran mayoría de los mismos fueron manufacturados con materias primas locales. La cerámica, por su parte, ocupa el segundo puesto, siendo bastante fuerte la presencia de figuras antropomorfas y zoomorfas (estilo Usulután y Rosales Engravado en Zonas) y la lítica pulida de tercero en importancia. Un aspecto significativo que presenta el sitio con respecto a otros de la misma época es la poca presencia de metates y la ausencia total de masas ceremoniales o guerreras, presentes en otros sitios de la península durante la misma época.

Se logró visualizar que todos los enterramientos fueron demarcados con piedra, aunque fuese solo una, bajo la que se depositaron los individuos y las ofrendas. De acuerdo con la forma de las fosas o sepulturas varió el tamaño y la profundidad de las mismas, con lo que se llegó a establecer tres formas principales de fosas.

En fin, se concluyó que en el sitio se dieron prácticamente todos los tipos de enterramientos conocidos en el noroeste de nuestro país, como son los secundarios, flexionados, cremados y quizá extendidos. Esto es un aspecto de gran relevancia, ya que por primera vez controlamos este complejo sistema de enterramiento en un mismo sitio y lo que es más importante aún, en un mismo lapso temporal.

La cuña (“WEDGE”) histórico-cultural entre el sur de Mesoamerica y la Gran Nicoya: una propuesta

Frederick W. Lange

Introducción

Desde mis primeras investigaciones en Costa Rica (Lange, 1969, 1970, 1971), y luego con la ampliación de mis intereses en el tema, he estudiado los datos y teorías vinculados con la presencia de artefactos mesoamericanos en la subárea conocida como Gran Nicoya. Siempre me llamó la atención la presencia de artefactos y símbolos claramente mesoamericanos, así como la ausencia de asentamientos mesoamericanos en la misma.

Miguel Snarskis dedujo la presencia de Mesoamérica en Costa Rica con base en sus investigaciones más que todo en el Atlántico; en mis investigaciones en el Pacífico del país y de adicionales en Nicaragua (Lange *et al.*, 1992; Lange, 1995, 1996, 1997), también encontré la de Mesoamérica.

Dado la oportunidad de participar en este simposio dedicado a Miguel Snarskis, así como en la elaboración del presente libro, decidí honrarlo con un trabajo nuevo.

Esto fue posible, gracias a la invitación que me hicieron la Dra. María del Carmen Araya, directora del posgrado en Antropología; la Dra. Laura Cervantes, directora de la Escuela de Antropología, y la Dra. Silvia Salgado, coordinadora del Laboratorio de Arqueología.

La colaboración y cooperación del Dr. Ronald L. Bishop en investigaciones sobre el jade y la policromada en Guanacaste y la Gran Nicoya con el patrocinio de la Fundación JFM de Denver, Colorado han sido aportes invaluable en este artículo.

Este ensayo pretende dar a conocer mis más recientes pensamientos en cuanto a la interrelación entre el sur de Mesoamérica y la Gran Nicoya (un término que todavía considero útil) a través de una cuña o lo que estoy denominando como “la Cuña del Sur de Mesoamérica” (CSM); *la definición de una cuña cultural se basa en el contraste del inventario de artefactos e idiomas que están dentro de la cuña y los que están fuera de la misma*. El ensayo trata de un modelo cuya aplicación es antigua para la arqueología del occidente del continente norteamericano, pero nuevo en la arqueología de la Gran Nicoya. Dicha CSM trata de la relación entre el sur de Mesoamérica y la Gran Nicoya durante 3,000 o más años, facilitada por unas 7 entradas mesoamericanas distintas, con un resurgimiento Chibcha entre 300 d. C. y 700 d. C.

Propongo que el concepto de una cuña arqueológica, como el aplicado a la interfaz del sur de Mesoamérica/Chibcha, específicamente a la Gran Nicoya, proporciona un dispositivo heurístico más estructurado para investigar e interpretar el comportamiento social-económico-religioso prehistórico dentro y fuera de los límites de la cuña, que los conceptos migratorios más tradicionales como avances de fronteras y conquistas.

El modelo CSM también plantea, si se resumen los datos arqueológicos y se toman en cuenta comparaciones etnográficas, la existencia de comportamientos sociales-económicos-religiosos que posiblemente se desarrollaron para ayudar a mantener las relaciones internacionales. Los planteamientos se enfocan en antiguas rutas tradicionales de senderos, con los viajeros guiados por elementos del paisaje como la cadena de volcanes centroamericanos, símbolos visuales regionales como el arte rupestre asociado con las rutas tradicionales, además de otros a nivel de aldeas antiguas e individuos.

Asimismo, debo mencionar los patrones de intercambio entre individuos y grupos, sin menospreciar el potencial de investigaciones más analíticas como el ADN. Habrá, sobre todo, que desempolvar la información arrojada por los datos históricos, etnohistóricos, arqueológicos y fisicoquímicos existentes para corroborar la propuesta.

Investigaciones anteriores

Desde las investigaciones hechas por Samuel K. Lothrop (1926), la cerámica policromada del noreste de Costa Rica llamó la atención de generaciones de arqueólogos nacionales e internacionales. La subárea arqueológica, que Albert Holden Norweb bautizó (1961, p. 10; 1964, p. 551) como la “Gran Nicoya” ha ocupado, por lo menos durante 3000 años un lugar clave a través de lo que más recientemente se ha llamado la “interfaz mesoamericano/Chibchoide”.

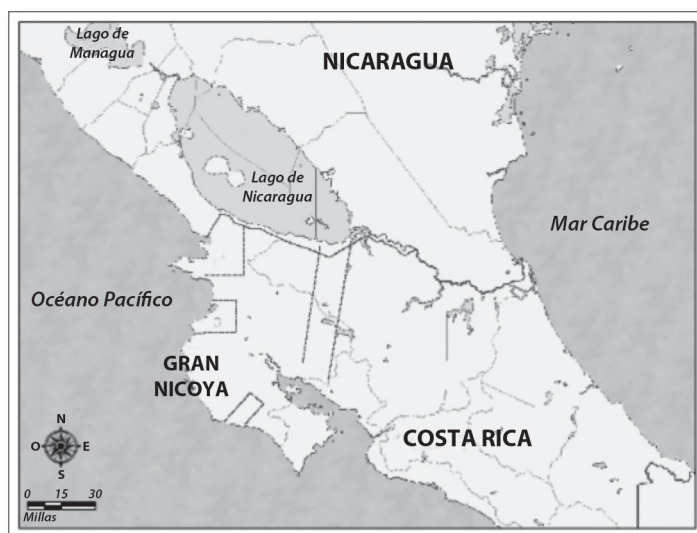


Figura 1. Mapa de la Gran Nicoya (Concepto del autor, diseño y elaboración, David Cisneros)

Fuente: Tomado de Lange y Norr (1986: Figura 1)

Con su límite norteño entrelazado con el sur de Mesoamérica, y sus límites sureños y orientales con las culturas Chibcha del Caribe y Sudamérica; la subárea arqueológica Gran Nicoya por décadas ha sido un laboratorio potencial para el estudio de relaciones prehistóricas cambiantes y evolutivas. En cuanto a los límites geográficos de la Gran Nicoya, y como con cualquier unidad espacial cultural, los trabajos realizados con anterioridad sugieren que en el futuro la Gran Nicoya sería estirada y encogida en varios lugares y momentos conforme se fueran acumulando nuevos datos. Sin embargo, un creciente número de investigadores se tropezaron con problemas de distribución espacial, tales como:

- ¿A qué nivel de la Cordillera de Guanacaste se extendió la Gran Nicoya?
- ¿Se extendió hasta el otro lado de la cordillera?
- ¿Cuán lejos hacia el sur de Cañas debería ser dibujada la línea limítrofe?
- ¿Las islas en el Golfo de Fonseca están incluidas?
- ¿En Nicaragua, incluyó los lagos de Nicaragua y Managua, respectivamente?
- ¿Cuán lejos hacia el Este se expandió el límite al otro lado de los lagos?
- ¿Se extendió tan lejos hacia el norte del Golfo de Fonseca?
- ¿Incluyó el Golfo de Fonseca?

En resumen, el espacio conocido como Gran Nicoya se expande y contrae en diferentes momentos, basados más que todo en la presencia o ausencia de un inventario de tipos y variedades diagnósticos de la cerámica precolombina, alguna con símbolos y formas que nos

recuerdan mucho el simbolismo y las formas de Mesoamérica. Otros autores explicaron la presencia de artefactos y símbolos mesoamericanos en la Gran Nicoya, como el resultado de varias migraciones que frecuentemente se pensó fueron estimuladas por eventos políticos en el centro o el sur de México. Aparte de este “empujón”, pocos detalles fueron proveídos en cuanto al tipo de migración. Pero, de manera general, podríamos pensar que este proceso de migración resultaría en una más amplia dispersión espacial, de la ya existente, de artefactos diagnósticos de mesoamérica, a través del norte de Costa Rica.

Hace cuarenta años cuando el inventario arqueológico de la Gran Nicoya era poco, todavía se tornaba plausible tener la esperanza de un valle sin explorar con un sitio hermano previamente desconocido para La Venta, Teotihuacán, Tikal o Tula que podría haber ayudado a resolver el problema de la presencia pero no permanencia mesoamericana. Pero esto ya no es una posibilidad. La trayectoria de la investigación nos ha llevado a nuevas pistas para la interpretación del pasado de esta región.

Mientras que la investigación de la Gran Nicoya se ha desarrollado durante los últimos 80 años, una lista de preguntas sin contestar se ha acumulado gradualmente, entre ellas:

- ¿Por qué la producción de cerámica policromada y la distribución de obsidiana solamente ocurrió en el Pacífico de la Gran Nicoya?
- ¿Por qué aparecieron artefactos mexicanos de vez en cuando como artefactos aislados, pero nunca ocurrieron de manera más concentrada?

Vale enfatizar que en términos de la cerámica policromada y la obsidiana, no estamos hablando de presencia o ausencia absoluta, si no de las densidades relativas de ambas clases de artefactos. En otras palabras, es la excepción que hace la regla.

- Dado el modelo centralizado/jerárquico presentado por las culturas mesoamericanas más complejas ¿por qué no había más que un puño de aldeas pequeñas (2 o tal vez 3 máximo) bajo el control de un solo cacique cuando los españoles llegaron por primera vez a la Gran Nicoya?
- ¿Por qué habían varios lugares con nombres mesoamericanos, pero ninguna indicación de un asentamiento permanente?

Propuesta de adaptación de una estratagema heurístico de otra área del hemisferio occidental

Dicen que viajar es educarse, y ahora viviendo en California, con un nuevo contexto prehispánico para aprender e investigar, se me ocurrió que el concepto sudcaliforniano de una “cuña” prehistórica a protohistórica, según la definición elaborada por Kroeber (1925, p. 578-580), tenía el potencial de proveer una estructura analítica más productiva para la Gran Nicoya.

El ejemplo de la Cuña Takic en California

El concepto de “cuña” en el sentido de Kroeber se base en el contraste claro de un grupo de rasgos culturales dentro de una especie de pasillo geográfico (Figura 2), y otro de rasgos culturales diferentes fuera del pasillo geográfico.

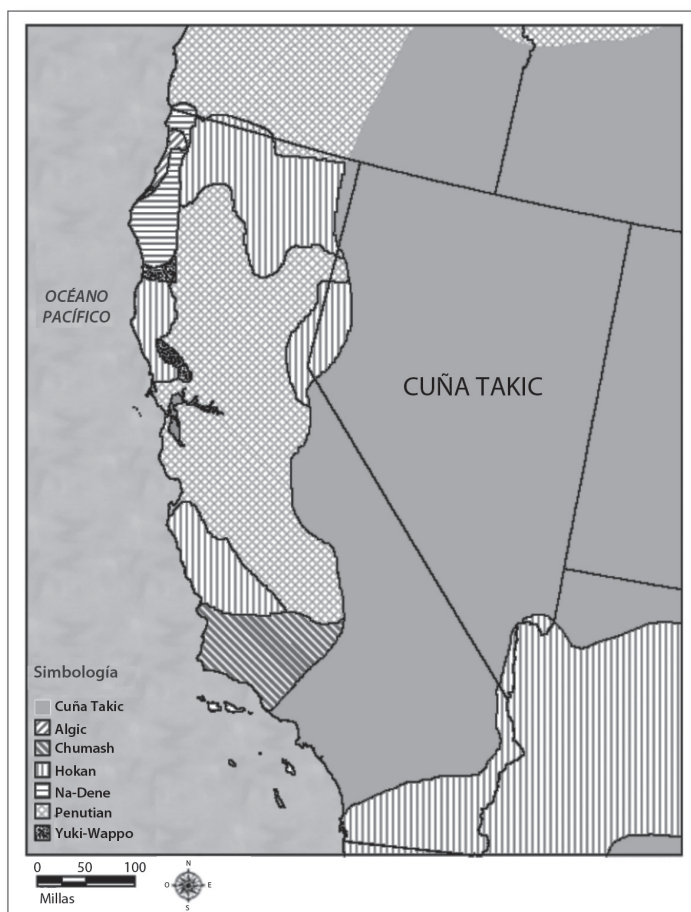


Figura 2. Cuña Takic en California

Fuente: Kroeber 1925, diseño y elaboración, David Cisneros.

En California, uno de los contrastes más fuertes se da en el lenguaje, comprobado por la investigación arqueológica: las diferencias arqueológicas se notan entre los grupos de lengua Takic dentro de la cuña, con los grupos de lengua Hokan distribuidos a ambos lados de la misma. Otros contrastes comprenden: diferencias arqueológicas entre los grupos de lengua Takic dentro de la cuña, con y los grupos de lengua Hokan, distribuidos a ambos lados y fuera de la misma. Otros contrastes son:

- Diferencias en los patrones de tejer (Rozaire, 1967, p. 330).
- Morfología de esqueletos humanos (Titus, 1987; Vellanoweth and Altschul, 2002: p.102-104; Kerr *et al.*, 2002).
- Diferencias entre los grupos de lenguas dentro de la cuña Takic (Kroeber, 1925, p. 551).
- Diferencias en el estilo del mango del anzuelo para pescar que coincide con las diferencias lingüísticas sobre la costa (Strudwick, 1986, p. 286).
- El uso ceremonial por parte de los grupos Takic dentro de la cuña, del estilo suroeste de la arena pintada en forma de símbolos ceremoniales (estilo Navajo sandpainting; Klah, 1964) (Kroeber, 1925, p. 661; Bean and Shipek, 1978, p. 556).
- Entierros cremados dentro de la cuña y entierros con esqueletos inhumados fuera de la cuña.

Los datos de mtDNA indican una discontinuidad genética entre antiguos indios americanos en los "Great Plains", anterior al tiempo de la expansión Numic, y los habitantes locales modernos descendientes de los inmigrantes Numic. Kaestle y Smith (2001) apoyan la teoría de una reciente expansión Numic (el Takic y el Numic son, ambos, idiomas Uto-Azteca). En la cuña Takic se pueden haber originado relaciones sociales, comerciales y religiosas, entre los grupos de los Great Plains y los grupos étnicos costeros en el período histórico reciente.

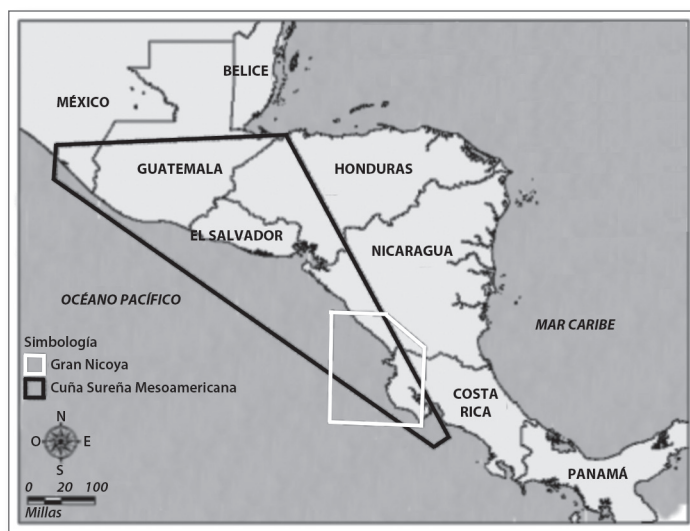
La Propuesta Cuña Sureña Mesoamericana (CSM)

Basado en los datos disponibles, propongo que existía una CSM. Con su formulación, adquirimos otra herramienta para la investigación e interpretación. La figura 3 ilustra la forma propuesta y la cobertura espacial de la CSM. Geográficamente, Gran Nicoya es la subárea dentro de la cual ocurrió la mayoría de la interacción Sureña Mesoamericana-Chibcha. Desde los comienzos de las investigaciones en la Gran Nicoya en la década de 1920, la coexistencia de la gente de Mesoamérica y Chibcha ha sido aceptada por la mayoría de los científicos, pero sin profundizar en las investigaciones al respecto. Como ya mencioné anteriormente, se pensó

que el proceso de migración y difusión resultaría en una mayor dispersión de artefactos diagnósticos sureños-mesoamericanos a través de la Gran Nicoya, mientras que una distribución mucho más restringida en un pasillo o cuña, y tardando más de 3,000 años, representa otro patrón socio-político-económico-religioso, o un poco de todo.

Figura 3. Forma propuesta y cobertura espacial de la Cuña Sureña Mesoamericana

Fuente: Concepto del autor, diseño y elaboración, David Cisneros)



Como se puede observar en el Cuadro A, la CSM se caracteriza por:

- Cerámica policromada dentro de la cuña y cerámica monocroma fuera de esta.
- Artefactos de obsidiana dentro de la cuña y su ausencia relativa fuera de la misma.
- Lugares con nombres mexicanizados al interior de la cuña y su ausencia en el exterior.
- Mutilación dental dentro de la cuña y su ausencia fuera de ella.
- Grupo de entierros ancestrales dentro de la cuña y entierros individuales fuera de la misma.

Un detalle importante para recordar es que desde el momento de la entrada de las primeras poblaciones en la Centroamérica durante los periodos Paleo-Indio y Arcaico, la relación entre la Gran Nicoya y los puntos de origen de estas poblaciones fue bidireccional (norte-sur y sur-norte), en vez de unidireccional, de norte a sur. En el pasado, la mayoría de los escritos científicos sobre migración en la Baja Centroamérica (México-Gran Nicoya) solamente han contemplado movimientos unidireccionales (norte-sur) (cf. Stone, 1977; Lopez Callejas, 1980).

Cuadro A.
Artefactos dentro y fuera de la propuesta CSM

Interior de la Cuña	Fuera de la Cuña
Cerámica policromada	Cerámica monocroma
Artefactos de obsidiana	Ausencia de artefactos de obsidiana
Nombres de lugares mexicanos	Ausencia de nombres de lugares mexicanos
Mutilación dental	Ausencia de mutilación dental
Vasijas para entierros en forma de zapatos	No vasijas para entierros en forma de zapatos
Agrupaciones de esqueletos de generaciones anteriores junto a entierros más recientes	Ausencia de agrupaciones de esqueletos de generaciones anteriores junto a entierros más recientes
Herramientas para trabajar el jade	No herramientas para trabajar el jade
Herramientas para trabajar el oro	No herramientas para trabajar el oro
Pintura cerámica resistente	Falsa pintura cerámica resistente
Lenguas relacionadas con lenguas mexicanas	Lenguas relacionadas con lenguas Chibcha

Fuente: Elaboración propia.

Los líderes indígenas que fueron entrevistados por los sacerdotes y cronistas después de la invasión española mencionaron que uno de ellos (quien residió más lejos al norte, quizás aún más al sur en México) profetizó poco antes de su muerte que la gente de Nicarao debía asentarse cerca de un lago de agua dulce desde donde podrían ver una isla con dos picos. Como Paul F. Healy (1980, p. 22) acentuó: La profecía describe indudablemente el Lago de Nicaragua y la Isla de Ometepe que tiene dos picos volcánicos y soporta hoy el nombre Náhuatl de “dos montañas”. La implicación clara es que los mexicanos tenían conocimiento de este lugar, probablemente informados por viajeros anteriores. Es casi seguro, con base en el seguimiento de la introducción de símbolos mexicanos, que a partir de la cuarta extensión (véase Cuadro B), la ubicación y distancia (en días de caminata o en una lancha abrazando la costa) fueron de conocimiento común en el sur de México.

Las relaciones espaciales dentro de las cuales una presencia cultural intermitente mexicana está flanqueada a través de por lo menos tres milenios por una cultura Chibcha preexistente, sugiere muchas oportunidades para el conflicto (Chacón y Mendoza, 2007; Chacón y Dye, 2008; Haas, 1990). Una evaluación de la presencia o ausencia de “guerra y paz” en o alrededor de la cuña nos ayuda a determinar si los objetivos principales de la cuña fueron políticos-militar, económicos, sociales o religiosos, o una mezcla de estos comportamientos.

Cuadro B.
Extensiones Sureñas Mesoamericanas

Primera Extensión Sureña Mesoamericana (1800-1500 a. C.).
Segunda Extensión Sureña Mesoamericana (1500-600 a. C.).
Tercera Extensión Sureña Mesoamericana la Extensión Rosales/Usulután (600 a. C.-300 d. C.).
Cuarta Extensión Sureña Mesoamericana (300-750 d. C.).
Extensión Norteña de un Resurgimiento Chibcha (300-750 d. C.).
Quinta Extensión de la Cuña (750-1300 d. C.).
Sexta Extensión de la Cuña (1300-1400 d. C.).
Séptima Extensión de la Cuña (1400-1520 d. C.).

Fuente: Elaboración propia.

Aunque hay un debate continuo con respecto a la duración de la cuña Takic en California, algunos arqueólogos californianos (cf. Grenda y Altschul, 2002) han proyectado periodos largos, o más largos, que los 3.000 años propuestos para la CSM.

En el Cuadro A se puede observar cómo las categorías de la propuesta CSM tienen similitud con la Cuña Takic arqueológica, lingüística o tecnológicamente. Este patrón de interior-exterior en la CSM es semejante al visto entre la cuña de Shoshonean o cuña Takic, o grupo de idiomas de adentro de y el Hokan o grupo de idiomas del exterior en el sur de California (Figura 4).

Así como la Cuña Takic representó una sucesión de interacciones entre la gente del interior de los llanos y los pueblos preeuropeos de la costa Pacífica de California, el patrón propuesto de las extensiones del sur de Mesoamérica dentro de la Gran Nicoya representa una sucesión de interacciones entre esas dos regiones o subáreas. En ambos ejemplos, una variedad de artefactos culturales representó a los pueblos dentro de las respectivas cuñas. Los idiomas que fueron hablados en la CSM incluyeron las tribus de habla Náhuatl como las que habitaron las vecindades del actual Bagaces, Costa Rica; los Nicaraos en Nicaragua y los Nahuatlato. Como mencionó Gordon R. Willey, estos grupos probablemente fueron inmigrantes de Mesoamérica, se trasladaron a Rivas y Guanacaste, y que desplazaron a las tribus de idioma Chibcha como el Rama, Guatuso y Huetar al este y al sur (Salgado y Vázquez, 2006).

En el caso de la cuña Takic, la motivación de movimientos hacia el oeste en los llanos y al suroeste, parece haber sido los recursos costales de la "ensenada" de California. Como

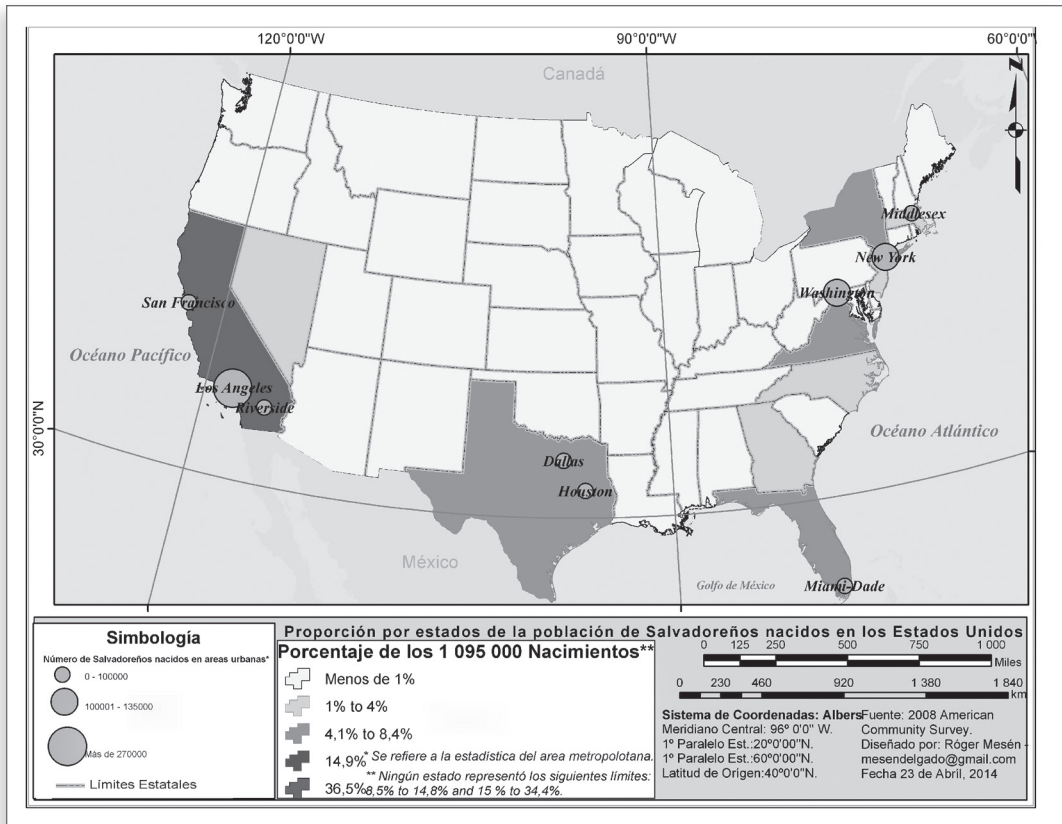


Figura 4. Densidad de la Población salvadoreña en los Estados Unidos. Ejemplo de Migración dirigida con base en la experiencia histórica

Fuente: adaptada de la 2008 American Community Survey, diseño y elaboración, David Cisneros.

podemos observar, la CSM podría haber tenido objetivos marinos similares, especialmente en el Golfo de Fonseca, la Isla de Chira en el Golfo de Nicoya, las Islas de Solentiname en el Lago Nicaragua y la Isla Caño, lejos de la costa pacífica de la Península de Osa, que fue intermedia entre la Península de Osa, la Península de Azuero de Panamá y de Sudamérica. A continuación, entenderemos mejor algunos de los mecanismos que facilitaron la CSM.

Senderos tradicionales

Ya mencionamos a los líderes indígenas que fueron entrevistados por los sacerdotes y cronistas después de la invasión española y la profecía, indudablemente identificando el Lago de Nicaragua y la Isla de Ometepe con dos picos volcánicos y que lleva el nombre Náhuatl

de “dos montañas”. ¿Los líderes nativos entrevistados por los colonizadores cronistas eran refugiados, devotos peregrinos, turistas, comerciantes o al menos alguno de ellos? Podemos observar que quienesquiera que ellos fueron, su conocimiento sugiere totalmente que seguían senderos tradicionales establecidos. Aunque nosotros nunca podamos tener datos suficientes de períodos más tempranos, resulta probable que los caminos recorridos tradicionalmente fueron constituidos tan temprano como en los períodos Paleo-indio y Arcaico.

Simms (2008) notó que cuando las personas abandonan un lugar, su primera elección es moverse a otras áreas controladas por su familia, por el linaje o por una alianza. La descripción de los volcanes gemelos de Ometepe es un buen ejemplo del uso de un punto de referencia para navegar dentro de la cuña y confirmar así que las instrucciones de cómo reconocer el destino fueron dadas por alguien con el conocimiento directo de este, por experiencia personal anterior o por contacto con alguien que la tuvo. En ciertos casos podemos aprender algo del pasado estudiando el presente. En cuanto a las tendencias tradicionales en los patrones de migración, vale la pena conocer el patrón de distribución de los inmigrantes salvadoreños en los Estados Unidos; pues ellos se dirigen hacia destinos conocidos desde décadas atrás.

Un ejemplo desde el desierto norteamericano

El desierto del sudoeste norteamericano representa un ejemplo de cómo los grupos indígenas viajaban a través del mismo, con propósitos de visitas sociales, peregrinajes religiosos, comercio, formación de alianzas o por conflictos con otros grupos (Altschul y Ezzo, 1994; Forbes, 1965; Forde, 1931; Kroeber, 1925). La construcción de una red regional de senderos fue un componente clave de las redes culturales de dicho sudoeste (Baksh, 1997; Cleland y Apple, 2003; Johnson, 1985, 2001). En la Figura 5 vemos la famosa “Ruta de la Canción del Camino de la Sal”, pues ellos asignaron nombres a los puntos de referencia geográficos en el gran paisaje del desierto y fueron integrados a la tradición oral de los grupos indígenas norteamericanos. Muchos de estos grupos utilizaron canciones para memorizar la historia. Al respecto, valdría la pena volver a visitar las fuentes históricas y etnográficas en Centroamérica para evaluar si tales datos existen, y si han sido sobre o subestimados hasta ahora.

En discusiones anteriores que trataron de contactos de larga distancia en América Central, este autor con frecuencia expresó dudas con respecto a cómo comerciantes y viajeros podrían transitar una distancia tan larga donde no existía un control político único. Esto habría significado, pensé, negociaciones interminables, discusiones, capacidad multilingüe, varios

niveles de peligro y de sobornos múltiples. Ahora que entiendo y aplico mejor algunos de los datos etnográficos, no pienso así.

El viaje de larga distancia en la América Central

La distancia entre el sur de México y el Golfo de Nicoya es menos de 600 kilómetros. Sabemos que los indígenas de Nuevo México viajaban hasta Texas, Oklahoma, Kansas, y Nebraska en los Estados Unidos, con distancias de más de 800 kilómetros, tardando 30 días en el viaje. Si recordamos la dinámica bidireccional de la CSM y que se pudo mantener más de 3.000 años, podemos pensar que no fueron viajes de “marcha forzada”, sino caminatas por terrenos ya conocidos por el viajero o por otros, y con estadías y visitas con amistades y hasta familiares en el transcurso del viaje.

Esquipulas, Guatemala: un ejemplo de peregrinación del Sur de Mesoamérica

Al examinar la peregrinación que se da alrededor de la imagen del Cristo Negro de Esquipulas, en Guatemala (Thomas *et al.*, 2002), podemos observar elementos fundamentales de comportamiento social que pueden haber sucedido dentro de la CSM. El relicario de Esquipulas tuvo su principio en la era moderna, en 1595, cuando la imagen tallada de un Cristo Negro crucificado fue llevada a una pequeña ermita en Esquipulas, una pequeña aldea en Guatemala oriental. Sin embargo, sospecho que la expresión de la adoración que rodeó rápidamente a esta imagen estaba arraigada sólidamente en el pasado prehistórico. El número de adherentes creció muy rápido, y casi todos fueron pueblos indígenas. Además, su adoración fue otro ejemplo de sincretismo religioso entre las creencias nativas existentes y el catolicismo introducido (Brenner, 1929; D. E. Thompson, 1954; M. Edmonson, 1960; V. Bricker, 1981).

A lo largo del siglo XVII, los peregrinos viajaron a Esquipulas a través de América Central y México; los del siglo XIX llegaban aun de Perú y actualmente más de un millón de peregrinos visitan la imagen todos los años. La llegada de los peregrinos que llegaron de América Central confirma intuitivamente (aunque no se demuestre) la existencia de una red de senderos prehispánicos en la región. Al mismo tiempo, los estudios muestran que otros relicarios del Cristo Negro, a través de México y América Central han desarrollado sus propias áreas de influencia y atraen a devotos que de otro modo quizás viajarían a Esquipulas.

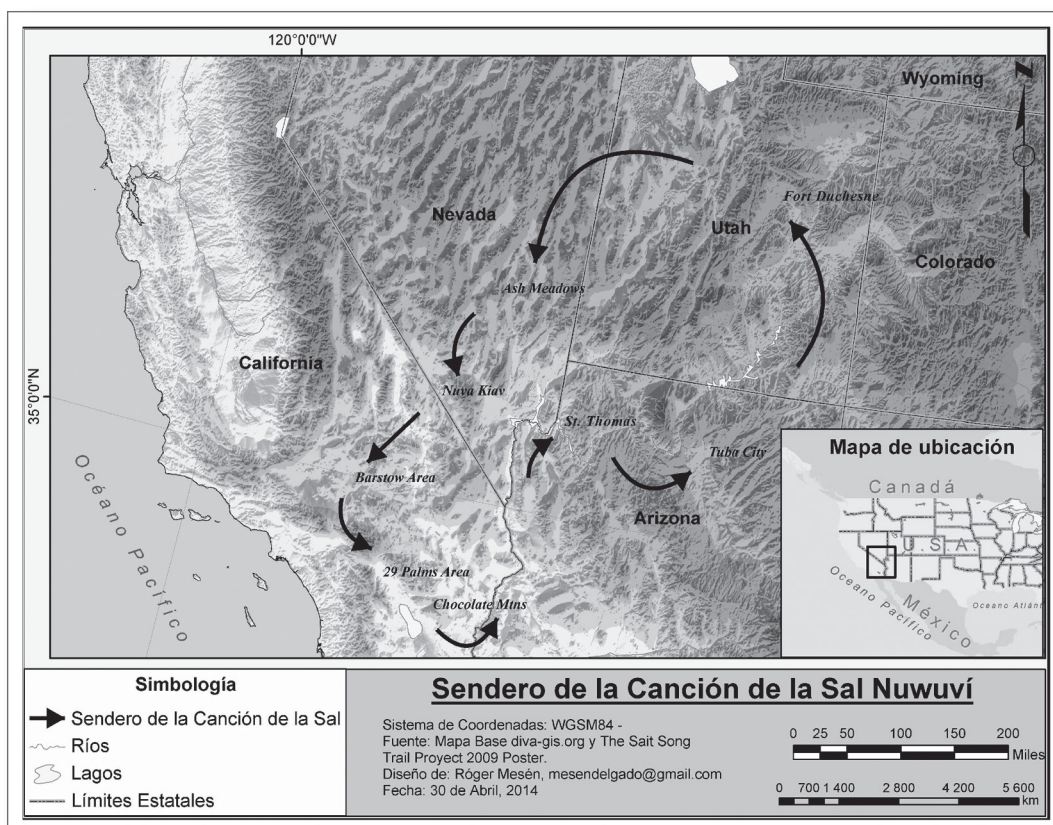


Figura 5. Ruta de la Canción del Camino de la Sal. Ejemplo de una ruta antigua de migración vinculada con lugares (escalas) sagrados

Fuente: Elaborada con base en el poster “The Salt Song Trail: The Storyscape Project of the Cultural Conservancy”, diseño y elaboración, David Cisneros).

En Costa Rica, Sheets y Sever (1980) demostraron que la ceniza volcánica endurecida puede preservar senderos aún en el bosque tropical, pero muchos de estos probablemente han sido arrasados por el desarrollo costero, la mecanización del cultivo del arroz y el azúcar, otros cultivos, y la erosión y deposición libres causadas por los ríos de la región. La única razón por la que el Camino Real, en la Hacienda Mojica y el Camino de las Cruces, en las selvas de Panamá, respectivamente, son visibles se debe a que los españoles pavimentaron las rutas con adoquines (cerca de la Hacienda Mojica colocaron columnas grandes o mojones).

Si conceptualizamos que (1) la cadena de arte rupestre (Figura 6) y las esculturas de piedra (muchos con símbolos del sur de Mesoamérica y también de Sudamérica) que existían desde Guatemala a Costa Rica eran sitios ceremoniales; (2) la cadena de volcanes que pasa por



Figura 6. Arte Rupestre

Fuente: Foto de Frederick W. Longe.

América Central (Figura 7) guiaban a los viajeros y fueron reverenciados como elementos significativos del paisaje natural, entonces contamos con un contexto para los senderos centroamericanos que es completamente semejante a esos en el oeste norteamericano.

Los elementos humanos en la CSM

Un nuevo examen de patrones arqueológicos entre “socios comerciales”, el cual es otro modelo que quizás sea útil para comprender otra práctica posible dentro de la cuña. Durante mi niñez temprana, mi familia vivió de vez en cuando en el pueblo indígena llamaba Cochiti, en el Valle del Río Grande (Nuevo México). Yo tendría unos 4 años, y ocupamos una casa de adobe con un único bombillo y una estructura de plomería que mi padre alquiló a uno de sus colaboradores en sus investigaciones en Cochiti (C. Lange, 1959). Una noche, hubo un golpe en la puerta. Cuando mis padres la abrieron, dos hombres del pueblo Zuni (ubicado a unos 500 kilómetros más al oeste de Cochiti) estaban de pie y se identificaron como amigos del propietario de la casa de adobe, mirándonos más que ligeramente sorprendidos. Joe Trujillo, el propietario de la casa, olvidó informar a sus amigos de Zuni que estaríamos viviendo en su rancho en el Río Grande durante el verano. Estos hombres eran “socios comerciales” de Joe, con quienes tenía una antigua relación de intercambio de artículos ceremoniales y otros materiales



Figura 7. Cadena de Volcanes que pasa por América Central, Isla Ometepe, Nicaragua

Fuente: Foto de Frederick W. Longe.

no-locales que traían y que no eran elaborados por ellos, y viceversa. No estoy seguro qué artículos ceremoniales específicamente comerciaban, pero lo importante es que las visitas y los cambios eran practicados constantemente. ¿El poderoso oro, la obsidiana, la piedra verde, las plumas y el algodón se movieron dentro de la CSM de modo semejante? Estos socios comerciales son los actores en el patrón de intercambio que llamamos más generalmente punto a punto. Podemos pensar que este patrón facilitó mucho el comercio dentro de la cuña.

Así, comprendemos que las comunidades no estaban aisladas unas de otras, ni de otras culturas. Formaron parte de un activo comercio y de redes sociales que trajeron artículos exóticos desde muy lejos. Cuando fui curador de antropología en el Museo de la Universidad de Colorado (1983-1999), una colección de más de 500 “preformas” de piedras tabulares como arenisca y esquisto shale, o preforma para colgantes de piedra formaron parte de la colección. Todo había venido de excavaciones en la región de las “Cuatro Esquinas” del suroeste norteamericano (Lange et al. 1988), y todos fueron importados desde el sur de California y la Península de Baja

1 “Four Corners”, como se reconoce en inglés, es un punto geográfico donde se juntan los estados de Colorado, Utah, New Mexico y Arizona.

California. Tales artículos probablemente “viajaron” para ser pasados de persona a persona, o al grupo, haciendo un arreglo entre socios comerciales o bien los mercaderes se asociaron con los organizadores de fiestas u otras reuniones estacionales.

Intercambio de información

Los socios comerciales y otros viajeros no viajaban mudos. Es muy posible que entre ellos intercambiaran información sobre temas como nuevos cultivos, nuevas técnicas para la cerámica, la piedra verde y el oro; nuevas fuentes y nuevos socios para obtener materiales de mayor calidad, o más cerca a la ruta principal, lo que era más importante que los materiales en sí.

Una posible combinación de socios comerciales con el intercambio de información

Hace muchos años, el arqueólogo alemán, Dr. Wolfgang Haberland sugirió que especialistas-artesanos viajaban por Centroamérica fabricando cerámica de alta calidad, colgantes de piedra verde y discos de oro. La CSM podría haber sido el terreno fértil para estos viajeros-especialistas.

Marcadores visuales regionales-locales-individuales

Cuerpo-pintando y Tatuajes. Mientras el simbolismo cerámico puede haber transmitido alguna información tanto a viajeros como residentes de la cuña, tanto los cuerpos pintados así como los tatuados pudieron haber tenido una función similar (Figura 8). ¿Esta forma de decoración puede haber identificado asociación étnica, lugar de origen, de clasificación social o de conducta religiosa y ceremonial (por ejemplo, un “extranjero” con el simbolismo de jaguar pintado sobre su cuerpo es interpretado como un jaguar verdadero por alguien de un área diferente)? Los simbolismos en la decoración corporal y los tatuajes son utilizados extensamente por miembros de pandillas en la sociedad contemporánea, transmitiendo mensajes claros a sus amigos y enemigos, cumpliendo con la misión de transmitir algo. El concepto de transmitir algo está encerrado en las representaciones en artefactos cerámicos y de piedra del período prehistórico, y es conocido etnográficamente a través de la Mesoamérica sureña y la región de América Central.



Figura 8. Galo Policromo: Variedad Figura

Fuente: Colección Jan and Frederick R. Mayer, foto de Horace Day.

Como navegar la cuña

El uso anteriormente mencionado de señales o guías como los volcanes gemelos de la Isla de Ometepe, no son diferentes del llamado derroteros utilizado por los piratas y los marineros de los siglos XVII y XVIII, para facilitar la navegación de la Costa Pacífica de América Central (Archivo de la Biblioteca Huntington, Pasadena, California). Estos marineros intrépidos utilizaron los perfiles del paisaje y especialmente la cadena volcánica centroamericana para ayudar a ubicar sus posiciones. Nosotros solo debemos recordar cómo los primeros españoles pasaron la entrada a la Bahía de San Francisco sin darse cuenta, porque estaba envuelta en nubes. Esto nos dice cuán importantes fueron las señales visuales, las que les ayudaron a encontrar los caminos terrestres y acuáticos, en los días antes de brújulas, radios, GPS y otras herramientas, que en nuestra era han hecho posible viajar de manera más eficiente y segura.

Marcadores visuales (nivel de paisaje): geoglifos y arte rupestre

El arte de los geoglifos y el arte rupestre constituyen otros tipos importantes de construcción del paisaje indígena, y nosotros debemos revisar con más cuidado su distribución, posición, y el

contenido en sitios de este arte en América Central desde un punto de vista más integral y menos atomista. Podríamos pensar que la mayoría de los paneles de arte rupestre y petroglifos y cantos rodados en la Gran Nicoya fueron quizás destinos ligados a las peregrinaciones, así como lo fueron los grupos de petroglifos y esculturas de piedra asociadas con el Lago de Nicaragua.

Los marcadores visuales (nivel comunidad/de la casa)

Cerámica con decoración grabada o pintada. Las canciones tradicionales hablan de puntos de referencia a una escala de paisaje, como en la Canción de la Ruta de la Sal, y los marineros europeos lograron reducir estos puntos de referencia al tamaño de páginas de un folio. A una escala aún más reducida, numerosos arqueólogos han escrito acerca del poder derivado de la imagen en una vasija de cerámica policromada (Figura 9). Por ejemplo, B. Mills (2007) describió la pintura externa en la cerámica de los pueblos de Arizona y Nuevo México como un mecanismo para proporcionar información visual al espectador. Puede indicar el clan de la casa donde la olla está expuesta, el tipo de comida dentro de la misma, u otros importantes datos sociales.



Figura 9. Gran Nicoya, Vallejo Policromo (izquierda) y Jicote Policromo (derecha). Variedad Lazo. Vasija trípode policromada con simbolismo jaguar

Fuente: Colección de Doña Carmen Clachar de Guillen. Foto de Horace Day.

Los rastros, los artefactos y las prácticas religiosas

En el sur de California, actividades culturales tradicionales han dejado una red de indicadores culturales en el paisaje del desierto: geoglifos, pequeños montículos de piedra, y petroglifos que fueron interconectados por un sistema parcialmente existente de senderos caracterizado por vestigios prehistóricos. Las características del arte rupestre constituyen elementos importantes de la formación de imágenes mentales del paisaje de los indígenas americanos; como ya he expresado, nosotros deberíamos revisar con cuidado su distribución, ubicación, y el contenido en sitios de arte rupestre en América Central desde un punto de vista más integral y menos atomista. Debemos entender que, el arte rupestre en superficies rocosas verticales y también en campos de canto rodado grabados con petroglifos, que se encuentra en múltiples lugares en la Gran Nicoya, fueron, quizás, destinos entrelazados de peregrinaje, así como los grupos de esculturas de piedra asociados con la Isla Zapatera en el Lago de Nicaragua o la galería de petroglifos que forra el desagüe en el sitio de Cailagua en el Pacífico de Nicaragua (Lange *et al.*, 1992, p. 40-41).

Los senderos que conectan sitios de habitación con locaciones con recursos de subsistencia, o ubicaciones ceremoniales más lejanas, son comunes a través del mundo. A causa de la naturaleza árida de la mayor parte del oeste norteamericano, los sistemas de senderos son todavía reconocibles en muchos lugares en esa región. En los trópicos, sin embargo, han desaparecido debajo de la vegetación densa, han sido erosionados por aguaceros torrenciales, o enterrados debajo de caídas de cenizas volcánicas como resultado de erupciones prehistóricas o más recientes.

Un Viaje Virtual Norte-Sur en la CSM

Fecha (en nuestro calendario): abril 21, 1210

Nombre: Juan Pachanga

Origen y estatus: nació en la Gran Nicoya, cerca de la Bahía de Salinas, pero residente desde hace 20 años en un pueblo en la frontera entre lo que hoy en día son México y Guatemala. Su oficio es especialista y socio en comercio, en conjunto con un tío que todavía vive en la Gran Nicoya en la Bahía Culebra. En su rumbo al sur, trae piedra verde obtenida del Valle del Río Motagua, y de regreso traerá tela tejida de algodón tratada con tinta morada de la concha Murex de la costa de la Gran Nicoya.

¿Va solo o acompañado? Después de tantos años de estar viajando dentro de la cuña, Pancho sabe que en su trayectoria amigos y familiares aprovecharán su paso por allí, para

compartir unas horas con él. No viaja solo, hay otros con el mismo destino o que se unen a la caminata una vez que él llega a El Salvador, Honduras (aunque verá muy poco de este país porque siempre cruza el Golfo de Fonseca con otros viajeros en una canoa hecha del tronco de un árbol de ceiba, servicio negocio de un familiar de una de sus tías que vive en esta región de la cuña). Antes de cruzar el Golfo, está pensando pasar un par de días en el pueblo llamado Asanyamba que se ubica más adentro del Golfo y donde hay una casa en la que vive una abuela de otra rama de la familia de la Gran Nicoya, la que le provee una rica sopa de conchas. En otros 800 años, cuando los arqueólogos del Museo Nacional David J. Guzmán, de El Salvador, comienzan excavaciones en Asamyamba, van a recoger una gran cantidad de cerámica de la Gran Nicoya que refleja que la abuela mantuvo su preferencia por la cerámica de su región natal, en lugar de cambiar a la cerámica Copador u otros tipos locales de El Salvador y Honduras.

Una vez al otro lado del Golfo, va a tener al gran y siempre enojado volcán Cosigüina a la vista; luego vendrá Mombacho, Concepción y Maderas, y cuando mira a Tenorio en la distancia va a saber que está casi al final de su viaje.

Duración del viaje (la ida, solamente): 23 días. En el invierno tarda más, y él trata de realizar el viaje solamente durante la estación seca.

Entonces, el modelo de la CSM trata de tales actividades y relaciones entre el sur de Mesoamérica y la Gran Nicoya durante 3,000 o más años, facilitada por unas 7 entradas mesoamericanas distintas, con un resurgimiento Chibcha entre 300 d. C. y 700 d. C. El modelo también plantea la búsqueda de los datos que puedan confirmar la existencia de los comportamientos sociales-económicos-religiosos identificados en breve en esta ponencia, los cuales posiblemente ayudaron a mantener las relaciones internacionales por medio del flujo de viajeros dentro de la CSM, de manera bidireccional. Los planteamientos se enfocan en antiguas rutas tradicionales de senderos, como los utilizados por Pancho, símbolos visuales regionales como arte rupestre asociado con las rutas tradicionales (por ejemplo Cae el agua en Masaya), además de símbolos visuales a nivel de pueblos antiguos (la cerámica local) e individuos (cuerpos pintados y con tatuaje como en las figurinas de Galo Policromo). También se mencionan los patrones de intercambio entre individuos y grupos por mecanismos como socios en comercio.

Si apostamos a este modelo, ¿cómo podemos confirmar o no la propuesta?

El concepto de la cuña Takic de California:

(1) Comenzó con investigaciones sobre los idiomas indígenas.

- (2) Luego fue confirmado por la distribución de artefactos y el contraste entre los patrones arqueológicos dentro y fuera de la cuña.
- (3) Los patrones arqueológicos fueron reforzados por estudios de ADN de esqueletos humanos procedentes de sitios dentro y fuera de la cuña Takic.

Para la CSM, la Gran Nicoya y Costa Rica, se recomienda un repaso sobre los datos históricos, etnohistóricos, arqueológicos y fisicoquímicos desde la perspectiva de la CSM.

Bibliografía

- Aguilar, C. (1972). "Colección de objetos de oro del Banco Central de Costa Rica". *Serie Historia y Geografía*, 13. Publicaciones de la Universidad de Costa Rica.
- Aguilar, C. (1981). "Presencia temprana del cobre en el Intermontano Central". *Tiempo Actual*, 6 (22), 115-119.
- Altschul, J. H. y Ezzo, J. A. (1994). "The expression of ceremonial space along the Lower Colorado River". En J.A. Ezzo (Ed.); *Recent Research Along the Lower Colorado River*, 51, 51-68. Statistical Research Technical Series.
- Arias, A. y Bolaños, M. (1983). "La Costa Rica precolombina: un acercamiento histórico". En P. González (Ed.). *Desarrollo Institucional de Costa Rica*, 3-17. San José: Editorial SECASA.
- Arias, A. y Sánchez, M. (1994). "La Arqueología como disciplina Académica: Su enseñanza en la Universidad de Costa Rica". *Revista de Ciencias Sociales*, 64, 95-99.
- Badilla, A. y Odio, E. (2005). "Patrones funerarios precolombinos en el sur de América Central y su continuidad histórica". *Patrimonio*, 5, 45-64.
- Baksh, M. (1997). "Native American Consultation for the Chemgold Imperial Project". *Bureau of Land Management, El Centro, y Tierra Environmental Services*.
- Baldi, N. (2001). *Black Creek (Cat UCR N.º 467): Primeras interpretaciones arqueológicas de un modo de vida costero en el Caribe Sur de Costa Rica* (Tesis de Licenciatura). Universidad de Costa Rica, San José.
- Balsler, C. (1964). "Los objetos de oro de los estilos extranjeros en Costa Rica". *Actas XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*, (1, pp. 391-398).

- Barrantes, R. (1993). *Evolución en el Trópico: Los Amerindios de Costa Rica y Panamá*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Bean, L. J. y Florence, C. S. (1978). "Luiseño". En R. Heizer y W. C. Sturtevant (Eds.), *Handbook of North American Indians*, (Vol. 8, 550-563). Washington, D. C.: Smithsonian Institution.
- Binford, L. R. (1962). "Archaeology as Anthropology". *American Antiquity*, 28, 217-225.
- Binford, L. R. (1964). "A Consideration of Archaeological Research Design". *American Antiquity*, 29, 425-441.
- Binford, L. R. (1964). "Archaeological Systematics and the Study of Culture Process". *American Antiquity*, 31, 203-210.
- Blanco, A. (2011). *Conversatorio sobre Michael Snarskis*. Conversatorio organizado por la Maestría en Antropología de la Escuela de Antropología. Universidad de Costa Rica: San José.
- Bolaños, M. (1993). "El estado actual de la Antropología en Costa Rica". *Cuadernos de Antropología*, 9, 59-72.
- Bolaños, M. (2001). *La antropología costarricense en el marco del contexto centroamericano de los años ochenta*. Material preparado para el III Panel (Apuntes de clase). Maestría en Antropología de la Universidad de Costa Rica, San José.
- Bonilla, J. (1994). "Historia del Departamento de Antropología". *Revista de Ciencias Sociales*, 64, 85-93.
- Bray, W. (1981). Goldwork. En Benson, E.P. (Ed.), *Between Continents/Between Seas: Precolumbian Arts of Costa Rica* (pp. 153-166). New York: The Detroit Institute of Arts.
- Brenner, A. (1929). *Idols Behind Alters*. New York: Payson & Clarke, Ltd.
- Bricker, V. R. (1981). *The Indian Christ, the Indian King: The Historical Substrate of Maya Myth and Ritual*. Texas: University of Texas Press.
- Carneiro, R. (1970). "A Theory of the Origin of the State". *Science*, 169, 733-738.
- Castillo, D.; Castillo, E.; Rojas, M. y Valldeperas, C. (1987). *Análisis de la lítica lasqueada del sitio 9-FG-T en Turrialba*. Memoria inédita del Seminario de Graduación de Licenciatura en Antropología, Universidad de Costa Rica, San José.
- Chacon, R. J. y Dye, D. H. (Eds.). (2008). *The Taking and Displaying of Human Body Parts as Trophies by Amerindians*. New York: Springer.
- Chacon, R. J. y Mendoza, R. G. (Eds.). (2007). *North American Indigenous Warfare and Ritual Violence*. Tucson: University of Arizona.

- Chávez C, S. (1995). *Informe sobre los Recursos Culturales del Área del Refugio Silvestre Gando-ca-Manzanillo*. Proyecto Sondeos Rápidos para Establecer la Capacidad de Carga y Planes de Manejo en Áreas Protegidas. Banco Interamericano de Desarrollo.
- Chávez C, S.; Fonseca Z, O. y Baldi S, N. (s. f.). "Investigaciones arqueológicas en la costa Caribe de Costa Rica, América Central". *Revista de Arqueología Americana*, 10, 123-161.
- Clarke, D. L. (1968). *Analytical Theory*. London: Methuen.
- Cleland, J. H. y Apple, R. M. (2003). *A View Across the Cultural Landscape of the Lower Colorado Desert: Cultural Resource Investigations for the North Baja Pipeline Project*. Preparado para EDAW, Inc. para Tetra Tech FW Inc., and North Baja Pipeline LLC. Portland, Oregon.
- Constenla, A. (1991). *Las Lenguas del Área Intermedia: Introducción a su estudio areal*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Constenla, A. (1995). "Sobre el estudio diacrónico de las lenguas chibchenses y su contribución al conocimiento del pasado de sus hablantes". *Boletín del Museo del Oro*, 38-39, 13-56.
- Cooke, R. y Bray, W. (1985). "The Goldwork of Panama: An Iconographic and Chronological Perspective". En J. Jones. (Ed.). *The Art of Precolumbian Gold. Jean Mitchell Collection*. (pp. 35-49). London: Wiedenfeld and Nicolson.
- Corrales, F. (1989). *La Ocupación Agrícola Temprana del Sitio Arqueológico Curré. Valle del Diquís*. (Tesis de Licenciatura). Universidad de Costa Rica, San José.
- Corrales, F. (1999). *Verbena (SJ-83-VB): Un sitio de la Fase Barva en San Felipe de Alajuelita*. Manuscrito inédito. Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, Costa Rica.
- Corrales, F. (2000). *An Evaluation of Long Term Cultural Change in Southern Central America: The Ceramic Record of the Diquís Archaeological Subregión, Southern Costa Rica*. (Tesis doctoral). Departamento de Antropología, Universidad de Kansas, Lawrence.
- Corrales, F. (2002). "Modelos del desarrollo precolombino de Costa Rica". *Yaxkin* 21, 75-87.
- Corrales, F. (2006). "Excavando Los Sueños, Pacífico Central de Costa Rica". *Vínculos*, 29 (1-2), 33-59.
- Corrales, F. (2008). "La Práctica de la Arqueología en Costa Rica (1975-2007)". *Utz'ib*, 4 (5, 8-21).
- Corrales, F. (2011). "La iluminación de Snarskis". *La Nación*, Suplemento ANCORA.
- Corrales, F. y Hoopes, J. W. (2000). "The Law of the Bulldozer: Costa Rica Government Restricts Archaeological Impact Studies, Society of American Archaeology". *Bulletin*, 18 (1).
- Drolet, R. P. (1983). "Al Otro Lado de Chiriquí, el Diquís: Datos Nuevos para la Integración Cultural en la Región Gran Chiriquí". *Vínculos*, 9 (1-2), 25-76.

- Drolet, R. P. (1984). "A Note on Southeastern Costa Rica". En F. W. Lange y D. Z. Stone (Eds.), *The Archaeology of Lower Central America* (pp. 254-262). Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Drolet, R. P. (1986). "Social Grouping and Residential Activities Within a Late Phase Polity Network: Diquis Valley, Southeastern Costa Rica". En F. W. Lange y L. Norr (Eds.), *Journal of the Steward Anthropological Society*. Special volume entitled *Prehistoric Settlement Patterns*, 14 (2-3), 325-338.
- Drolet, R. P. (1988). "The Emergence and Intensification of Complex Societies in Southern Pacific Costa Rica". En F. W. Lange (Ed.), *Archaeology and Art in Costa Rican Prehistory* (pp. 161-188). Boulder: University of Colorado Press.
- Drolet, R. P. (2006). "Una Mirada Atrás con una Sonrisa: Las Investigaciones Arqueológicas del Campo, La Enseñanza Universitaria, y La Educación Pública en Costa Rica 1980-1990". *La Arqueología de Costa Rica*, Universidad de Costa Rica, San José.
- Drolet, R. P. y Markens, R. (1980). *Investigaciones Arqueológicas en El Sitio P-107-MC y el Valle Intermedio del Río Térraba, Región Diquís, Costa Rica. P.H. Boruca*. Manuscrito inédito. Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.
- Drolet, R. P. y Markens, R. (1981a). *Investigaciones Arqueológicas en Murciélagos, Sitio P-107-MC, Río Térraba, Puntarenas*. Informe de Labores, Proyecto Arqueológico P.H. Boruca. Manuscrito inédito. Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.
- Drolet, R. P. y Markens, R. (1981b). *Investigaciones Arqueológicas en el Valle del Diquís, 1980 - 1981: Informe Final, P.H. Boruca, Pacífico Sur de Costa Rica*. Manuscrito inédito. Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.
- Drolet, R. P. y Siles, J. (1988). *Proyecto Arqueológico Térraba-Coto Brus*. Manuscrito en archivo. Departamento de Publicaciones, Universidad Nacional de Costa Rica, San José.
- Easby, E. K. (1968). *Pre-columbian Jade from Costa Rica*. New York: Andre Emerich.
- Edmonson, M. S. (1960). *Nativism, Syncretism and Anthropological Science*. New Orleans: Tulane University.
- Ferrero, L. (1985). *Entre el Pasado y el Futuro: Las Culturas Aborígenes de Costa Rica del Sector de Tradición Sudamericana a Principios del Siglo 16*. Editorial Costa Rica, San José.
- Ferrero, L. (1986). *¿Por qué Prehistoria si hay Historia Precolombina?*. Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia.
- Ferrero, L. (2000). *Costa Rica Precolombina*. San José: Editorial Costa Rica.

- Findlow, F.; Snarskis, M. y Martin, P. (1979). "Un análisis de zonas de explotación relacionadas con algunos sitios prehistóricos de la Vertiente Atlántica de Costa Rica". *Vínculos*, 5 (1-2), 53-71.
- Findlow, F. J.; Snarkis, M.; Marin, P. y Markens, R. (1981). "Un Diseño de Prospección para el Proyecto Arqueológico Boruca". *Vínculos*, 7 (1-2), 71-79.
- Flannery, K. (1976). *The Early Mesoamerican Village*. , New York : Academic Press.
- Fonseca, O. (1981). "Guayabo de Turrialba and Its Significance". En E. Benson (Ed), *Between Continents/Between Seas: Precolumbian Art of Costa Rica*. (pp. 104-111). New York: Harry N. Abrams.
- Fonseca, O. (1997). "La Cerámica Temprana de Costa Rica en el Contexto del Área Histórica Chibchoide (400-2500 A. P)". *Revista de Arqueología Americana*, 13, 41-68.
- Forbes, J. D. (1965). *Warriors of the Colorado: the Yumas of the Quechan Nation and Their Neighbors*. Norman, Oklahoma: University of Oklahoma Press.
- Forde, D. C. (1931). "Ethnography of the Yuma Indians". *Archaeology and Ethnology*, 28, 83-278.
- Forina, M.; Armanino, C. y Raggio, V. (2001). "Clustering with dendrograms on interpretation variables". *Analytica Chimica Acta*, 454, 13-19.
- Grenda, D.R. y Altschul, J. H. (2002). "Complex Cultures, Complex Arguments: Sociopolitical Organization in the Bight". En J.H. Altschul and D. R Grenda (Eds.), *Islanders and Mainlanders, Prehistoric Context for for the Southern California Bight* (pp. 147-178).
- Guerrero, J. V. (1998). "El Contexto del Jade en la Costa Rica Antigua". En J.V. Guerrero, M.M. Graham, M.J. Snarskis y S. Soto (Eds.), *Ancient Jade in Costa Rica*. New York: The Metropolitan Museum of Art.
- Guerrero, J. V. (2007). *Costumbres Mortuorias y Rituales Funerarios de 2000 años, Sitio Loma Corral (G-776 LC-3)*. Playa Panamá Carrillo, Guanacaste. Informe de arqueología N.º 040- 2006. Manuscrito en archivo. Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional Costa Rica, Costa Rica.
- Guerrero, J. V. (2011). "Entre Instrumentos Musicales Ritos y Muerte en Garza de Nicoya, Guanacaste (G-752 Rj)". *Vínculos*, 21 (1).
- Guerrero, J. V.; Vásquez, R. y Solano, F. (1986). "Recientes investigaciones en el Valle de Nosara, Guanacaste". *Journal of the Steward Anthropological Society*, 14 (1982-83), 171-188.
- Guerrero, J. V.; Vásquez, R. y Solano, F. (1992). "Entierros secundarios y restos orgánicos de ca. 500 a. C. Preservados en un área de inundación marina, Golfo de Nicoya. Costa Rica". *Vínculos*, 16-17 (1-2), 17-51.

- Guerrero, J. V.; Vázquez, R. y Solís, F. (1994). "El Período Bagaces (300- 800dC.) en la cronología del noroeste de Costa Rica". *Vínculos*, 18 (1-2), 91- 109.
- Haas, J. (1989). "Warfare and the Evolution of Tribal Politics in the Prehistoric Southwest". En J. Haas (Ed.), *The Anthropology of Warfare* (pp. 171-189). Cambridge University Press, Cambridge.
- Haberland, W. (1959). *Archäologische Untersuchungen in Südost-Costa Rica*. Wiesbaden: Steiner.
- Haberland, W. (1976). "Gran Chiriquí". *Vínculos* 2(1), 115-121.
- Hartman, C. (1907). "Archaeological Researches on the Pacific Coast of Costa Rica". *Memoris of the Carnegie Museum*, 3 (1), 1-188.
- Healy, P. F. (1980). *The Archaeology of the Rivas Region, Nicaragua*. Ontario: Wilfred Laurier University Press.
- Herrera, A. y Corrales, F. (2003). "Ni Kira. Gente antigua en el Coto Colorado". *Vínculos*, 26 (1-2), 79-112.
- Herrera, M. (1993). "Panorama general del desarrollo de la Antropología en las instituciones públicas y privadas de Costa Rica". *Cuadernos de Antropología*, 9, 73-86.
- Hodder, I. (2002). "Archaeological Theory". En B. Cunliffe, Davies, W. y Renfrew, C. (Eds.), *Archaeology: The Widening Debate* (pp. 77-90). Oxford y New York: The British Academy y Oxford University Press.
- Holmes, W. (1888). "Ancient Art of the Province of Chiriquí". *Bulletin of American Ethnology*, 6th Annual Report. Washington D.C.
- Hoopes, J. (1984). "A preliminary ceramic sequence for the Cuenca de Arenal, Cordillera de Tilarán Region, Costa Rica". *Vínculos*, 10 (1-2), 129-147.
- Hoopes, J. (1987). *Early Ceramics and the Origins of Village Life in Lower Central America*. (Tesis doctoral). Harvard University, Cambridge.
- Hoopes, J. (1992). "Early Formative Cultures in the Intermediate Area: A Background to the Emergence of Social Complexity". En F. Lange (Ed.), *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area* (pp. 43-84). Washington D. C. : Dumbarton Oaks.
- Hoopes, J. (1995). "Interaction in Hunting and Gathering Societies as a Context for the Emergence of Pottery in the Central American Isthmus". En W. Barnett y J. Hoopes (Eds.), *The Emergence of Pottery, Technology and Innovation in Ancient Societies* (pp. 185-198). Washington D. C.: Smithsonian Institution Press.
- Hoopes, J.; Salgado, S. y Arias, M. (2009). *Informe Final del Proyecto Contribuciones a la Arqueología de Suerre*. Manuscrito en archivo. Vicerrectoría de Investigación, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.

- Horn, S. P. (2006). "Pre-Columbian Maize Agriculture in Costa Rica. Pollen and Other Evidence from Lake and Swamp Sediments". En J. Staller, Tykot R. y B. Benz (Eds.), *Multidisciplinary Approaches to the Prehistory, Biogeography, Domestic and Evolution of Maize* (pp. 367-390). San Diego, CA: Elsevier Press.
- Hsu, S. (1997). "Infrared Spectroscopy". En A. Frank (Ed.), *Handbook of Instrumental Techniques for Analytical Chemistry*. Upper Saddle River, NJ: Editorial Prentice Hall.
- Hurtado, L. y Castillo, L. M. (2005). "Burío (A-271 Bu) Un Sitio de Cazadores del Período Formativo medio en la Cuenca media del Sarapiquí, Costa Rica". *Cuadernos de Antropología*, 15, 67-87.
- Ibarra, E. (1989). "La etnohistoria, entre la Antropología y la Historia". En E. Fonseca (Ed.), *Historia. Teoría y métodos*. San José: EDUCA.
- Ibarra, E. (2000). *Intercambio, política y sociedad en el siglo XVI. Historia Indígena de Panamá, Costa Rica y Nicaragua*. Washington D. C.: DumbartonOaks.
- Ibarra, E. (2003). "Gold in the Everyday Lives of Indigenous Peoples of Sixteenth-Century Southern Central America". En J. Quilter y J. Hoopes (Eds.), *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama, and Colombia* (pp. 383-420). Washington D. C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Ibarra Rojas, E. (2008b). "Las poblaciones indígenas de América Central ante el expansionismo español e inglés en los siglos XVI y XVII en perspectiva comparada". *América. Contacto e Independencia*. IPGH: México.
- Ibarra, R. (2010). "La Antropología y la Arqueología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica de (1967-2009)". *Revista Reflexiones*, 89 (1), 169-179.
- Ibarra, S. y Salgado, S. (2010). "Áreas culturales, regiones históricas y la explicación de relaciones sociales de pueblos indígenas de Nicaragua y Costa Rica, siglos XV y XVI". *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 35-36, 37-60.
- Johnson, B. (1985). *Earth Figures of the Lower Colorado and Gila River Deserts: A Functional Analysis*. Phoenix: Arizona Archaeological Society.
- Johnson, B. (2001). "Cultural Resources Overview of the North Baja Pipeline Project". En R. McCorkle, C. Dolan, J. Underwood, J. H. Cleland y Appendix D. Archaeology Plus, Ivins, Utah (Eds.), *Cultural Resources Evaluation for the North Baja Gas Pipeline*. Prepared for Foster Wheeler Environmental Corporation, Santa Ana, California.
- Kaestle, F. A. y Smith, D. G. (2001). "Ancient Mitochondrial DNA Evidence for Prehistoric Population Movement: The Numic Expansion". *American Journal of Physical Anthropology*, 115, 1-12.

- Kerr, S. L. y Hawley, G. M. (2002). "Population Replacement on the Southern Channel Islands: New Evidence from San Nicolas Island". En D. Browne, K. Mitchell, y H. Chaney (Eds.), *Proceedings of the Fifth California Islands Symposium*, (pp. 546-554). Santa Barbara: Museum of Natural History.
- Kroeber, A. (1925). "*Handbook of the Indians of California*". *Bureau of American Ethnology Bulletin* 78. Washington, D. C.: Smithsonian Institution.
- Lange, C. H. (1953). "A Reappraisal of Evidence of Plains Influences Among the Rio Grande Pueblos". *Southwestern Journal of Anthropology*, 9: 212-30.
- Lange, F. W. (Ed.). (1969). *An Archaeological Survey of the Sapoa River Valley: Report on a preliminary season of archaeological research in northwestern Guanacaste Province, the Republic of Costa Rica*. Chicago: Associated Colleges of the Midwest.
- Lange, F. W. (1971). "Culture History of the Sapoa River Valley, Costa Rica". *Occasional Anthropological Papers*, 4. Logan Museum of Anthropology, Beloit College.
- Lange, F. (1975). "Excavaciones de Salvamento en un cementerio del período Bicromo en Zonas, Guanacaste, Costa Rica". *Vínculos*, 1(2), 91-98.
- Lange, F. W. (1993). *Precolumbian Jade: New Geological and Cultural Interpretations*. Salt Lake City: University of Utah Press.
- Lange, F. W.; Mahaney, N.; Wheat, J.B.; Chenault, M. y Cater, J. (1988). *Yellow Jacket: An Anasazi Ceremonial Center of the Four Corners Area*. Boulder: Johnson
- Lange, F. W.; Sheets, P. D.; Martínez, A. y Abel-Vidor, S. (1992). *The Archaeology of Pacific Nicaragua*. Albuquerque, NM: University of New Mexico Press.
- Lange, F. y Ryder, P. (1980). "La Administración de los Recursos Culturales de Bahía Culebra". *Revista de Antropología del Museo Nacional de Costa Rica*, 6 (1-2), 9-32.
- Linares, O. (1977). "Ecology and the Arts in Central Panama". En J.F. Scott (Ed.), *Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology*. Washington D. C.: Dumbarton Oaks.
- Linares, O. F. (1979). "What is Lower Central American Archaeology?". *Annual Review of Anthropology*, 8, 21-43.
- Linares, O. y Ranere, A. J. (Eds.). (1980). *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama*. Peabody Museum Monographs 5. Cambridge: Harvard University.
- Lopez-Calleja, R. (1980). *Costa Rica: La Frontera Sur de Mesoamerica*. San José: Instituto Costarricense de Turismo.
- Lothrop, S. K. (1926). *Pottery of Costa Rica and Nicaragua Memoir* 8 (2). New York: Museum of the American Indian y Heye Foundation.

- Lothrop, S. (1937). *Coclé: An Archaeological Study of Central Panama Vol 7*. Cambridge: Peabody Museum of Archaeology.
- Lothrop, S. (1952). *Metals from the Cenote of Sacrifice, Chichén Itzá, Yucatán. Memoris of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology* Vol. 10 (2). Cambridge: Harvard University.
- Lothrop, S. K. (1966). "Archaeology of Lower Central America". En G. F. Ekholm y G. R. Willey (Eds.), *Handbook of Middle American Indians*. Vol 4 *Archaeological frontiers and external connections* (pp. 180-208). Austin: University of Texas Press.
- MacCurdy, G. G. (1911). *A Study of Chiriquian Antiquities*. Yale University Press, New Haven, Conn.
- Massey, H. (2002). "Industrias líticas picadas-atrisionadas del valle de Turrialba, con la inclusión de algunos artefactos lasqueados de la era cerámica". En R. Vázquez (Ed.), *Arqueología del Área de Influencia del Proyecto Hidroeléctrico Angostura, Valle de Turrialba, Convenio ICE-MNCR* (pp. 272-314). Costa Rica.
- McKee, B.; Sever, T. y Sheets, P. (1994). "Prehistoric Footpaths in Costa Rica: Remote Sensing and Field Verification". En P. D. Sheets and B. McKee (Eds.), *Archaeology, Volcanism, and Remote Sensing. In the Arenal Region, Costa Rica*. Austin: University of Texas Press.
- Messina, R. (2002). "Serie ampliada de sitios con artefactos lasqueados sobre rocas silicificadas del valle de Turrialba, en contextos precerámicos y cerámicos no estratificados". En R. Vázquez (Ed.), *Arqueología del Área de Influencia del Proyecto Hidroeléctrico Angostura, Valle de Turrialba, Convenio ICE-MNCR* (pp. 205-242). Costa Rica.
- Mills, B. (2007). "Performing the Feast: Visual Display and Suprahousehold Ommensalism in the Puebloan Southwest". *American Antiquity*, 72 (2), 210-240.
- Minelli, L. L. y Minelli, L. (1966). "Informe preliminar sobre excavaciones alrededor de San Vito de Java". *Actas del 36 Congreso Internacional de Americanistas*, 1: 415-427.
- Minelli, Laura Laurencich de y Minelli, L. (1973). "La Fase Aguas Buenas en la región de San Vito de Java (Costa Rica)". *Actas del 40 Congreso Internacional de Americanistas*, 1, 219-224.
- Mora-Marín, D. (1999). "A World Systems Perspective on Pre-Columbian Jade Exchange between Mayans and Costa Ricans". Manuscrito inédito.
- Murillo, M. (2009). *Social Change in Pre-Columbian San Ramon de Alajuela, Costa Rica, and Its Relation with Adjacent Regions*. (Tesis doctoral). Universidad de Pittsburgh, Estados Unidos.
- Murillo, M. (2010). "Diversidad Sociopolítica en Costa Rica precolombina. Implicaciones para la Comprensión del Cambio Social". *International Journal of South American Archaeology*, 6, 16-34.

- Myers, T. (1978). "Formative Period Interaction Spheres in the Intermediate Area: Archaeology of Central America and Adjacent South America". En D. L. Browman (Ed.), *Advances in Andean Archaeology* (pp. 203-234). Mouton; The Hague.
- Newcomb, F. J. (1964). *Hosteen Klah: Navaho Medicine Man and Sand Painter*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Norr, L. (1986). "Archaeological Site Survey and Burial Mound Excavations in the Rio Naranjo-Bijagua Valley". *Journal of the Steward Anthropological Society*, 14, 135-156.
- Norweb, A. H. (1961). *The Archaeology of the Greater Nicoya Subarea*. Manuscrito en archivo. Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Estados Unidos.
- Norweb, A. H. (1964). "Ceramic Stratigraphy in Southwestern Nicaragua". *35th International Congress of Americanists*, 1, 551-61.
- Odio, E. (1992). "La Pochota: Un complejo cerámico temprano en las tierras bajas de Guanacaste, Costa Rica". *Vínculos*, 17 (1-2), 1-16.
- Odio, E. y Gutiérrez, M. (1999). *El sitio arqueológico Claudio Salazar: Un estudio de su historia ocupacional*. Cuenca media del río san Juan, Costa Rica. Manuscrito en archivo. Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, Costa Rica.
- Plazas, C. y Falchetti, A. (1978). "Orfebrería prehispánica de Colombia". *Boletín Museo del Oro*, 1, 3-20.
- Reyes, E. (2008). *Una Aproximación a los Diseños de la Cerámica del Período Formativo en Costa Rica desde la Semiótica de la Cultura*. (Tesis de Licenciatura). Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Reyes, E. (2009). "Relaciones culturales en Costa Rica y a nivel regional durante el período formativo: Movilidad más allá de la región Itsmo-Colombiana". *International Journal of South American Archaeology*, 5, 12-26.
- Rozaire, C. E. (1967). "Archaeological Considerations Regarding the Southern California Islands". En R.N. Philbrick (Ed.), *Proceedings of the Symposium on the Biology of the California Islands* (pp. 327-336). Santa Barbara Botanic Gardens, Inc.
- Salgado, S.; Hoopes, J.; Aguilar, M. y Fernández, P. (2013). *Informe Final, Sitio Nuevo Corinto: una aldea cacical*. Manuscrito en archivo. Vicerrectoría de Investigación, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Salgado, G. S. y Vazquez, R. (2006). "Was There a Greater Nicoya Subarea During the Postclassic?" *Vínculos*, 29 (1-2), 1-16.
- Sánchez, M. (1987). *Un estudio de la Arqueología de la Cuenca Superior y media del Río Reventazón*. (Tesis de Licenciatura). Departamento de Antropología, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.

- Shepard, A. O. (1965). *Ceramics for the Archaeologist*. Washington: Carnegie Institute of Washington.
- Simms, S. R. (2008). *Ancient Peoples of the Great Basin and Colorado Plateau*. Walnut Creek: Left Coast Press.
- Snarskis, M. (s. f.). Curriculum Vitae del Dr. Michael Snarskis actualizado al 2009.
- Snarskis, M. J. (1975). "Excavaciones Estratigráficas en la Vertiente Atlántica de Costa Rica". *Vínculos*, 1 (1), 2-17.
- Snarskis, M. (1976). "La Vertiente Atlántica de Costa Rica". *Vínculos*, 2 (1), 101-114.
- Snarskis, M. (1977). "Turrialba (9FG-T), un sitio Paleolítico en el Este de Costa Rica". *Vínculos*, 3 (1-2), 13-26.
- Snarskis, M. (1978). *The Archaeology of the Central Atlantic Watershed of Costa Rica*. (Tesis doctoral inédita). Departamento de Antropología, Universidad de Columbia, New York.
- Snarskis, M. J. (1979). "El Jade de Talamanca de Tibás". *Vínculos*, 5 (2), 89-107.
- Snarskis, Michael J. (1981). *El Diseño de Prospección para el Proyecto de Rescate Arqueológico Boruca: Objetivos y Métodos*. Trabajo presentado en el congreso El Sureste de Costa Rica Como Región de Desarrollo, Pérez Zeledón, Costa Rica
- Snarskis, M. J. (1981). "The Archaeology of Costa Rica". En E. Benson (Ed.), *Between Continents/ Between Seas: Precolumbian Art of Costa Rica* (pp. 15-84). New York: The Detroit Institute of Arts Harry N. Abrams.
- Snarskis, M. (1983). "Cien años de Arqueología en la Vertiente Atlántica de Costa Rica". *Boletín Asociación Costarricense de Arqueólogos*, 2, 2-8.
- Snarskis, M. (1983). *La Cerámica Precolombina en Costa Rica*. Costa Rica, Instituto Nacional de Seguros.
- Snarskis, M. J. (1984). "Central America: The Lower Caribbean". En F.W. Lange y Stone D.Z. (Eds.), *The Archaeology of Lower Central America*, (pp. 195-232). Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Snarskis, M. J. y Ibarra Rojas, E. (1985). "Comentarios sobre el intercambio entre la Gran Nicoya, la Vertiente Atlántica y el Valle Central de Costa Rica en periodos precolombinos e históricos". *Vínculos*, 11 (1-2), 57-66.
- Snarskis, M. (1985). "Symbolism of Gold in Costa Rica and Its Archaeological Perspective". En J. Jones. (Ed.), *The Jan Mitchell Collection* (pp.23-33). Londres: Weidenfeld and Nicolson.
- Snarskis, M. (1986). "La iconografía comparativa de metales y otros medios en Costa Rica precolombina". En C. Plazas (Ed.), *Metalurgia de América Precolombina* (pp. 89-119). Bogotá: Departamento Editorial del Banco de la República.

- Snarskis, M. (1986). "The Archaeological Evidence for Chiefdoms in Eastern and Central Costa Rica". En R. Drennan y C. Uribe (Eds.), *Chiefdoms in the Americas* (pp. 105-117).
- Snarskis, M. J. (1986). "Un modelo de la evolución cultural en Costa Rica". En M.E. Bozzoli, R. Barrantes, D. Obando, M. Rojas (Eds.), *Memorias del Primer Simposio Científico sobre Pueblos Indígenas de Costa Rica*. (pp. 111-116). San José: CONICIT-Universidad de Costa Rica-Instituto Geográfico Nacional.
- Snarskis, M. J. (1992). "Wealth and Hierarchy in the Archaeology of Eastern and Central Costa Rica". En F. W. Lange (Ed.), *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area* (pp. 141-164). Washington D. C.: Dumbarton Oaks.
- Snarskis, M. J. (1998). "The Imagery and Symbolism of Precolumbian Jade in Costa Rica". En J. Jones (Ed.), *Jade in Ancient Costa Rica* (pp. 59-91). New York: Metropolitan Museum of Art.
- Snarskis, M. J. (2000). "La Costa Rica precolombina". En M. Snarskis (Ed.), *Artes de los pueblos precolombinos de América Central* (pp. 66-113). Barcelona: Museu Barbier-Mueller d'Art Precolombí.
- Snarskis, M. J. (2002). "Nicaragua, Costa Rica y Panamá: interacción cultural". En M. Snarskis (Ed.), *Artes de los pueblos precolombinos de América Central* (pp. 66-113). Barcelona: Museu Barbier-Mueller d'Art Precolombí.
- Snarskis, M. J. (2003). "From Jade to Gold in Costa Rica: How, Why, and When". En J. Quilter y J. W. Hoopes (Eds.), *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panamá and Colombia* (pp.159-195). Washington D. C.: Dumbarton Oaks.
- Snarskis, M. (2003). "The First Farmers in Costa Rica: Tropical Archaic Period in Lower Central America". *Costa Rica Outdoors*, 8 (4), 24-27.
- Snarskis, M. (2007). "Archaeology at the Point: the Loma Corral 3 Site". *Costa Rica Outdoors*, 12 (4), 16-20.
- Snarskis, M. J. (2013). "Loma Corral 3, Culebra Bay, Costa Rica. An Elite Burial Ground with Jade and Usulután Ceramic Offerings". En M. Young-Sánchez (Ed.), *Pre-Columbian Art & Archaeology. Essays in Honor of Frederick R. Mayer* (pp. 45-82). Denver: Mayer Center for Pre-Columbian & Spanish Colonial Art and the Denver Art Museum.
- Snarskis, M.; Crump, M. y Murillo, C. (1975). "Análisis de un petroglifo en el Valle de Turrialba". *Vínculos*, 1 (2), 83-91.
- Snarskis, M. y Guerrero, J. V. (2007). "Archaeology at the point: part 2 of 2". *Costa Rica Outdoors*, 12 (6), 16-20.
- Steward, J. H. (1948). "The Circum-Caribbean tribes: An Introduction". En J. H. Steward (Ed.), *Handbook of South American Indians*. Vol 4: The Circum-Caribbean Tribes (pp. 1-42). *Bureau of American Ethnology Bulletin*.

- Stone, D. Z. (1958). *Introduction to the Archaeology of Costa Rica*. San José: Museo Nacional de Costa Rica.
- Stone, D. Z. (1966). "Synthesis of Lower Central America Ethnohistory". En G. F. Ekholm y Willey G. R. (Eds.), *Handbook of Middle American Indians. Vol 4 Archaeological Frontiers and External Connections* (pp. 209-233). Austin: University of Texas Press.
- Stone, D. (1977). *Pre-Columbian Man in Costa Rica*. Massachusetts: Peabody Museum Press.
- Stone, D. y Balser, C. (1958). *The Aboriginal Metalwork in the Isthmian Region of America*. San José, Costa Rica: Museo Nacional.
- Stone, D. y Balser, C. (1965). "Incised Slate Disks from the Atlantic Watershed of Costa Rica". *American Antiquity*, 30 (3), 310-329.
- Strudwick, I. (1986). *Temporal and Areal Considerations Regarding the Prehistoric Circular Fishhook of Coastal California*. (Tesis de maestría inédita). Department of Anthropology, California State University, Long Beach.
- Thomas, R N. Horst, Oscar H. Hunter, John M. (2002) "Pilgrim Networks of the Holy Shrine of Esquipulas, Guatemala". *Journal of Cultural Geography*.
- Thompson, D. E. (1954). *Maya Paganism and Christianity: A History of the Fusion of Two Religions*. New Orleans, Tulane University.
- Titus, M. (1987). *Evidence for Prehistoric Occupation of Sites on San Clemente Island by Hokan and Uto-Aztecan Indians*. (Tesis de maestría inédita). Department of Anthropology, University of California, Los Angeles.
- Vázquez, R. (Ed). (2002a). *Arqueología del área de influencia del Proyecto Hidroeléctrico Angostura, Valle de Turrialba*. San José: Instituto Costarricense de Electricidad-Museo Nacional de Costa Rica.
- Vázquez, R. (Ed). (2002b). "Conclusiones sobre la cronología y la ocupación territorial del Valle de Turrialba: con consideraciones acerca de la formación y transformación del registro arqueológico". En R. Vázquez (Ed.), *Arqueología del área de influencia del Proyecto Hidroeléctrico Angostura, Valle de Turrialba* (pp. 334-369). San José: Instituto Costarricense de Electricidad-Museo Nacional de Costa Rica.
- Vellanoweth, R. L. y Altschul, J. H. (2002). "Antiquarians, Culture Historians, and Scientists". En J. Altschul and D. Grenda (Eds.), *Islanders and Mainlanders: Prehistoric Context for the Southern California Bight* (pp. 85-112). Tucson: Statistical Research, Inc. Press.
- Weymouth, J. (1973). "X-ray diffraction analysis of prehistoric pottery". *Society for American Archaeology*, 38 (3), 339-344.

Índice de figuras

Retomando a Snarskis:

Análisis físico-químico sobre materiales cerámicos, pertenecientes al Periodo Formativo en Costa Rica (2000-300 a.C.)

Figura 1.	Mapa de ubicación de principales sitios arqueológicos para el Período Formativo en El sur de América Central	35
Figura 2.	Patrón de difracción de rayos x obtenido para la muestra LS-1, del complejo cerámico Los Sueños	37
Figura 3.	Dendrograma obtenido mediante el programa XLSTAT para las muestras sometidas al análisis de difracción de rayos x.....	38
Figura 4.	Dendrograma obtenido para las muestras relacionadas con la forma de tazón incurvado encontradas en varios complejos cerámicos	41
Figura 5.	Dendrograma obtenido para las muestras relacionadas con la forma de olla tecomate encontradas en varios complejos cerámicos.....	43
Figura 6.	Análisis de FTIR con las bandas características del grupo 3.....	44
Figura 7.	Dendrograma obtenido para las muestras sometidas al análisis petrográfico.....	45
Figura 8.	Mapa con la separación de grupos norteño y sureño de complejos cerámicos del Periodo Formativo a partir de la propuesta por Snarskis (1978, 2003) y otros autores.....	48

El modelo de Evolución Social de Michael J. Snarskis

Figura 1.	Secuencias de la Vertiente Atlántica mencionadas en el texto	88
Figura 2.	Áreas culturales mencionadas en el texto	89

Figura 3.	Michael Snarskis (centro) y Julioe Jones (derecha) en 1980 en el quiosco del Parque Morazán, cuando se estaban tomando las fotos de las piezas que se enviarían a la exposición Between Continents/Betwenn Seas: Precolombian Art of Costa Rica. A la izquierda de Michael el fotógrafo de la exhibición Dirk Bakker.....	95
Figura 4.	Mapa con ubicación de los sitios Nuevo Corinto, El Abuelo, El Tres y Severo Ledezma.....	101
Figura 5.	Plano de sitio El Abuelo.....	102

Comentarios, anécdotas e interpretación de costumbres mortuorias y rituales funerarios de 2000 años, Sitio Loma Corral (G-776 LC) Bahía Culebra, Guanacaste

Figura 1.	Ubicación del sitio Loma Corral (G-776 LC) y otro lugar del mismo periodo con respecto a Bahía Culebra y la baja América Central.....	106
Figura 2.	Artefactos asociados a la tumba 1 excavada por el Dr. Snarskis: A y C) cerámica Usulután, proveniente posiblemente de El Salvador; B) florero del tipo Santiago Aplicado, cerámica de la Gran Nicoya, y D) colgante de piedra verde de la Gran Nicoya.....	108
Figura 3.	Ejemplo del rasgo tipo 1: A) acumulación de piedra en superficie, la cual no supera el 1.30 m de diámetro, B) en este caso el rasgo presentó una especie de bóveda y C) rasgo del mismo tipo con bóveda en forma de olla.....	109
Figura 4.	Acumulación de piedra en superficie del rasgo tipo 2, piedra de mayor tamaño con respecto al rasgo tipo 1.....	110
Figura 5.	Rasgo tipo 3: A) acumulación de piedras en rasgos de mayor dimensión, y B) vista en la que se aprecia la alineación con respecto a la puesta del sol planteada por Snarskis.....	111
Figura 6.	Enterramiento del rasgo cultural 38: A) ajuar funerario asociado al rasgo, B) investigadores a cargo del proyecto y C) conjunto de artefactos líticos del rasgo.....	112
Figura 7.	Acumulación de piedra de manera vertical característica del rasgo tipo 4.....	113
Figura 8.	Acumulación de piedra de manera vertical que llega hasta el cascajo, variante del rasgo tipo 4.....	114
Figura 9.	Entierro 44 demarcado por piedra, solo una en este caso.....	115
Figura 10.	Variante 1 de las fosas excavadas en el sitio Loma Corral (G-776 LC).....	116
Figura 11.	Variante 2 de las fosas excavadas en el sitio Loma Corral (G-776 LC).....	117
Figura 12.	Variante 3 de las fosas excavadas en el sitio Loma Corral (G-776 LC).....	117
Figura 13.	Ejemplo de cuentas discoidales y tubulares provenientes del sitio Loma Corral (G-776 LC).....	118

Figura 14.	Artefactos efigies asociados a personajes de estatus: A) figura humana de cerámica Usulután, B) figura de mono de cerámica Rosales y C) figura de pizote de cerámica Rosales	119
Figura 15.	Cerámica de la Gran Nicoya: A) Tipo Rosales engravado en zonas, B) Tipo Bocana Inciso, C y D) Tipo Ballena Inciso	120

La cuña (“WEDGE”) histórico-cultural entre el sur de mesoamerica y la gran nicoya: una propuesta

Figura 1.	Mapa de la Gran Nicoya	125
Figura 2.	Cuña Takic en California.....	127
Figura 3.	Forma propuesta y cobertura espacial de la Cuña Sureña Mesoamericana	129
Figura 4.	Densidad de la Población salvadoreña en los Estados Unidos. Ejemplo de Migración dirigida con base en la experiencia histórica	132
Figura 5.	Ruta de la Canción del Camino de la Sal. Ejemplo de una ruta antigua de migración vinculada con lugares (escalas) sagrados	135
Figura 6.	Arte Rupestre.....	136
Figura 7.	Cadena de Volcanes que pasa por América Central, Isla Ometepe, Nicaragua.....	137
Figura 8.	Galo Policromo: Variedad Figura	139
Figura 9.	Gran Nicoya, Vallejo Policromo (izquierda) y Jicote Policromo (derecha). Variedad Lazo. Vasija trípode policromada con simbolismo jaguar.....	140

Índice de cuadros

Retomando a Snarskis:
Análisis físico-químico sobre materiales cerámicos,
pertenecientes al Periodo Formativo en Costa Rica
(2000-300 a.C.)

Cuadro I Separación en clases de las muestras arqueológicas en estudio
según el análisis estadístico aplicado 39

La cuña (“WEDGE”) histórico-cultural entre el sur
de mesoamerica y la gran nicoya: una propuesta

Cuadro A. Artefactos dentro y fuera de la propuesta CSM..... 130

Cuadro B. Extensiones Sureñas Mesoamericanas 131

Acerca de las compiladoras

María del Carmen Araya Jiménez

Catedrática de la Universidad de Costa Rica, licenciada en Antropología, Universidad de Costa Rica, 1987; maestría en Ciencias Sociales, Flacso, Sede México, 1994 y doctorado en Sociedad y Cultura, Universidad de Costa Rica, 2007. Sus intereses de docencia e investigación incluyen, teorías antropológicas, producción antropológica en Centroamérica y ciudad. Desde el año 2000 se ha venido especializando en la investigación y la producción en la antropología urbana con distintos énfasis, entre ellos: imaginarios urbanos, marginalidad, comercio ambulante, centros históricos, historia de las ciudades, mujer y ciudad. Temas sobre los cuales ha publicado en Costa Rica y en Centroamérica.

Silvia Salgado González

Catedrática de la Universidad de Costa Rica, doctorado académico en arqueología, Universidad de Albany, Nueva York, 1996. Ha realizado investigación arqueológica tanto en Costa Rica como en Nicaragua, y ha publicado sus resultados en revistas y libros editados en Costa Rica, Nicaragua, Guatemala, Colombia, Estados Unidos de América, Inglaterra, Alemania y España. Sus intereses de investigación incluyen los procesos de constitución de estructuras políticas, la economía política, los procesos migratorios y las relaciones sociales establecidas a diferentes escalas geográficas. Ha sido docente e investigadora en la Universidad de Costa Rica, la Universidad Politécnica de Nicaragua y la Universidad de Mobile.

Este libro se terminó de imprimir en la
Sección de Impresión del SIEDIN,
en febrero de 2015.

Universidad de Costa Rica
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio

